

El Ídolo Rojo

Por

Jack London

***Free*editorial** 

EL ÍDOLO ROJO

¡Helo allí! Era un estallido sonoro que, de súbito, agitó por el espacio sus alas. Contando, con el reloj a la vista, la duración de la nota sostenida, Bassett recordaba la trompeta del arcángel apocalíptico. Las murallas de una ciudad se habrían desplomado pulverizadas ante aquel amontonamiento de vastas o impulsoras sonoridades. Por milésima vez intentó analizar las cualidades tónicas de aquel alarido enorme que se cernía sobre la tierra toda, hasta las fortalezas interiores de las tribus circunvecinas. La garganta montaraz de donde surgía diríase que vibraba con la marea creciente hasta desbordarse en impetuosas corrientes sonoras por tierra, cielo y aire. Con la fantasía arrebatada y sin freno de un enfermo, creía escuchar el grito poderoso de algún titán de ancestrales tiempos rugiendo bajo la pesadumbre de su miseria o de su ira. Y la voz henchía el espacio por momentos, retadora, suplicante, tan voluminosa y profunda como si quisiera alcanzar a lejanos oídos, allende las fronteras del sistema solar. Y percibíase en la entraña de aquella voz el himno de la protesta, ante el desierto sordo que no tenía oídos para escuchar y sentir sus clamores.

«Así es la fantasía de los enfermos...» Sin embargo, aún se esforzaba por analizar el sonido misterioso, sonoro como el trueno, blando como el tintineo de campanillas de oro, afilado y dulce como la cuerda argentina de un laúd... Pero no; ninguna entre semejantes calidades de sonido, ni aún la mezcla de todas ellas, remedaba el timbre de la inefable voz. No hay palabras ni semblanzas en el vocabulario humano, ni memorias en el recuerdo de la experiencia, con que describirlo adecuadamente.

Deslizábase el tiempo en lenta sucesión. Los minutos se sumergían en el mar de las horas, y el clamor persistía, vario y cambiante como irisaciones del primer impulso vocal, disminuyendo, borrándose, desfalleciendo en una muerte tan sin medida como su impetuosa aparición, hasta fundirse en una polifonía de atormentados cuchicheos, de sordos zumbidos, de colosales susurros y rumores. Y así se fue agotando, suspiro a suspiro, en el seno cóncavo de donde brotara. Ya era un lamento quejumbroso, empapado de murmullos de ira o de misteriosos susurros de felicidad, como si se esforzara aún por ser oído, para transmitir tal vez algún secreto cósmico de incalculable valor e importancia. Por fin vino a desleírse en un eco, sombra de la voz, con sus amenazas y promesas, dejando en la conciencia de aquel hombre enfermo un rumor pertinaz, que luego de reinar el silencio tardó algunos minutos en borrarse por completo. Bassett miró entonces al reloj. La trompeta del arcángel había perdurado más de una hora, desliéndose poco a poco en el silencio.

¿Habría topado ya con su torre negra?, se preguntaba Bassett, acordándose de Browning, luego de contemplar con miserables ojos sus manos esqueléticas, consumidas por la fiebre. Y se sonrió de su propia fantasía. ¿Habrían pasado meses o años desde que por primera vez oyera en las playas de Ringmanu aquella voz misteriosa? No sabría dar razón de ello. La dolencia pertinaz duraba ya demasiado. En los períodos de conciencia normal, había llevado cuenta de muchos meses; pero ¿de qué manera estimar la medida del tiempo que transcurría en los intervalos de estupor y delirio? ¿Qué sería del capitán Bateman, con su negrero Nari? ¿Habría muerto ya de delirium tremens el piloto borracho que navegaba con Bateman?

Luego de estas fútiles reflexiones, Bassett comenzó a revivir perezosamente los variados episodios que le acaecieron desde que sintiera por primera vez en la playa de Ringmanu la voz clamorosa, en cuyo seguimiento se había zambullido por la selva virgen. Sagawa había manifestado su protesta. Aún le veía con su carita extraña y simiesca contorsionada en una mueca de pavor, cajas de raros ejemplares a la espalda, la escopeta de Bassett al hombro y la red que usaba el naturalista para cazar mariposas en la mano. Tiritando de miedo, le había dicho en el *bêche-de-mer english* que farfullan los negros del mar del Sur: «Mí chico negro mocho miedo con la selva. Mochos chicos malos con las hojas.»

Bassett sonreía tristemente al recordarlo. El negrito de Nueva Hanóver, no obstante el terror que le embargara, había dado testimonio de fidelidad para con el amo, siguiéndole sin vacilar por los matorrales espesos a la busca del manantial que emanaba una voz tan maravillosa. Bassett comprendía ahora que no era un tronco de árbol, como pensara en un principio, ahuecado al fuego para vibrar como clarín de guerra en las profundidades de la selva virgen. No había sido menos errónea su segunda interpretación, esto es, que el origen de aquella sonoridad no podía estar a más de una legua de camino, de suerte que, a media tarde, estarían de regreso a la playa para que el ballenero del Nari les recogiera.

«Ruido grande, mocho diablo malo», había sentenciado Sagawa. Y Sagawa no se equivocó. Aquel mismo día le cercenaron la cabeza. Bassett se estremeció. Sin duda los «mochos chicos malos» que se ocultaban entre la breña inculta lo habrían devorado hasta ahitarse. Se le aparecía estora la figura del negrito tal y como le contemplara la última vez: despojado del fusil y de todos los enseres del naturalista, yacía tendido sobre la senda estrecha donde momentos antes le decapitaran. Todo había sido cosa de un instante. No hacía todavía un minuto que, al volver el rostro, le viera amblar pacientemente bajo la carga. Entonces se acordó Bassett de sus propias pesadumbres. Contempló en su mano izquierda los muñones cicatrizados del meñique y anular, y con ellos palpó suavemente la cicatriz que en la base del cráneo ostentaba. El

tomahawk había fulgurado como un relámpago, no con tal celeridad, sin embargo, que Bassett no hubiese podido desviar en parte de una manotada el hachazo. Dos dedos y una cicatriz repugnante en la cabeza fueron el precio de su vida. Un disparo de fusil a boca de jarro aniquiló al bosquimano, que en un tris había estado de asesinarle. Luego, de otra perdigonada acribilló la piel del salvaje, que se inclinaba sobre Sagawa para despojarle. Tuvo al menos la satisfacción de saber que si aquel bosquimano huía con la cabeza del fiel negrito, llevaba también la pelleja incrustada de perdigones. Todo había acaecido en un abrir y cerrar de ojos. En la senda abierta por las pezuñas de los jabalíes estaban a solas el bosquimano muerto, los despojos de Sagawa y el naturalista. De uno y otro lado de la selva inculta llegaban roces de movimientos sigilosos y sonidos reveladores de vida. Bassett experimentaba la conmoción y el sobresalto más profundos de su vida. Él, por primera vez, había asesinado a un hombre.

Luego comenzó la caza, el oteo de la presa. Se retiró por la senda de los jabalíes, seguido de los cazadores, que se interponían entre él y la playa. No podía sospechar cuántos fueran. Tenía la certeza de que algunos cruzaban por la techumbre de la selva, saltando de rama en rama. Los más, que apenas si denunciaban su presencia, dejaban vislumbrar de vez en cuando una sombra fugitiva. No se escuchaba, que Bassett supiera, ni el tesar de los arcos ni la vibración de la cuerda, pero a cortos intervalos, sin saber de dónde vinieran, silbaban cerca de sus oídos menudas flechas, se hincaban en los árboles o caían aleteando sobre el mantillo del bosque. Eran dardos con punta de hueso y caña rematada con plumas rizosas de colibríes y chupamieles, irisadas y brillantes como joyas.

Una vez —y ahora, al cabo de tantos días, recordándolo se reía— había descubierto en lo alto del bosque una sombra que, cuando alzó la cabeza para mirarla, quedó inmóvil, tan pegada a una rama, que no era posible identificarla. El naturalista se decidió, no obstante, a probar fortuna, y disparó la pesada carga de cinco cartuchos. Escuchóse un alarido de gato rabioso y la sombra se desplomó entre los helechos y orquídeas, para chocar secamente contra el suelo, a los pies del sabio. Rugiendo todavía de dolor y de rabia, hincó los dientes en la suela gruesa de las botas; pero Bassett, que no estaba ocioso, le aplicó con el otro pie tan formidable patada en los temporales, que el bosquimano se calló para siempre. Y de tal suerte se había adaptado ya el sabio a la rudeza de la vida salvaje, que ahora, al recordar sus aventuras, reía a carcajadas, en un orgasmo de felicidad.

¡Y qué noche la que se le había venido encima! No es de extrañar que acumulase tal virulencia y variedad de fiebres, pensaba, al recordar las noches de insomnio y tortura, cuando la palpitación de sus heridas era una delicia en comparación con las picaduras de millones de mosquitos. No hubo medio de

librarse de ellos, aunque, para no atraerlos, jamás osara encender una hoguera. Habían convertido su cuerpo en una ampolla de veneno, de manera que, al brotar el nuevo día, Bassett se tambaleaba a ciegas, hinchados los ojos, que parecía como si fueran a saltarse de las órbitas, y avanzaba por la selva sin preocuparse ya de que le cercenaran la cabeza para arrojar después su cadáver, junto al de Sagawa, sobre el fuego condimentador. Veinticuatro horas habían bastado para hacer de él una ruina, tanto de cuerpo como de espíritu. Apenas si podía sostener la atención y el dominio de su conciencia. Varias veces disparó con certera puntería contra las sombras que husmeaban su rastro. El día quemaba, los insectos y los cínifes aumentaban su tortura, y las heridas sangrantes atraían huestes de moscas repugnantes, que se asían hambrientas con tal pertinacia a la carne ensangrentada, que había de aplastarlas a manotazos para deshacerse de ellas.

Aquel día escuchó de nuevo el sonido maravilloso, al parecer más distante, si bien se remontaba majestuosamente, acallando el ruido de los tambores de guerra que batían en la cercanía entre los matorrales. Natural era que Bassett se confundiera. Pensó en que acaso había ido demasiado lejos, y creyendo que la causa del sonido estaría entre el lugar presente y la remota playa de Rigmanu, creyó emprender el regreso cuando en realidad se aventuraba por los hondones inexplorados de la isla misteriosa. Y aquella noche, arrastrándose como un lagarto cabe las retorcidas raíces de un árbol banyan, durmió de puro agotado y deshecho, entregándose a la voluntad de los mosquitos, que se hinchieron a su sabor.

Y siguieron luego días y más días, noches y más noches, vagos y nebulosos como pesadillas para su memoria. Recordaba con lucidez haberse hallado súbitamente en una aldea de bosquimanos. Los ancianos y la chiquillería huyeron hacia la selva. Muy cerca, por cima de donde estaba, creyó percibir el gruñido de algún animal gemebundo. Se sobresaltó de terror, y alzando el rostro, la contempló: era una niña, una jovencita más bien, que, suspendida por el brazo de una rama enhiesta, recibía el fuego ardiente del sol. Quizás había estado muchos días colgando de tal manera. Vivía aún. La lengua entumecida, gorda, colgaba fuera de la boca agitándose en un perpetuo parloteo incoherente. Hablaba como una descosida. Le contempló con ojos de terror. Tardó socorro, pensó él, cuando las hinchazones que descubrió en los muslos de la muchacha le advirtieron de que habían sido descoyuntadas sus articulaciones y quebrantados sus huesos. Para poner término a tan espeluznante espectáculo, resolvió pegar un tiro a la moribunda. No recordaba ahora si pasó de la concepción al acto, o si sólo quedó el propósito en pensamiento, como tampoco recordaba de qué suerte ni por qué camino había llegado a la aldea, ni de qué manera pudo alejarse inmune.

Mil escenas aisladas fulguraban y huían del alma de Bassett al revivir su

odisea terrible. También guardaba memoria de haber invadido otra aldea diminuta, de una docena de chozas. Todos huyeron ante su escopeta, excepto un hombre anciano, demasiado débil para huir, que le escupió, injurió de palabra y amenazó con ademanes y gestos cuando, destapando un horno de tierra, extrajo el sabio de entre las piedras calientes un lechoncito asado, humeante, bienoliente, que exhalaba delicioso perfume entre las hojas verdes que lo envolvían. Había sido entonces cuando la protervia del salvajismo se apoderara de Bassett. Ahíto del festín, antes de partir, empuñando una pata del lechón, incendió deliberadamente con la lupa el techo de hierba que bardaba una de las chozas. Pero la selva silenciosa y húmeda había zahondado más hondamente que ninguna otra experiencia en el cerebro de Bassett. Lienta, hedionda y pestilente, perpetua penumbra la envolvía. Rara vez un rayo de sol penetraba como flecha de luz a través de la techumbre boscosa y alta. Y bajo aquel techo de hojas, un ambiente de veinte metros de altura, empapado con exhalaciones de cieno, servía de morada a monstruosas formas vivientes, parásitas, decadentes, arraigadas en la muerte. Y atravesó por aquel mundo, siempre acorralado por las sombras huideras de los antropófagos que como espíritus malos le acompañaban, sin revelarse nunca, con la certidumbre de que, antes o después, habían de devorarlo. Bassett se acordaba de que, por entonces, en momentos de lucidez, se había comparado a un toro herido cercado por coyotes que, demasiado cobardes para brindarle pelea, no obstante estar hambrientos de su carne, conocen el fin inevitable y gozan de antemano el deleite de la panza repleta hasta el gaznate. Y como los cuernos del toro y los cascos duros mantienen alejados a los coyotes, así su escopeta a los isleños de las Salomón, fantasmas de bosquimanos, visibles sólo como la luz de un parpadeo.

Y vinieron luego los días de las praderas. La selva terminó bruscamente, como si Dios la hubiera cortado con una espada de fuego, en un acantilado perpendicular de treinta metros de altura. Y al pie mismo del acantilado prosperaba la hierba dulce, blanda, tierna, ofreciendo pasto nutritivo a las bestias. Y se extendían las praderas a lo lejos, durante leguas y más leguas, como un manto de terciopelo, hasta la columna vertebral de la gran isla, la hilera de torreadas montañas que arrojara hacia el cielo el ímpetu de algún cataclismo remoto de la tierra. Aparecían aserradas, con picos y simas, sin que las lluvias de los trópicos hubieran erosionado las rocas. ¡Oh, la hierba de aquellos pastizales! Bassett se había deslizado hasta ella, enterró su faz en la verdura perfumada para henchirse el pecho del aroma vivificador, y luego rompió a llorar, sin querer, como un niño.

Interrumpió su llanto el repique del sonido maravilloso, como una campanada múltiple; tal era la semblanza que más adecuadamente podía describirlo: vasto, sonoro y dulce como una lluvia de plata desleída. Sonaba tan dulcemente, que nunca había sentido cosa semejante, vastamente, como si

surgiera de la garganta abrasada de un monstruo, y sin embargo parecía llamarle allende aquellas sabanas de hierba, y caía como una bendición sobre su espíritu atormentado y deshecho por tan largas pesadumbres.

Ahora se veía, a la luz del recuerdo, tumbado en la hierba, húmedos de lágrimas los ojos, pero contenida la respiración no entrecortada por suspiros, atento a la voz lejana y maravillándose de que hubiera podido sentirla desde las playas de Ringmanu. Acaso algunas corrientes propicias de aire habrían llevado tan lejos el eco de aquella voz. Las condiciones requeridas para que pudiera ocurrir el fenómeno pudieran no repetirse en varios millares de días. Pero habían sido propicias el día en que desembarcaron del Nari para recoger en la playa algunos ejemplares que interesaban al naturalista. Buscaba con mayor interés que otro alguno el de la famosa mariposa de las selvas vírgenes, que mide treinta centímetros entre las puntas de sus alas; suele vivir en lo alto del bosque y sólo a tiros se la obliga a pisar tierra. Por eso Sagawa había llevado la escopeta de grueso calibre.

Durante dos días con sus noches, cruzó por el cinturón de las praderas verdes. Había sufrido mucho; pero la persecución cesó al fin al borde de la selva. El sabio hubiera desfallecido de sed si una tormenta no descargara al segundo día el tesoro de la lluvia.

Y entonces se encontró con Balatta. A la sombra, donde las sabanas de hierba cedían ante las densas montañas boscosas, allí sufrió un colapso de muerte, y allí lo encontró Balatta. Al principio había chillado ella, deliciosamente impresionada por la debilidad y desamparo del hombre, y se acercó con ánimo de machacarle el cráneo con una estaca. Tal vez fue la miseria del enfermo o quizás la curiosidad humana lo que llamó a su piedad y refrenó sus salvajes designios. Fuere lo que quiera, es lo cierto que Balatta se detuvo. Abrió él los ojos, temiendo el golpe, y pudo descubrir que le contemplaba con estudiosa atención e interés profundo. Sorprendíanla sobre todo aquellos ojos azules y aquella epidermis blanca. Sentóse en cuclillas, escupió en el brazo del hombre, y con las yemas de los dedos frotó el barro con que tantos días de selva y cenagal habían mancillado la prístina blancura de la piel.

Él, por su parte, no quedó menos sorprendido de cuantos detalles descubriera en Balatta. No eran artificios de la civilización. Balatta le había parecido tan inocente como Eva antes de la aventura de la hoja de higuera. Ahora se reía a carcajadas secas y cascadas al recordarlo. Desmirriada y enfermiza, asimétricos los miembros retorcidos y angulosos como cuerdas los músculos, y cubierta la piel de roña añeja, que sólo las lluvias fortuitas rociaran alguna vez piadosamente, era el más feo y repulsivo prototipo de mujer que haya contemplado jamás el ojo penetrante de un hombre de ciencia. Los senos abundantes advertían de su madurez y mocedad. Revelaba también

la condición de su sexo un atavío refinado y bello, esto es, un rabo de cerdo prendido con coquetona dejadez en el perforado lóbulo de la oreja. Tan recientemente había sido cortado el rabo, que aún rezumaba sangre, salpicando con rojas gotas el hombro de la mujer. ¿Y su rostro? ¡Santo Dios! Su rostro era un amasijo de facciones rugosas, retorcidas, magulladas y llenas de grietas y agujeros. Anejos los ventanales de la nariz mongólica, una boca que colgaba del enorme labio superior, un mentón recogido y unos ojos como abalorios, que hacían guiños simiescos.

Ni el agua que le ofreció caritativa en una hoja, ni el tasajo añejo de carne asada y medio pocha, podían redimirla de su grotesca fealdad. Luego de haber comido un rato a desgana, cerró los ojos para no contemplarla, aunque de vez en cuando le levantaba ella los párpados con los dedos para ver las pupilas azules. Entonces había brotado una vez más el sonido mágico. Más cerca, mucho más cerca; esto era indudable. Pero también descubrió Bassett, con no menor certeza, que aún vibraba a muchas horas de camino. Ella, al oírlo, se conmovió sobresaltada, y acurrucándose, con el rostro vuelto hacia el clamor, se puso a gemir y farfullar aterrorizada. Vivió la voz su vida de una hora. Luego cerró Bassett los ojos y cayó en profundo sopor, mientras que la negra, a su lado, espantaba las moscas para que le dejaran reposar dulcemente.

Cuando despertó era ya de noche, y ella había partido. Sintióse renovado y fuerte, y como estaba ya inoculado contra el veneno de los mosquitos para que la picazón estorbara su sueño, entornó de nuevo los párpados y durmió a pierna suelta hasta la salida del sol. No había tardado mucho Balatta en volver, acompañada de media docena de mujeres, que, horrorosas y todo, no lo eran tanto como ella. Evidenciaba por su conducta y ademanes que el sabio era hallazgo y propiedad suya, y con tal orgullo y satisfacción lo daba a entender, que de buena gana se habría reído Bassett si la situación no hubiera sido tan desesperada.

Más tarde, al cabo de una jornada mortal de muchas millas, cuando él se desmayaba frente a la casa de los brujos, a la sombra de un árbol del pan, ella demostró tener muy claras y vividas ideas en lo que concierne a retener la posesión de su hallazgo. Ngurn, en quien Bassett descubriría más tarde al doctor brujo, médico y sacerdote de la aldea, había pedido la cabeza del blanco. Otros hombres de facciones y charla de monos, tan horros de vestimenta y de tan bestial aspecto como Balatta, habían pedido el cuerpo para asarlo en el horno de piedras. Entonces no comprendía el lenguaje de aquellas gentes, si puede ser dignificado con el título de «lenguaje» aquel resumen de sonidos rústicos con que manifestaban los salvajes sus ideas. Sin embargo, Bassett había adivinado el motivo de las disputas, en especial cuando los hombres se acercaron para palparle, como si se tratara de averiguar la condición del género en la tabla de una carnicería.

Balatta llevaba las de perder en el debate, cuando acaeció un percance que había de cambiar el giro de la disputa. Uno de los hombres, al examinar curiosamente el arma de Bassett, tuvo la desgracia de oprimir el gatillo. No fue lo más grave el golpe que, al retroceder la culata, recibió el curioso en medio del estómago, sino que la carga de la escopeta, disparada a boca de jarro contra uno de los que con más calor discutían, le hizo añicos la cabeza, con gran espanto de los presentes.

Todos, hasta la propia Balatta, salieron de estampía. Volviendo ya en sí, al ceder el acceso de la fiebre, Bassett recuperó su escopeta antes de que regresaran los indígenas. Aunque castañeteando de calofrío los dientes y turbios los ojos, que apenas si podían ver, pudo conservar el dominio de su conciencia hasta que hubo intimidado a los bosquimanos con la magia sencilla de su brújula, del reloj, de la lupa y de las cerillas. Por último, con la debida solemnidad que convenía a tan espantosa criatura como él, había matado a un cerdo joven con su escopeta, antes de que perdiera una vez más el sentido.

Así revivió Bassett los recuerdos de sus últimas aventuras. Dobló los brazos como para cerciorarse de la fortaleza que aún le quedaba y se deslizó a lento paso, tambaleándose. Estaba terriblemente escuálido; sin embargo, durante las diferentes convalecencias de su larga enfermedad, nunca había recuperado tantas fuerzas como en aquel momento. Lo que temía era sufrir otra recaída como las que varias veces había padecido. Sin drogas, hasta sin quinina, se las había arreglado como Dios le diera a entender para vivir bajo la pesadumbre de la más perniciosa combinación que pueda darse de malaria y fiebres de Melanesia. ¿Podría soportar por más tiempo aquella enfermedad? Tal era su eterna pregunta. Porque como genuino prototipo de hombre de ciencia, no moriría contento hasta que hubiese resuelto el enigma del sonido misterioso.

Apoyándose en una estaca a manera de cayado, encaminó sus pasos hacia la casa del brujo, donde Ngurn y la muerte reinaban en tinieblas. Bassett juzgaba que la casa del brujo era tan infamemente lóbrega y maloliente como la selva. Sin embargo, allí solía sostener las más gustosas charlas, siempre ganoso de discutir o bostezar con Ngurn, que, sentado entre cenizas, curaba a fuego lento algunas cabezas humanas que pendían de las traviesas de la techumbre. Durante los intervalos de lucidez que su enfermedad le permitía, Bassett había aprendido a las mil maravillas las simplicidades psicológicas y las dificultades lingüísticas de la tribu de Ngurn, Balatta y VngDgn. Era este último el joven jefe de la tribu; tenía hueca como una calabaza la cabeza, y según malas lenguas, era hijo de Ngurn, que, por lo menos, lo manejaba a su antojo.

—¿Hablará hoy el ídolo Rojo? —preguntó Bassett, tan acostumbrado ya a la lúgubre ocupación del viejo, que ni siquiera paró mientes en considerar los

progresos de la cabeza curada al humo.

Con ojos de hombre entendido, Ngurn examinaba la cabeza en que cifraba entonces sus empeños.

—Han de transcurrir diez días aún antes de que diga «se ha terminado». No hubo nunca otro hombre que dejara tan acabadas como yo las cabezas — dijo.

Bassett se sonrió para su sayo, reparando en el escrúpulo que el viejo tenía en hablarle del ídolo Rojo. Siempre le había sucedido lo mismo. Jamás, ni aún por descuido, Ngurn o alguno de los habitantes de la tribu primitiva había divulgado la más leve idea de las características físicas que el ídolo Rojo presentara. Porque el ídolo Rojo debía de ser un objeto real, físico. Alguien tenía que emitir aquel sonido misterioso, y si bien le llamaban el ídolo Rojo, Bassett no podía cerciorarse de que tuviera semejante color. Acaso le llamaban así por los sangrientos actos y poderes que se le atribuían, de donde, por abstracción, le venía el nombre de Rojo. No sólo era el ídolo Rojo más bestial y potente, al decir de Ngurn, que todos los dioses tribuales de la comarca, cuya sed de sangre, caliente y de sacrificios humanos no se aplacaba jamás, sino que hasta los mismos dioses comarcanos eran sacrificados y atormentados ante sus aras. Era dios de otras doce aldeas aliadas, semejantes a ésta donde Bassett vivía, que parecía ser la central y soberana de toda la confederación. Gracias al ídolo Rojo, muchas aldeas enemigas habían sido devastadas y hasta aniquiladas de raíz, sacrificándose ante el dios a todos los prisioneros. Tai era la verdad presente, y tal había sido desde luengos siglos atrás, según las tradiciones que habían perdurado de generación en generación. Durante los años mozos de Ngurn, las tribus de allende las praderas habían osado acercarse en algarada. En la contraalgarada, Ngurn y su horda de guerreros aprisionaron a numerosos enemigos. Más de cinco grupos de niños fueron desangrados, gota a gota, ante el ídolo Rojo, y muchos, muchos más varones y mujeres.

El Tonante llamaba también Ngurn a la misteriosa deidad. Además, recibía muchedumbre de apelativos, tales como: el de la Voz Sonora, el Heraldo de Dios, el de la Garganta de Pájaro, el de la Voz del Pájaro-Miel, el Cantor del Sol y el Hijo de las Estrellas.

¿Y por qué el Hijo de las Estrellas? En vano interrogaba Bassett a Ngurn para que le revelara el secreto de este nombre. Según el doctor brujo, el ídolo Rojo había estado siempre donde ahora, para proclamar eternamente, como un trueno, su voluntad. Pero el padre de Ngurn, que, envuelto en unas esterillas de hierba, colgaba del techo entre las cabezas curadas a humo lento que adornaban la techumbre de la casa del brujo, había sostenido otro parecer. Aquel sabio anciano, cuando vivía, creyó siempre que el ídolo Rojo había

venido en alas de una noche estrellada. Si no, ¿por qué los antiguos le habían llamado el Hijo de las Estrellas? Bassett no podía por menos de reconocer que el argumento era lógico y persuasivo. Pero Ngurn afirmaba que durante los largos años de su vida había contemplado muchas noches estrelladas, sin encontrar jamás una estrella sobre la hierba o en las espesuras de la selva a pesar de haberla buscado. Verdad es que había visto él estrellas (decía esto disputando con Bassett y en alusión a su escopeta), pero también se veían fosforescencias en las fungosidades, en las carnes podridas y en las luciérnagas que iluminaban las noches oscuras, en las llamas de la madera ardiente y en las deslumbrantes lamparillas de nuez; y sin embargo, ¿dónde iban a parar la llama, el resplandor y el fuego luego de haber alumbrado? Contestación: recuerdos, sólo recuerdos de cosas que habían dejado de ser, como los recuerdos de las bodas cumplidas, de las fiestas olvidadas, de los deseos que eran espíritu de deseos, ardientes y roedores, pero incapaces de hallar cumplimiento y satisfacción. ¿Adónde volaron el buen apetito de antaño, la carne asada del jabalí a quien no llegó a tocar la flecha del cazador, la doncella núbil que falleció antes de que varón alguno la conociera?

Un recuerdo no es una estrella, era la réplica que solía dar Ngurn. ¿Cómo puede una remembranza convertirse en estrella? Además, al cabo de toda su vida todavía podía contemplar la noche del cielo estrellado inmutable y serena. Jamás había notado la ausencia de ninguna estrella. Todas seguían en su lugar de costumbre. Por último, las estrellas eran fuego y el ídolo Rojo no, involuntaria revelación que nada dijo a la sagaz y ansiosa imaginación de Bassett.

—¿Hablará mañana el ídolo Rojo? —preguntó.

Ngurn se encogió de hombros.

—¿Y pasado mañana, y al otro? —insistió Bassett.

—Me gustaría poder encargarme de tu cabeza. La curaría con mucho esmero —dijo Ngurn cambiando de conversación—. Es diferente de todas las demás. Ningún brujo posee nada que se le parezca. Sí; la curaría con mucho esmero. Dedicaría meses y meses a ella. Vendrían lunas, y lunas pasarían, y el humo sería lento. Yo mismo me procuraría las hierbas y materiales con que hacer el humo, cuidando de que el cutis no se arrugara. Blando y suave al tacto sería como ahora.

Se puso en pie. De las traviesas que apenas si resaltaban entre el humo que nublaba el techo, adornado de innumerables cabezas, donde el día no pasaba jamás de lóbreguez, descolgó un envoltorio de esterillas de hierba seca y comenzó a desatarlo.

—He aquí una cabeza como la tuya —dijo—, pero pobremente curada.

Bassett amasgó las orejas al oír que se trataba de la cabeza de un blanco, porque desde mucho tiempo atrás estaba convencido de que aquellos hombres selváticos, aislados en el corazón de la isla, no habían tenido trato jamás con hombres blancos. Ni siquiera huella halló en ellos del universal *bêche-de-mer english* que utilizan las tribus del mar del Sur. Ni tenían noción del tabaco ni de la pólvora. Los pocos cuchillos y tomahawks serían sin duda objetos del botín capturado en las guerras que con los pueblos vecinos sostuvieron, en especial con los bosquimanos de allende las praderas, quienes, a su vez, las arrebataron a los pueblos costeros que bordean las riberas de coral y que de tarde en tarde reciben la visita de los hombres blancos.

—La horda de allá lejos no sabe cómo se curan las cabezas —explicaba Ngurn, mientras que de la sucia esterilla extraía la cabeza del hombre blanco para depositarla en manos de Bassett.

Debió pertenecer sin duda a algún hombre de tiempos antiguos, blanco porque así las ondas rubias lo atestiguaban. Habría jurado que perteneció a un inglés de otros siglos, a juzgar por las arracadas grandes de oro que perforaban aún el lóbulo seco de las orejas.

—Ahora bien; tu cabeza... —comenzó a decir el brujo, volviendo al tópico de costumbre.

—Yo te diré lo que has de hacer —interrumpió Bassett, iluminado de súbito por una idea—. Permitiré que cuando yo muera te sea entregada mi cabeza, con tal de que tú me dejes ver al ídolo Rojo.

—Yo tendré de todas formas tu cabeza cuando te mueras —replicó Ngurn, rechazando la proposición; y añadió con la brutal franqueza del salvaje—: Además, tú no has de vivir mucho. Estás ya medio muerto. Cada día te sentirás más débil, y antes de algunos meses tendré entre mis manos tu cabeza dándole vueltas al humo. Es muy agradable, cuando las tardes son largas, dar vueltas a la cabeza de uno a quien has conocido. Yo charlaré contigo y te diré muchos secretos que ignoras. Entonces podré revelártelos, porque los muertos no hablan.

—Ngurn —amenazó Bassett en un arranque de ira—, tú conoces al Trueno Niño que hay en aquel Hierro mío —así hacía referencia a su escopeta poderosa y espantable—. Te mataré en cuanto quiera, de modo que no podrás curar mi cabeza.

—Lo mismo da. La curará Vngngn o algún otro hombre de mi horda —afirmó Ngurn en tono de complacencia—. De todas formas, dará vueltas aquí al humo de la casa del brujo. Cuanto antes me mates con tu Trueno Niño, antes se ahumará tu cabeza.

Y Bassett comprendió que había sido vencido en la discusión.

¿Quién sería el ídolo Rojo?, se preguntaba mil veces durante la siguiente semana, en que, al parecer, iba recobrando las fuerzas. ¿De dónde brotaba aquella misteriosa sonoridad? ¿Qué podía ser aquel Cantor del Sol, aquel Hijo de las Estrellas, aquella misteriosa divinidad de tan salvaje conducta como las bestias simiescas que lo adoraban, y cuya voz de plata derretida había percibido desde tan lejanas riberas?

No había podido sobornar a Ngurn con la promesa de que le legaría después de muerto la cabeza para la consiguiente curación al humo. Vngngn, el jefe imbécil de la tribu, era demasiado memo y estaba excesivamente sometido al arbitrio de Ngurn para que pudiera tomársele en consideración. Quedaba, en fin, Balatta, quien, desde el día en que le encontrara, desde el momento en que entreabriera los párpados del varón blanco para ver sus pupilas azules, se había convertido en adoratriz del sabio. A pesar de su grotesca fealdad, era mujer; por eso Bassett reconocía que tan sólo apoderándose de su corazón de mujer podría arrancarla el enigma del ídolo Rojo, traicionando el secreto de la tribu.

Pero Bassett era hombre de pocos galanteos. Aún no había podido reponerse del espanto inicial que le produjo la horrible fealdad de la negra. Hasta en sus mejores tiempos, cuando vivía en Inglaterra, no le habían seducido demasiado los hechizos de la mujer. Y sin embargo, tomó la heroica resolución de que sólo es capaz un mártir de la ciencia, de quebrantar toda la delicadeza y todos los escrúpulos de su natural sensible para enamorar a la inefablemente horrorosa bosquimana.

Se le erizaban los pelos, pero volviendo el rostro para no ver, mordiéndose los labios y forcejeando con los músculos de la garganta, rodeaba entre sus brazos los hombros de la negra, cubiertos con una corteza de roña ancestral, y en las mejillas sentía el contacto untuoso de sus cabellos crespos que despedían un tufo de aceite rancio. Lo que le sacaba de quicio, lo que a poco más le habría arrancado un grito de espanto, era el rendimiento y satisfacción con que ella se entregaba a sus caricias, prorrumpiendo en gorgoteos y ronquidos de cerdo para manifestarle su contentamiento. Aquello era demasiado para un inglés, aunque fuese sabio y naturalista. Al siguiente día, antes de comenzar el galanteo, la echó de cabeza al río para someterla a una friega vigorosísima.

Desde entonces se entregó a ella como si fuera un zagal enamorado y le dedicaba todo el tiempo que su contenida repugnancia le permitía. Retardaba el casamiento que fingía desear ardientemente, fundándose en la justa observancia de los tabúes tribuales. Afortunadamente para él, los tabúes eran rigurosos e imperativos. Así, Ngurn no podía tocar hueso, carne o piel de cocodrilo, porque de tal manera había sido ordenado desde su nacimiento; a Vngngn le estaba vedado tocar mujer, y si alguna osaba mancillarle con su

contacto, debía purgar su ofensa con la muerte. Bassett, a poco de llegar, había contemplado un ejemplo de esto cuando una niña de nueve años, que corría juguetona en derredor, tropezó, tambaleóse, y vino a caer encima del jefe sagrado. La niña desapareció desde entonces para siempre. Al oído le reveló Balatta que en cierta ocasión la habían tenido tres días con sus noches ante el ídolo Rojo, dispuesta para ser inmolada. Balatta tenía el tabú del árbol del pan. Bassett estaba muy agradecido al tabú; también pudiera haber sido tabú el agua... En cuanto a él, se confeccionó un tabú para su uso particular. Sólo podría casarse, le dijo, cuando la Cruz del Sur se remontara a lo más alto del cielo. Conocedor de la astronomía de los salvajes, conquistó por este procedimiento del tabú un plazo protector de nueve meses. Confiaba en que para entonces o habría muerto o escaparía hacia la playa una vez descubierto el misterio del ídolo Rojo y el origen de su maravillosa voz. Al principio pensó en si sería el ídolo alguna estatua colosal como la de Memnón, que en ciertas condiciones de temperatura, bajo el fuego del sol, recibiría el don de la voz. Pero cuando, después de una algarada, le fueron sacrificados algunos prisioneros, de noche y bajo la lluvia, a horas en que el sol no podía influir para nada, el ídolo Rojo habló con mayor entusiasmo que nunca, por lo cual Bassett hubo de reformar su hipótesis primera.

A veces en compañía de Balatta, otras con partidas de hombres y mujeres, gozaba de la selva libre, penetrando a su sabor por tres de los puntos cardinales. El cuarto punto cardinal, aquél hacia donde sonaba la voz del ídolo Rojo, le había sido proclamado tabú. Apretó el cerco del amor a Balatta. La prodigaba también con más frecuencia baños y friegas. Era ella la mujer eterna, capaz por el amor de cometer las más infamantes traiciones. Y aunque su aspecto provocara náuseas, aunque su contacto le inclinase a la desesperación, aunque su fealdad le perseguía en sueños y pesadillas, Bassett, no obstante, pudo comprobar la verdad cósmica del sexo que en ella latía, sobreponiendo al instinto mismo de conservar la vida la felicidad del amante en quien se cifraban todas sus esperanzas nupciales. ¿Qué diferencia intrínseca puede existir entre el amor de Julieta y el de Balatta? ¿La ternura que labraron en aquella los cinceles de la civilización más refinada sobre la piedra tosca de la bestialidad primitiva que perduraba virgen en Balatta? No se puede decir que Bassett era, ante todo, un hombre de ciencia, y además un antropólogo. En el corazón de la selva de Guadalcanar lo demostró bien a las claras con la misma evidencia que en el laboratorio hubiera dado testimonio de alguna reacción química. Acrecentó su ardor fingido para con la bosquimana, reforzando al mismo tiempo su propia voluntad para provocar una pasión artificial que le condujera ante la faz del ídolo Rojo. Era la vieja historia del tributo que la mujer ha de pagar al amor. Un día andaban los dos a la pesca de un pez cuya especie no ha sido todavía bien clasificada, medio anguila, medio besugo, que frecuentaba las aguas frescas, y que, fresco o podrido, crudo o

asado, era el bocado más apetitoso para los indígenas. Reclinada en el mantillo putrefacto de la selva sembrado con pétalos de flores marchitas, Balatta se arrojó a las plantas del varón, se abrazó a sus rodillas y le besó los pies. En su garganta vibraban blandos sonidos acompañados con una ondulación sensual que recorría la espalda de la negra. Y le rogó que la matase antes que exigirle el último tributo de su amor. Le relató con negros rasgos el castigo que recibían los violadores del tabú tribal del ídolo Rojo, le habló de una semana entera de tortura, restregó contra el cielo su rostro para dar fe de sus palabras, y por las contorsiones de terror que desfiguraban su semblante le descubrió toda la crueldad de que los hombres son capaces para con sus semejantes.

Bassett insistió, sin embargo, en que fuera satisfecha su voluntad de varón, aún cuando la hembra se jugase la vida. Era preciso que él resolviera el enigma del ídolo Rojo, aunque ella fuera luego inmolada para satisfacer con una muerte prolongada y cruel al dios agraviado. Y Balatta, que al fin y al cabo era mujer, cedió a la voluntad del hombre y le condujo por el rumbo prohibido. Remontaba al Sur y al Norte sus hombros de titán la cordillera abrupta, quebrándose por medio de una garganta escarpada, honda y negra, por donde se precipitaba el río. Anduvieron una milla a través de la garganta. Luego el camino se empinaba por unas areniscas sedimentarias que cautivaron el ojo del geólogo, y treparon por las montañas, si bien la debilidad les obligaba a descansar con harta frecuencia, y escalaron picachos vestidos de selvas, hasta una meseta llana que coronaba la cima de la cordillera. Bassett reconoció las arenillas volcánicas, negras, granuladas, que Be habrían adherido fuertemente a la aguja del imán.

Y asiendo a Balatta de la mano, la arrastró hacia un pozo tremendo, abierto sin duda artificialmente en el corazón de la meseta. Cruzaron velozmente por el cerebro del sabio recuerdos de antiguas leyendas, las anotaciones para los navegantes del mar del Sur, enjambres de datos y referencias que formaban un torbellino en su imaginación de enfermo. Había sido Álvaro de Mendaña quien descubriera las islas y las titulara Salomón, esperando encontrar en ellas las minas fabulosas de aquel monarca. Todos se habían reído de la credulidad infantil y candorosa del antiguo navegante español; y sin embargo, allí estaba él, Bassett, al borde de una excavación que recordaba, por todos los detalles, a los pozos de diamantes del África del Sur.

Pero no era un diamante lo que contemplaban sus ojos. Parecía más bien una perla, a juzgar por las irisaciones profundas; pero de tales dimensiones que todas las perlas del mundo fundidas en una sola no alcanzarían su tamaño. Ni tampoco soñaron jamás las perlas, ni gema alguna de cuantas existen en el mundo, en poseer un color semejante. Era el color del ídolo Rojo. Bassett se percató en seguida de que estaba contemplando al ídolo. Era una esfera purísima de setenta metros de diámetro, cuyo casco superior surgía a treinta

metros por encima del nivel del pozo. Le comparó, por sus cualidades y coloración, a los objetos de laca. Hasta pensó en que estaría formado de aquella sustancia, pero tan hábilmente trabajada por el hombre, tan exquisitamente perfecta, que de las hordas bosquimanas no podían haber nacido los artífices milagrosos. Más brillante y diáfana que las cerezas iluminadas de escarcha, su riqueza de color parecía rojo trabajado sobre rojo, y se rompía a la luz del sol en luces e irisaciones que cambiaban hasta lo infinito la nota del color fundamental.

En vano Balatta quiso disuadirle de que descendiera al pozo. Intentó detenerle, asiéndole por la franja del vestido; pero cuando Bassett emprendió el descenso por la senda en espiral que rizaba las paredes del pozo, le siguió como un perrillo faldero, lloriqueando y gimiendo de terror. Evidentemente, la esfera había sido destapada a fuerza de pico: pero considerando la escasez de miembros que constituían las doce tribus federadas y reparando en sus instrumentos primitivos, en sus métodos imperfectos, Bassett dedujo que ni el trabajo acumulado de cien generaciones habría bastado para la formidable socavación.

El fondo del pozo estaba alfombrado de huesos humanos, entre los cuales, diseminados a troche y moche, mellados y medio deshechos, yacían muchos ídolos de madera y piedra. Algunos, cubiertos de obscenas figuras y dibujos totémicos, eran troncos de árbol de doce a quince metros de longitud, groseramente tallados. Se percató de que no se veían tótems de cocodrilos o tortugas, tan frecuentes en las aldeas ribereñas, y le sorprendió la insistencia con que se había recurrido a los motivos de yelmos o celadas. ¿Cómo es que aquellos hombres selváticos del corazón negro de Guadalcanar conocían el yelmo? ¿Acaso Mendaña y sus hombres los usarían cuando penetraron por aquellas comarcas, siglos atrás? Y de no ser así, ¿de dónde ni cuándo pudieron inventar los bosquimanos el motivo del yelmo?

Avanzando por el yacimiento de huesos y dioses, seguido de Balatta, Bassett se acercó hacia la sombra del ídolo Rojo y avanzó bajo su bóveda invertida, hasta tocarla con la yema de los dedos. No era de laca, ni suave y pulimentada la superficie, sino sembrada de arrugas, pocilios y grandes parches ahumados que señalaban la huella del fuego. La sustancia del ídolo era de metal, mas de un metal o aleación nunca vistos; el color, no pintado, sino propio de la sustancia del metal.

Deslizó por la superficie de la esfera las puntas de los dedos, y sintió que toda la gigantesca esfera se movía, se estremecía, se agitaba, respondiendo. ¡Cosa increíble! ¡Roce tan leve, y tan vasta conmoción! Empero, bajo la caricia suave de los dedos, se estremecía en rítmicas vibraciones que comenzaron a emitir susurros, murmullos, roces, sonidos, tan fugaces y tenues, que parecían silbidos lejanos, tan suaves y dulces como si brotaran del

cuerno de un duende músico, tan tiernos, que conmovían. Bassett juzgó que el ídolo Rojo era como una perla desprendida de alguna campana de dioses sidéreos, que, a través de espacios infinitos, había descendido a la tierra.

Miró a Balatta en ademán interrogante; pero la voz del dios había sido evocada, y ella se prosternaba en tierra, besando con el rostro la alfombra de huesos. Él volvió a contemplar el prodigio. La esfera estaría hueca, y el metal que entraba en su composición, desconocido en la tierra. Con razón las antiguas tradiciones de la tribu le llamaban el Hijo de las Estrellas. Sólo de las estrellas podía brotar un prodigio semejante, y no por mera coincidencia natural, no; era una creación del arte y del pensamiento. Aquella perfección en la forma, aquella oquedad interior, no podían ser el resultado de un azar. Era el hijo de inteligencias remotas e inescrutables, artífices de metales maravillosos. Y permaneció en extática contemplación, ardiendo su cerebro con el fuego salvaje de hipótesis acerca de aquel peregrino de luengos espacios que se había aventurado por la noche del éter hilvanando estrellas a su paso, y que ahora, ante sus ojos, se alzaba, desenterrado por los pacientes antropófagos.

Pero ¿aquel color sería un baño de laca que cubriera una masa de metal conocido, o se trataba más bien de una propiedad inherente a la sustancia de la esfera? Para cerciorarse de la constitución de aquella materia, hincó la punta del cuchillo. De repente, la esfera estalló en un murmullo poderoso, agudo, de protesta, como el tintineo de una campana de oro, si es que puede existir un murmullo de campanas, en oleadas de tonalidades múltiples, que recorrían todos los registros posibles y se fundían en aquella voz atronadora que tantas veces escuchara desde distancias inverosímiles.

Se olvidó Bassett de su propia seguridad, de su vida, extasiado por el enigma sorprendente de aquella realidad inexplicable, y alzando la mano que empuñaba el cuchillo, habría hincado el acero con inaudito vigor si Balatta no se lo estorbara. Se alzó ésta sobre las rodillas en el orgasmo de su terror, y asiéndose a las piernas de Bassett, con súplicas y lágrimas le rogó que desistiera de sus propósitos. Para impresionarle con el ardor de sus deseos, introdujo el brazo en la boca y mordió hasta calar al hueso con los dientes.

Apenas reparó él en aquel acto de la negra, pero se impusieron los instintos dulces y tiernos del hombre civilizado y retiró el cuchillo. La vida humana se había empequeñecido ante sus ojos, era una partícula microscópica ante aquel colosal portento de vida suprema que había descendido desde las remotas bóvedas siderales. De pronto, como si la negra fuese un perro, la golpeó con el pie, obligándola a precederle en torno a la base del monstruo. Y al pasar topó con realidades horrorosas. Entre otros despojos, descubrió el cuerpo de la niña que violara el tabú inherente a la personalidad del jefe Vngngn. Los restos de la muchacha, como una fruta seca, se habían arrugado a los rayos inclementes del sol. Entre los escombros de cosas que ya no eran, descubrió también

Bassett otro horror que aún no había dejado de ser: la naturaleza bestial de los bosquimanos adoradores del ídolo Rojo, quienes contemplando en éste su propia imagen, se esforzaban en aplacarle y bienquistarse con él por medio de las rojas ofrendas.

Más adelante, hollando todavía sobre huesos e imágenes de hombres y dioses que pavimentaban el ara de los sacrificios, tropezó Bassett con el monumento, desde donde el ídolo Rojo emitía hacia la playa de Ringmanu su voz de trueno, por cima de los cinturones de selvas y pradeños. Un pendolón de unos quince metros de largo, endurecido por los siglos de supersticiosos cuidados, tallado con dinastías de dioses que se habían amontonado unos sobre otros, cada cual con su yelmo, sentado en una boca abierta de cocodrilo, colgaba de un trípode colosal que formaban tres enormes troncos por medio de cuerdas cubiertas de musgos y plantas parásitas. Los troncos, a su vez, estaban tallados, con ridículas y grotescas adumbraciones de los conceptos que el hombre moderno tiene de Dios y del arte. Del pendolón colgaban cuerdas para que desde abajo pudiera ser arrastrado en una u otra dirección. Como un ariete, tirando de las cuerdas, el pendolón podía golpear la esfera irisada.

Allí era donde Ngurn oficiaba, celebrando los ritos religiosos de la suya y de las doce tribus confederadas. Bassett no pudo por menos de reírse a carcajadas, casi como un loco, al pensar en que aquel mensajero inteligente, maravilloso, a quien dio alas la inteligencia para cruzar el espacio, hubiese venido a caer en una morada de bosquimanos, simiescos, carnívoros, cercena cabezas, que le adoraban como a su dios. Es como si el Dios del universo se hubiese desplomado hasta el cenagal más espantoso que debe cubrir las simas del infierno, como si los Mandamientos de Jehovah hubieran sido esculpidos en piedra para que los contemplaran los monos del Parque Zoológico, como si el Sermón de la Montaña hubiese sido pronunciado ante una asamblea de vociferadores y lunáticos.

Transcurrieron lentamente algunas semanas. Por gusto suyo pasaba Bassett las noches en el suelo encenizado de la casa del brujo, bajo las cabezas que pendían oscilantes de la techumbre. Y la razón de esta permanencia en tan desagradable refugio, es que era tabú para el sexo débil, y por lo tanto, fortaleza donde guardarse de Balatta, que le perseguía con más amor y peligrosa insistencia, cuanto más ascendía hacia el cénit del cielo la Cruz del Sur que señalaba la proximidad de sus nupcias. Bassett pasaba los días enteros en una hamaca, oscilando a la sombra del gran árbol del pan fronterizo a la casa del brujo. A veces había alteraciones en el programa, cuando durante los letargos febriles permanecía días y noches en la casa de las cabezas. Aún luchaba contra la fiebre. Quería vivir, anhelaba vivir, fortificarse para aventurarse un día por las praderas verdes, allende la selva negra, hacia las playas en donde algún barco reclutador de negros le recogiera y más allá aún

hacia las regiones de los hombres civilizados a quienes transmitiría las nuevas de un mensaje estelar, de un evangelio de otros mundos que yacía en el corazón de la isla negra de Guadalcanar, recibiendo la adoración de unos hombres bestiales.

Otras noches, alargando su estancia a la sombra del árbol del pan, Bassett pasaba horas y más horas contemplando los grupos de estrellas que tachonaban de lucecitas el manto del cielo por encima de la franja roja de la selva. Por allí había entrado él en el páramo donde se levantaba la aldea. Conociendo a fondo la astronomía, divertía sus ocios de enfermo especulando acerca de si los mundos invisibles, los soles inefablemente remotos, habían sido iluminados por la antorcha de la vida que brotara como una estrella de las criptas tenebrosas de la materia ciega. ¿Cómo poner límites al tiempo que limita el espacio? Las subversivas especulaciones acerca del radium no habían venido a quebrantar todavía su fe de hombre de ciencia en la indestructibilidad de la materia y de la energía. Siempre, eternamente, había habido estrellas. Y sin duda, en aquel fermento cósmico, todo debía ser relativamente semejante, de una sustancia muy parecida, salvo algún que otro fracaso de la naturaleza. Todo debía obedecer a las mismas leyes, que rigen inquebrantables para las experiencias humanas. Todo debía estar compuesto de la misma sustancia. Por lo tanto, concluía, la vida y los mundos dependerían de los soles, de la misma suerte que nuestro mundo y nuestra vida depende del sol que preside nuestro sistema.

Y lo mismo que él, tumbado allí a la sombra del árbol del pan, con su inteligencia recorría los remolinos de estrellas y las simas del cielo, así el universo todo se revelaría siempre ante la penetración de innumerables ojos que, como los suyos, serían ventanales por donde millones de inteligencias interrogarían el enigma del todo. Y de tal suerte, en alas de su razón, sentía que su alma se remontaba en fraternal cortejo con la augusta compañía de aquella muchedumbre, cuya mirada estaba eternamente suspendida en el tapiz de lo infinito.

¿Quiénes eran, qué eran, dónde habitaban aquellos lejanos y excelsos camaradas que con su gigantesco mensaje iridiscente, voz de los cielos, habían tendido la estela de un puente sobre el universo? Sin duda habrían hollado en remotos siglos el mismo sendero de la animalidad que el hombre de la tierra terminaba de recorrer. Y para conquistar el poder de enviar por la oquedad del espacio su mensaje sonoro habrían escalado ya las enhiestas cimas que el hombre, con lágrimas, fatigas y sudores de sangre se debate por remontar entre confusión y tinieblas. ¿Y qué serían ellos en la cima? ¿Habrían logrado el cielo de la Fraternidad? ¿O descubrieron acaso que la ley del amor se pagaba con la pena de la decadencia y de la muerte? ¿Era lucha la vida? ¿Regía para todo el universo el decreto inclemente de la selección natural? Y lo que aún es

más apremiante y sugestivo: sus conclusiones ultérrimas, su sabiduría de siglos, ¿había sido encerrada tal vez en el corazón del ídolo Rojo, esperando al hombre terreno que por primera vez la interpretara? De una cosa estaba seguro Bassett: la esfera irisada no era una perla roja de fuego desprendida del crisol de algún sol atormentado. Era hija de un propósito deliberado, no de la pura casualidad, y encerraba el discurso y la sabiduría de las estrellas.

¡Qué máquinas, elementos y fuerzas sojuzgadas por la inteligencia, qué doctrinas, misterios y conquistas del Destino no latirían allí! Sin duda, así como la piedra angular de un edificio público contiene tantas y tantas cosas, así esta enorme esfera sería depositada de vastas historias, de profundas investigaciones, de logros que la mente arrebatada del hombre no podría concebir, de leyes y fórmulas que, fácilmente dominadas, arrancarían de un golpe la vida del hombre, individual o colectivamente considerado, del cenagal en donde se agita, hasta inconcebibles alturas de pureza y de poder. He aquí el don más generoso que el tiempo había concedido al hombre ciego, insaciable, enamorado de un cielo invisible. ¡Y era él, Bassett, el elegido para recibir antes que nadie el mensaje de los hombres interestelares, sus hermanos!

...

Ningún hombre blanco, ni menos aún ningún bosquimano, había visto al ídolo Rojo sin pagar la contemplación con la muerte. Tal era la ley que Ngurn le había manifestado. «Existe una fraternidad de sangre», argüía Bassett más de una vez. «No —replicaba solemnemente el viejo sacerdote—. Hasta la fraternidad de sangre quedaba al margen del favor del ídolo Rojo.» Únicamente un hombre nacido en la tribu podía verlo y vivir. Pero como sólo Balatta conocía su delito ignorado, a quien el temor de ser inmolada en aras del ídolo Rojo sellaba sus labios, ahora la situación era diferente. Lo que él, Bassett, tenía que hacer era restablecerse de sus fiebres, que tan debilitado le tenían, y partir en busca de la civilización. Luego regresaría al frente de una expedición, y aún cuando la población entera de Guadalcanar fuese arrasada, extraería del corazón del ídolo Rojo el mensaje que enviaron al mundo lejanos mundos.

Mas ¡ay! las recaídas de la enfermedad se hacían cada vez más frecuentes, los períodos de convalecencia menos persistentes y vigorosos, los letargos más duraderos, hasta que al fin, a pesar de un ingénito optimismo propio de naturaleza tan fuerte como la suya, se convenció de que no cruzaría jamás las praderas de hierba, ni la selva oscura, ni las playas de coral, ni los mares azules. Se derretiría poco a poco su vida, al paso que la Cruz del Sur fuera trepando hacia el cénit del cielo austral. Hasta la misma Balatta se percató de que moriría su hombre antes de la fecha nupcial que señalaba el tabú. Ngurn se aventuraba por las cercanías en busca de materiales con que curar la cabeza del hombre blanco, y hasta le anunciaba con orgullo los propósitos de

perfección y arte que proyectaba para cuando Bassett muriera. Bassett, por su parte, no se sobresaltaba. Su vida se había ido borrando tan paulatina y suavemente, que no sentía el temor de la muerte próxima. Y así iba tirando, alternando los períodos de letargo con los de semiinconsciencia, poblados unos y otros de ensueños y fantasías, de suerte que ya no sabía distinguir si lo del ídolo Rojo había sido realidad o sombra de un delirio.

Y vino un día en que todas las nieblas y telarañas se rasgaron, en que recobró la visión de las cosas, clara y lúcida como el sonido de una campana, en que se percató de la debilidad de su organismo. No podía ya levantar los pies ni las manos, tan débil estaba. De tal manera había perdido el dominio del cuerpo, que ya ni siquiera sabía si lo había poseído alguna vez. Poco le pesaba la materia en el alma, y por eso ésta, con la lucidez concisa y clara de la verdad, sabía que el vacío de la cesación se avecinaba. Comprendió que su fin estaba muy cerca, que indudablemente habían visto sus ojos al ídolo Rojo, mensajero de los mundos interestelares, que no viviría ya para transmitir a los hombres aquel mensaje que tal vez habría de aguardar aún miles de años hasta que otro hombre lo escuchara en el corazón de Guadalcanar. Y Bassett, al cabo agitado por una resolución, llamó a Ngurn a la sombra del árbol del pan, y discutió con el doctor brujo los términos de su último esfuerzo vital, las condiciones de su última aventura en los sentidos carnales.

—Yo sé la ley, ¡oh Ngurn! —concluyó—. Quien no sea de la horda, no puede ver al ídolo Rojo y vivir. Yo no viviré ya de ningún modo. Que tus mancebos me transporten ante la faz del dios, y le veré y oiré su voz y moriré, ¡oh Ngurn! en tus manos. Así se satisfarán tres fines: la ley, mi deseo y la inmediata posesión de mi cabeza para la que todos tus preparativos esperan.

Ngurn accedió, y dijo:

—Más vale así. Locura es que un hombre sin esperanza de curación viva tanto tiempo. Además, mejor es que mueras. Los vivos saldrán ganando. Tú has resistido mucho. A mí me agradaba charlar contigo a la sombra de mi choza. Pero desde hace muchas lunas, sueles permanecer allí, roncando como un lechoncillo moribundo, o charlando en alta voz cosas extrañas que yo no puedo comprender. Me has hundido en un mar de confusiones, porque me gusta mucho pensar en cosas grandes, de la luz y de las tinieblas, mientras que doy vueltas entre mis manos a las cabezas al humo de la hoguera. Por eso tus palabras ininteligibles me han conturbado. ¿Cómo me revelarás la sabiduría que espero alcanzar antes de morir? Y en cuanto a ti, puesto que se ciernen sobre tu cabeza las tinieblas, bueno es que mueras de una vez. Yo te prometo en los días venideros, cuando al humo dé vueltas tu cabeza entre mis manos, que ningún hombre de la tribu perturbará nuestros coloquios. Y yo te diré calladamente muchos secretos, porque soy un hombre muy viejo y muy sabio, y añadiré saber a saber, cuando dé vueltas a tu cabeza, rociándola de humo.

Tejieron unas parihuelas de ramas y hojas, y a hombros de seis mozos partió Bassett hacia la última aventura de su vida. Débil el cuerpo hasta el punto de que ni siquiera sentía dolor de puro agotado, pero claro el pensamiento, inclinado al éxtasis sereno de la más pura lucidez intelectual, yacía en las andas portátiles y observaba al pasar las sombras huideras de los objetos. Contempló por última vez el árbol del pan, la casa del brujo, el día turbio bajo la techumbre sombría de la selva virgen, la garganta negra y lóbrega, las montañas empinadas, la quebradura de extractos húmedos de caliza y la meseta de arenillas volcánicas.

Le condujeron por la espiral descendente que circundaba el pozo, en torno al luminoso ídolo Rojo que parecía siempre a punto de transformar sus irisaciones de luz en irisaciones de música y de trueno. Y sobre los huesos y despojos de seres muertos y de dioses inmolados, hollaron hombres vivos hacia el trípode de troncos colosales de donde pendía el enorme pendolón que servía de ariete. Allí, con la ayuda de Ngurn y de Balatta, sentóse Bassett, irguió débilmente el cuerpo enflaquecido, combando las costillas peladas, y con ojos claros, serenos, penetrantes, contempló absorto al ídolo Rojo.

—De una vez, ¡oh Ngurn! —dijo sin apartar la mirada de la superficie ondulante, vibratoria, donde todos los matices del rojo se sucedían en un estremecimiento sonoro, para derretirse en roces sedeños, en silbidos de plata, en oscilaciones de cuerdas de oro, en melodías aterciopeladas de encantamiento, en blandos ecos de truenos lejanos...

—Espero —Ngurn interrumpió, luego de una pausa silenciosa, empuñando el tomahawk de largo mango.

—De una vez, ¡oh Ngurn! —repitió Bassett—, deja que hable el ídolo Rojo, para que le vea y le oiga. Luego, corta cuando te haga una seña, así, con la mano; porque entonces inclinaré hacia delante la cabeza y te dejaré descubierta la cerviz para que cercenes. Pero, ¡oh Ngurn! yo que voy a desaparecer para siempre de la luz del día, quiero morir cuando la voz maravillosa del ídolo Rojo cante una música dulce a mis oídos...

—Y yo te prometo que nunca habrá cabeza mejor curada que la tuya —asintió Ngurn, señalando a los mozos de la tribu las cuerdas impulsoras para que golpearan la esfera con el pendolón—. Tu cabeza será la mejor prenda de mi colección.

Bassett sonrió dulcemente. El leño tallado osciló. Un instante después, Bassett se hundía en el éxtasis de una sonoridad que brotaba de súbito como si hubieran dado rienda suelta a sus alas. ¡Oh! ¡qué trueno aquél!... Era meloso como la voz de todos los metales juntos. Los arcángeles hablaban a través de él; más ampuloso y bello que todos los sonidos, era el cáliz votivo que los hombres excelsos de otros planetas más felices ofrendaban a sus hermanos de

la tierra; era la voz de Dios, seductora e imperiosa, para ser oída. Y... ¡el eterno milagro de aquel metal sidéreo! Bassett vio con sus propios ojos que luces y colores se transformaban en música, hasta que toda la superficie visible de la esfera irisada, vibraba, serpenteaba, titilaba, convirtiéndose en una niebla vaporosa, de suerte que no se sabía si era luz o era voz. Suyos eran en aquel momento, porque los vieran sus ojos, los intersticios de la materia y las corrientes de fuerza que fluían como fuentes inexhaustas a través del cuerpo material.

Pasaba el tiempo. Al cabo, despertó a Bassett de su ensimismamiento un movimiento del impaciente Ngurn. Se había olvidado del viejo brujo. Pensándolo, tembló en la garganta de Bassett una carcajada raquítica. Al alcance de la mano tenía su escopeta, encima de las parihuelas. Le bastaría oprimir el gatillo para destrozarse la cabeza del viejo.

Pero ¿para qué engañarle?, pensó Bassett. Aquel caníbal medio hombre, medio mono, cortador de cabezas, era juez, sin embargo, según su leal saber y entender, de sus cohortanos, y representaba a su modo promesas de la suavidad y legalidad en el trato como las que disfrutaban los hombres civilizados. No; sería una cruel venganza, un acto indigno, una maldad sin fruto, engañar al viejo Ngurn. Su cabeza le pertenecía, para que entretuviera, curándola, sus achaques.

Y Bassett, inclinándose hacia delante la cabeza, como había convenido, para dejar libre la cerviz al golpe del tomahawk, levantó la mano sin acordarse siquiera de Balatta, que no era más que una mujer, sólo una mujer, y además indeseada. Sintió, sin verlo, que el borde del tomahawk surcaba el aire a su espalda. Y en un instante, antes de terminar, desplomáronse sobre Bassett las tinieblas de lo Incognoscible, con una sensación sorprendente de que todas las murallas se quebrantaban para dejar libre al espíritu. En el punto mismo en que sintió que la hoja de acero rozaba la piel, antes de rasgarla, creyó percibir frente a frente la faz de la Medusa: la Verdad. Y simultáneamente, con la mordedura del acero y con la oleada de tinieblas, en un relámpago de su fantasía, vio que su cabeza daba vueltas lentamente sobre la hoguera humeante en la choza del brujo, al arrimo del árbol del pan que tantas veces le había cobijado cabe su sombra.

LA TUNANTA

Hay cuentos que deben ser necesariamente historia, tales, que no podría imaginárselos la fantasía del más fecundo narrador, y asimismo hay hombres de historia de cuyas narraciones es imposible dudar. Julián Jones era uno de estos

hombres. No sé si la mayoría de mis lectores pondrá en tela de juicio la historia que Julián Jones me relató. Sin embargo, yo creo en la veracidad de cuanto me dijo. Tan convencido estoy de ello, que de buena gana invertiría mi capital, si lo tuviera, en la empresa, y hasta siento vehementes deseos de embarcarme en plan de aventura hacia el lejano país de esta verdadera historia.

Fue en el pabellón australiano de la Exposición del Pacífico, en Panamá, donde por primera vez nos encontramos. Estaba yo embobado ante una vitrina donde se exhibían a la vista de los curiosos unos facsímiles de las palacras o pepitas de oro más hermosas que se habían encontrado en los yacimientos auríferos de los antípodas. Nudosas, deformes y macizas, era tan difícil dudar de que fuesen en realidad de oro, como creer en lo que manifestaban las adjuntas tablas de pesos y valores.

—He ahí lo que los cazadores de canguros llaman palacras —tronó una voz de bombo por encima de mis hombros, refiriéndose al más hermoso de los ejemplares expuestos.

Me volví y miré hacia arriba, donde tropecé con las pupilas turbias y azules de Julián Jones. Y digo que miré hacia arriba porque mi hombre tendría por lo menos un metro noventa de estatura. Eran casi tan turbios y pálidos como las niñas de sus ojos los mechones amarillos de los cabellos, color de arena. Sin duda el sol los había descolorido. Así lo atestiguaba también el rostro, curtido y tostado por el sol. Enfocó en los míos la mirada de sus ojos, y en ellos descubrí un fulgor extraño e inquisitivo, como si revelaran un vano esfuerzo por recordar algo extremadamente importante.

—¿Y qué tiene de particular esa palacra? —pregunté.

Desapareció de su mirada aquella expresión de vago recuerdo y atronó mis oídos con el portentoso estallido de su voz, diciendo:

—¿Que qué tiene de particular? ¿Le parece que no es admirable su tamaño?

—Sí; me parece bastante grande —asentí—. Pero no cabe duda que es auténtica. Creo que el gobierno australiano no osaría...

—¡A cualquier cosa llama usted grande! —interrumpió, con un resoplido de menosprecio—. En efecto, alguna vez se han encontrado mayores; pero... —rectifiqué.

—¡Alguna vez! —y sus ojos se caldeaban con una llama ardiente mientras hablaba—. ¿Cree usted que todas las palacras descubiertas hasta hoy han figurado en las tablas de las enciclopedias o en las columnas de los periódicos?

—¡Hombre! —repliqué prudentemente—. Si usted sabe de alguna que no

haya sido mencionada ni en las unas ni en los otros, comprenderá que no pudo llegar a conocimiento mío por arte de magia. Cuando haya una palacra, o más bien, un buscador de oro tan ruboroso que desee permanecer anónimo...

—Es que no lo desea —interrumpió bruscamente—. Es que yo la he visto con mis propios ojos; además de que tengo la piel demasiado curtida para ruborizarme. Soy ferroviario y he vivido muchos años en los trópicos. ¡Qué esperanza! A fuerza de aire y de sol he llegado a tener color de caoba vieja. Muchos me tomaban por español a pesar de mis ojos azules.

Me creí en el deber de interrumpirle.

—Y dice usted que aquella palacra es mayor que ésta, señor...

—Jones; me llamo Julián Jones.

Hundió las manazas en un bolsillo interior y sacó un sobre cuya dirección ostentaba este nombre, para entregar en la lista de Correos de San Francisco. Yo, a mi vez, le entregué mi tarjeta, para darme a conocer.

—Tengo verdadera satisfacción en conocerle —me dijo, tendiéndome la mano y suavizando la voz, siempre ensordecidora, como si estuviese acostumbrado a hablar desde lejos—. Por supuesto, le conozco a usted de referencias y hasta me parece haber visto su retrato en los periódicos. Aunque no es costumbre hablar con la franqueza que yo lo hago, he de confesarle que sus artículos acerca de Méjico no valen dos centavos. Está usted completamente desorientado. Entre otros, comete el error, tan común entre los gringos, de tomar a los mejicanos por gente de raza blanca. Y no lo son, no señor. Ninguno, ni los que llaman greasers, ni los sjpiggoties, ni los hispanoamericanos, ni el resto de la ganadería. Le aseguro a usted que ni son, ni piensan, ni obran como nosotros. Hasta tienen otra tabla de multiplicar. ¿Cree usted que siete por siete son cuarenta y nueve? Bueno; pues los mejicanos, no. Cuentan de distinta manera. Tampoco ven blanco lo blanco. No sé cómo decirle... Mire; un ejemplo. Si usted compra café al pormenor en una tienda, y pide un paquete de a libra...

—¿Qué tamaño dice usted que tenía aquella palacra? —le interrogué con firmeza—. ¿Era tan grande como la mayor de esa vitrina?

—¡Mayor! ¡muchísimo mayor! —dijo con gran flema—. Más grande que todos esos esperpentos juntos. ¡Si son ejemplares de dos al cuarto!...

Me miró de pies a cabeza y luego prosiguió:

—No veo inconveniente en tratar con usted de este asunto. Goza usted fama de ser hombre digno de confianza, y hasta tengo entendido que ha corrido alguna que otra aventura de las que se dan por sendas poco trilladas de la vida. Precisamente andaba yo a la busca de alguien con quien pudiera hablar

de este asunto.

—Puede depositar en mí su confianza —le dije.

Y aquí me tenéis ahora, dispuesto a sacar a la luz de la imprenta, sin quitar ni poner tilde de mi cosecha, la historia que Julián Jones me relató, una vez que ambos estuvimos sentados al borde del lago, frente al palacio de Bellas Artes, arrullados por los chillidos de las gaviotas.

Se me había olvidado decir que, saliendo de los pabellones a la caza de un asiento, se apresuró a precipitarse en brazos de mi hombre, con la precisión y exactitud de una pieza de maquinaria, cierta mujercita de unos treinta años de edad, de rostro sano y colorado, propio de pueblerina acomodada, y andar flexible y ligero, como el vuelo de las gaviotas que surcaban el espacio azul, chillonas e inquietas.

—¿Dónde vas? —gritaba—. ¡Te marchas sin acordarte de mí! ¡Ingrato!

Me presentaron a ella con las formalidades de rigor. Se veía que no había oído hablar nunca de mí, a juzgar por las miradas recelosas e inquisitivas que me lanzaban sus ojos negros, inquietos como un pájaro, por entre los párpados entornados, en una cortina de espesas pestañas.

—Supongo que no irás a hablar con este señor de aquella tunanta... —dijo con mimoso enfado.

—¡Qué cosas tienes, Sara! Voy a tratar del asunto —contestó él lamentándose—. He andado a la busca de un hombre de su condición desde hace mucho tiempo, y ahora que he topado con quien parece ser digno de escucharme, voy a endilgarle toda la relación de lo acaecido.

La mujercita no contestó, pero frunció los labios en un mohín de disgusto, tan apretados y rígidos, que parecían una aguja de coral, y se puso a mirar hacia la Torre de las Joyas, con tan austera expresión en el semblante, que ni las múltiples refracciones de los rayos del sol, al quebrarse en infinitos reflejos y sombras, suavizaban las líneas del rostro contraído. Nos acercamos a paso lento hacia el borde del lago, y con un suspiro de desahogo, dejamos caer sobre el asiento la mole fastidiosa de nuestras respectivas humanidades, no sin alguna satisfacción de los pies atormentados.

—¡Y que una tenga que soportar este fastidio!... —afirmó la mujer en tono casi retador.

Dos cisnes alzaron elegantemente la cabeza blanca sobre el espejo del agua inmóvil para contemplarnos. Cuando se convencieron de nuestra pobreza o tacañería en asuntos de cacahuets y guisantes, se alejaron suavemente en busca de otros desocupados más generosos. Julián Jones volvió la espalda a su cara mitad y comenzó a relatarme la historia.

—¿Ha estado usted alguna vez en el Ecuador? ¿No? Bueno; pues entonces siga mi consejo y no vaya nunca por allá. Aunque, si termina usted por creerme, y se anima, puede que tengamos que ir de excursión por aquellas tierras. Después de todo, no hace tantos años que me encaminaba yo hacia allá, a bordo de un barco carbonero, renco y tosco, que tardó cuarenta y tres días en cruzar las aguas del Pacífico. Hacía poco menos de siete nudos, cuando todo marchaba viento en popa, que si no... Navegando al Norte de Nueva Zelandia nos sorprendieron unas rachas de huracán, y las máquinas se rompieron cuando estábamos a dos días de la isla de Pitcairn.

»Preciso es aclarar que yo no formaba parte de la tripulación del barco. Mi oficio es maquinista de tren. Pero habíamos hecho buenas migas el capitán y yo cuando nos conocimos en Newcastle, y me llevó como huésped suyo hasta Guayaquil. Vea usted. Llegó a nuestros oídos la noticia de que el ferrocarril americano pagaba muy buenos salarios a quienes hicieran la travesía de los Andes, hasta Quito. Ahora bien; Guayaquil...

—Es un antro de fiebres —interpuse.

Julián Jones asintió con la cabeza.

—Thomas Nast murió de ellas al mes de haber desembarcado en aquella tierra.

—Por cierto que era nuestro más hábil caricaturista —añadí.

—No lo sabe usted bien —dijo a secas Julián Jones—. No fue él el único que perdió la pelleja. Verá usted mi primer encuentro con la maldita fiebre. Sesenta millas antes de llegar al atracadero, río abajo, subió el práctico a tomar el mando de la embarcación. Era al amanecer.

»—¿Cómo van esas fiebres? —le pregunté.

»—Mire aquel buque hamburgués —me dijo, señalando a una embarcación que estaba anclada—. Ya han muerto el capitán y catorce hombres de la tripulación. El cocinero y otros dos están a las últimas. Son los únicos que quedan...

»Y vive Dios que el hombre decía la verdad. En Guayaquil perecían más de cuarenta personas cada día víctimas de la fiebre amarilla. Pero aquello eran tortas y pan pintado con lo que aún me quedaba por ver. La peste bubónica y la viruela cundían por todas partes, la disentería y la neumonía diezaban la población; pero el ferrocarril era más temible aún que todas las enfermedades juntas. Viajar en aquellos trenes constituía un peligro mayor que el de la peste.

»Apenas habíamos anclado en Guayaquil, cuando media docena de capitanes subieron en comisión a conferenciar con el nuestro, advirtiéndole de que no permitiera pisar tierra a ningún oficial ni tripulante, si no quería

deshacerse de ellos. Vino desde Duran, que es la opuesta orilla del río donde el ferrocarril desemboca, un lanchón que traía el encargo de recogerme. Cuando atracaba al costado del buque, brotó de él, de súbito, como un surtidor, un hombre, que en dos brincos se encaramó a bordo, trepando por el pasamano. Y una vez en la cubierta, en lugar de dirigir a ninguno de los presentes la palabra, se abalanzó sobre la barandilla y sacudiendo el puño amenazador, gritó señalando a la orilla de Duran:

»—¡Así te hundas! ¡así te hundas!

»—¿Qué es lo que se ha de hundir, amigo mío? —inquirí.

»—El ferrocarril —contestó, mientras que, introduciendo la mano entre los harapos que le cubrían, sacaba a luz un enorme revólver Colt, de calibre 44, que llevaba al cinto—. He permanecido ahí todo el tiempo que fijamos en el compromiso. Tres meses. No me conviene continuar. Trabajaba de conductor de tren.

»Y aquél era el ferrocarril en donde había de prestar mis servicios. Todo lo cual parece tortas y miel en comparación de lo que me dijo al cabo de unos minutos. El ferrocarril ascendía desde el nivel del mar, a orillas de Duran, hasta el Chimborazo, que está a cuatro mil metros de altura, para descender luego a la ciudad de Quito, al otro lado de la Cordillera, encaramada como un nido de águilas entre los montes. Y era tan peligroso el camino, que los trenes no viajaban nunca de noche. Los viajeros habían de apearse y dormir en las ciudades que se encontraban al paso, mientras que el tren aguardaba a que se hiciera de día. Cada tren solía llevar un piquete de soldados ecuatorianos, que constituían el mayor de los peligros. Se les suponía protectores del tren cuando llegara el caso, pero al menor asomo de revuelta, se echaban los fusiles a la cara y se unían a las hordas de los sublevados. Ya sabe usted; en cuanto estalla la revuelta en uno de aquellos trenes, el primer grito de los spiggoties es el de “mueran los gringos”. Y cuenta que como lo dicen lo hacen. En los descarrilamientos, el que no muere por accidente, parece a mano armada. No dejan escapar a ningún gringo o cosa que le parezca; que ésta es la aritmética de que antes le hablaba, bien diferente de la nuestra.

»¡Diantre! Antes de terminar el día hube de comprobar, a mis costillas, que el ex conductor no había dicho mentira. Tuvo lugar el percance en Duran. Yo había de partir con la primera división hacia Quito a la mañana siguiente. Sólo salía un tren cada veinticuatro horas. Serían las cuatro de la tarde cuando explotaron las calderas del Governor Hüncoch, lancha acorazada que transportaba los pasajeros del ferrocarril, atravesando el río, desde Duran a Guayaquil. Se hundió rápidamente. El accidente había sido fortuito, aunque lamentable. Pero no pararon aquí nuestras desgracias. Al cabo de media hora comenzaron a llegar trenes abarrotados de pasajeros. Era día de fiesta y las

gentes de Guayaquil habían salido de excursión por los campos vecinos. La multitud regresaba de la fiesta.

»Serían cosa de unas cinco mil almas. Hacináronse a orillas del río, desordenadamente, aguardando al vaporcito para cruzarlo. El vaporcito yacía bajo las aguas, de lo cual no teníamos nosotros la culpa. Pero según los cálculos aritméticos de los spiggoties, resultaba que sí. “¡Mueran los gringos!”, osó chillar uno de ellos, y como una ola se derramó instantáneamente el saco de los garbanzos. La mayoría de los que nos salvamos debimos la vida a la celeridad de nuestras piernas. Yo corrí entonces en pos del jefe de máquinas, con uno de sus hijos en brazos, hacia una locomotora que comenzaba a arrancar. Media docena de mujeres y muchos niños yacían tumbados en el interior de los coches cuando conseguimos arrancar. Los soldados del piquete, que debieran haber protegido la vida y propiedad de los viajeros, volvieron contra nosotros sus armas, y nos costó no poco trabajo alejarnos del alcance de sus disparos.

»Acampamos en pleno monte y no volvimos hasta el siguiente día. La chusma, alborotada, había hecho una limpieza general. Los vagones descubiertos y los techados, los coches de viajeros, las locomotoras asmáticas, hasta las carretillas de mano, todo había sido arrojado desde el muelle al río, formando un enorme catafalco que se alzaba a flor de agua. Querían quemar la casa circular de las locomotoras, incendiar los depósitos de carbón y demoler los talleres de reparaciones. ¡Oh, sí! Y lo peor es que habían apresado a tres de nuestros camaradas, que hubimos de enterrar muy pronto. ¡Hace demasiado calor en aquellas tierras del Sur!

Julián Jones hizo una larga pausa, y por encima del hombro observó de soslayo la mirada prohibitiva y rígida de su mujer.

—¡Ah! No crea usted que me he olvidado de la palacra.

—Ni de la tunantona aquélla —silbó la mujercita con disimulo, como si hablara a una de las patitas que chapaleaban por la superficie del lago.

—Precisamente iba derecho hacia la palacra...

—No tenías motivo para permanecer en una tierra tan peligrosa —le hurgó su esposa.

—Sí, Sara —arguyo el hombrón—. Entonces trabajaba yo para ti.

Y continuando la relación de su historia, me dijo:

—Grandes eran los riesgos, pero los jornales no eran menores. Algunos meses ganaba más de quinientos dólares oro. Y además, Sara me aguardaba, como premio de mis fatigas, en Nebraska.

—Dos años hacía ya que me tenía apalabrada —añadió ella con un mohín

de protesta, mirando a la Torre de las Joyas.

—La huelga general por una parte, la desgracia por otra, unas tifoideas que cogí en Australia, y otras cosas que tú sabes, me justifican. Además, había entrado en el ferrocarril con pie derecho. Mire usted: más de un camarada recién llegado de los Estados Unidos cayó en el primero de sus viajes. Cuando las enfermedades o los descarrilamientos les perdonaban, los spiggoties daban buena cuenta de ellos. Estaba de Dios que fuera otro mi destino. En cierta ocasión se derrumbó por un despeñadero mi máquina; me quedé sin fogonero; el inspector del material rodante, que casualmente se dirigía a Duran para contraer matrimonio, cayó en manos de los spiggoties, que le cortaron con una navaja la cabeza, la hincaron en una pica y la llevaron en procesión por la comarca. Pero yo tuve la fortuna de quedar enterrado debajo de un montón de carbón menudo, donde permanecí mientras duró la revuelta. Al cabo de un día y una noche, más apaciguados los ánimos, pude salir de mi escondrijo. Sí; había entrado con suerte en el ferrocarril. Los dos únicos percances que me ocurrieron fueron un constipado que cogí y un carbunco, que no tuvo malas consecuencias. Algunos camaradas, en cambio, morían como moscas, unos de fiebre amarilla, otros de pulmonía, quiénes de los spiggoties y cuáles del ferrocarril. Lo más triste es que nunca podía tener un amigo con quien charlar a mi gusto. Apenas comenzaba a tener trato estrecho con uno, cuando se moría o lo mataban. Solamente uno, el fogonero Andrews, sobrevivió, pero se volvió loco de remate.

»Desde un principio alquiló en Quito una casa de adobes, de estilo español, con su techumbre de gruesos troncos, donde vivía. Nunca discutía ni altercaba con los spiggoties; hasta les permitía viajar de balde en el ténder o en los topes. ¿Meterme con ellos? ¡Ca! ¡Ni por ésas! Cuando Jack Harris echó del ténder a puñetazos a un grupo de spiggoties, adivinó que no tardaría en asistir a su entierro...

»Bueno; como iba diciendo, las cosas salían a pedir de boca, el cerdo engordando, como quien dice, y la matanza rica en promesas. Quiero decir, que iba yo apilando mis buenos dólares con ánimo de volver a mi tierra del Norte y casarme con Sara, cuando un día me encontré con Vahna.

—¡La tunanta! —silbó Sara.

—¡Mujer! —suplicó el gigantesco varón—. ¿Cómo quieres que hable del hallazgo de la palacra sin mencionar a Vahna? Una noche, cuando conducía hacia Amato, que está a cuarenta millas de Quito, una locomotora suelta, tuvo lugar el encuentro. Era mi fogonero un tal Seth Manners. Le había encomendado la dirección de la máquina para que se ejercitase por una parte y para poder pensar en mi Sara ausente por otra. Acababa precisamente de recibir una carta suya, donde me rogaba el pronto regreso al hogar,

encareciendo los peligros que corre por esos mundos un hombre solo, y más en un país de señoritas y fandangos. ¡Dios mío, si ella las pudiera ver por un agujero! ¡Son verdaderos esperpentos! Las caras pintarrajeadas, pálidas como cadáveres y los labios rojos como la sangre.

»Era una noche encantadora de Abril; ni una brisa alentaba en el aire. Una luna enorme de plata brillaba sobre la cima del Chimborazo. Es una montaña más que regular. El ferrocarril serpea por sus cumbres a cuatro mil metros sobre el nivel del mar y el picacho más alto se remonta todavía más de dos kilómetros por encima.

»Acaso un vago adormecimiento se apoderaba de mí. De repente cerró Seth los frenos, tan de improviso, que a poco más salgo disparado por la ventanilla de la cabina.

»—¿Qué es eso? —comencé a decir.

»—¡Maldito sea! —rugió Seth, cuando ambos nos asomábamos a la ventanilla para ver el bulto que estaba atravesado sobre la vía.

»Coincidimos Seth y yo en nuestras apreciaciones. Era una muchacha india. Le ruego que repare en que los indios no son spiggoties, ¿eh? Seth consiguió detener la locomotora a pocos metros de la muchacha. Ella...

Observé la forma rígida de Sara, aún cuando disimuladamente aparentase distraerse en observar los juegos de los patos que se zambullían hasta el fondo somero del lago. «¡La tunantona!», murmuró de pronto en tono conminatorio. Jones se detuvo al escucharla. Luego prosiguió.

—Ella era una muchacha alta, esbelta y gentil. Los cabellos negros, larguísimos, le cubrían las espaldas y los hombros. En pie, sin miedo alguno, extendía los brazos como si quisiera detener la máquina. Llevaba una especie de clámide, que no era precisamente un vestido, sino más bien unas pieles de ocelote, suaves y sedeñas, que adheridas al cuerpo revelaban sus formas...

—¡Ea! no te detengas en detalles. Sigue tu historia —suspiró enojada la señora de Jones. Julián prosiguió, como si no hubiese advertido la interrupción.

—¡Mira que ponerse en la vía para detener a una locomotora! —dije a Seth disgustado, mientras me apeaba por la parte anterior de la máquina.

»Me dirigí directo hacia la muchacha. Había cerrado los ojos, con los párpados apretujados, y temblaba con tal violencia, que se la veía tiritar a la luz de la luna. Llevaba los pies desnudos.

»—¿Qué diablos haces aquí? —la dije en tono nada gentil.

»Ella se sobresaltó, parecía como, si saliera de su ensimismamiento, y

abrió los ojos. ¡Digo! Eran unos ojos grandes, negros, hermosos. Créame usted. Daba gusto mirarla.

—¡La tunanta! —gritó Sara—.

Los patos se alejaron asustados a prudente distancia; pero Julián Jones, que hablaba con entusiasmo, no se detuvo.

—¿Por qué quieres parar la locomotora? —le dije en español.

»No respondió ni media palabra. Me miró, volvió luego a mirar a la máquina estrepitosa, y por último se deshizo en un mar de lágrimas. Lo cual confesaré usted que es una conducta poco común entre indias.

»—Si te pones en medio de la vía al paso del tren —la amenacé en español, imitando el dejo de los spiggoties—, te vas a estrellar contra los topes. La máquina te hará trizas.

»No hablaba yo entonces muy bien el español, pero comprendí que me entendía, si bien sacudía la cabeza sin hablar. Pero, caballero, ¡era una hermosura aquella chiquilla!...

Volví el rostro para mirar, temeroso, a la señora de Jones, que debió sorprenderme por el rabillo del ojo, porque dijo:

—Si no hubiera sido tan guapa, ¿cree usted que este majadero se la hubiese llevado a su casa?

—No hables así, Sara —protestó él—. Eso no está bien en una mujer como tú. Además... Bueno.

»—¿Vamos a estar aquí toda la noche? —me preguntó Seth.

»—Ven, sígueme —dije a la muchacha—. Sube a la máquina. Otra vez no intentes detener al tren entre dos estaciones.

»Ella me siguió; pero cuando ponía yo el pie en el estribo, me volví para ayudarla a subir, y me encontré con que había desaparecido. Bajó otra vez a la vía. No quedaba ni rastro de la muchacha. Arriba y abajo se erguían unos acantilados inaccesibles y la vía se extendía en línea recta a uno y otro lado, clara y descubierta. Por fin la encontré agazapada debajo de los topes, tan pegada a ellos, que por poco la piso. Si hubiese arrancado la máquina la hubiéramos triturado. Aquello me desorientaba. No sabía ya cómo interpretar las acciones de la muchacha. Acaso quería suicidarse. La agarró rudamente por las muñecas, y de un latigazo la hice incorporarse. Entonces me siguió como un corderillo. Las mujeres, aunque sean indias, saben cuándo un hombre está decidido a todo.

Miré primero al Goliat, luego a su mujercita de ojillos de pájaro, y me pregunté si alguna vez había estado él decidido a todo con respecto a ella.

—Seth la dio un puntapié al recibirla. Yo la empujé al interior de la cabina y la hice sentarse a mi lado...

—Por lo visto, Seth estaba demasiado ocupado con la dirección de la máquina —observó irónicamente Sara.

—Tenía que aprender a manejarla. ¿Qué tiene de particular? —protestó una vez más el gigante—. Y así llegamos a Amato. La muchacha no abrió el pico en todo el camino. Apenas detenida la locomotora, ella se puso en pie, saltó a tierra y desapareció. Tan rápidamente como se lo cuento. Ni siquiera dar las gracias. Nada.

»Pero a la mañana siguiente, cuando íbamos a salir con dirección a Quito, con una docena de vagones descubiertos cargados de rieles, la encontramos escondida en la cabina. Y a la luz del día pude cerciorarme de que era mucho más guapa de lo que me había parecido por la noche.

»—¡Ja, ja, ja! —prorrumpió Seth, con un guiño malicioso—. Parece que te haya adoptado como protector.

»Así lo parecía al menos. Nos miraba como un perrillo cariñoso y mimado a quien han sorprendido devorando las salchichas de la alacena y que, sin embargo, sabe que no le han de levantar la mano.

»—¡Largo de aquí en seguida! —la dije.

»Seth se rio de mí.

»—No te la quitarás de encima tan fácilmente —me dijo—. Tú la salvaste la vida. Tienes huésped para rato.

»—¡Cá, hombre! Si fuiste tú quien detuvo la máquina.

»—Ella cree que fuiste tú, que es lo que importa —me respondió—, y ahora te pertenece. Tal es la costumbre del país, que no debieras ignorar.

—¡Salvajadas! —dijo despectivamente Sara, y si bien es cierto que parecía extasiarse en la contemplación de la Torre de las Joyas, yo sabía que no reparaba precisamente en las bellezas de la arquitectura.

—La muchacha está dispuesta a metérsete en casa —comentó Seth, no sin fruncir los labios en una mueca picaresca.

»Yo le dejé fantasear a su gusto, pero le ordené luego que se dedicase a alimentar el hogar de la caldera, a fin de que no me molestara demasiado con su charla. Bueno; cuando llegamos al lugar en donde la noche anterior habíamos recogido a la muchacha, paré el tren y la invité a que descendiera. Ella se hincó de rodillas a mis pies, se abrazó a mis piernas como si fueran sus brazos una tenaza y me bañó de lágrimas los zapatos. ¿Qué quiere usted que yo hiciera?

Un ligero movimiento de inquietud por parte de Sara me advirtió de lo que ella hubiera hecho en semejante ocasión.

—En cuanto llegamos a Quito, la muchacha obró como en la estación anterior obrara, esto es, desapareció. Sara no quiso creer nunca en la sensación de libertad y desahogo que yo experimentaba al verme libre de la india. Me encaminó hacia mi casona de adobes, donde devoré la exquisita cena que mi cocinera me había preparado. Era ésta una mestiza de spiggoty e india; su nombre, Paloma. Sara sabe muy bien, porque ya la he informado repetidas veces de ello, que la cocinera tenía más de lechuza vieja que de paloma. No podía comer si la tenía delante, porque de sólo verla se me iba el apetito. Pero era aseada, preparaba bien las cosas, me cuidaba con esmero y escatimaba el gasto en el mercado.

»Al atardecer, luego de haber dormido la siesta, me encontré en la cocina con la maldita muchacha, que andaba con tal desparpajo como si se encontrara en su propia casa. Paloma, en cuclillas a los pies de la mocita, la friccionaba las rodillas, como suele hacerse con los reumáticos, canturriando cierta graciosa canción, al compás de la friega. Yo me despaché a mi gusto. Como sabe muy bien Sara, nunca pude tolerar a ninguna mujer en mi casa; joven, guapa y soltera, se entiende. Pero Paloma tomó asiento al lado de la muchacha y me llamó necio, tunante, tonto, majadero y otras mil lindezas a que provee la abundancia del léxico castellano. Era Paloma de un hablar tan gracioso y flexible, que conquistaba el corazón de cualquiera. Era, además, honrada a carta cabal, aún cuando no le quedase ni un solo diente y aunque su fealdad quitara las ganas de comer a un hambriento.

»Tuve que ceder. ¿Qué otro remedio me quedaba? Nunca me quiso decir Paloma la razón por la cual se había puesto de parte de la muchacha. Si la estrechaba mucho a preguntas, contestaba que le hacía falta una mujer para que atendiese a las faenas de la casa, aunque yo sabía que ella, vieja y todo, se bastaba y sobraba para estos menesteres. Vahna, por otra parte, no daba guerra, ni molestias, ni gastos. Permanecía siempre en casa, conversando con Paloma o ayudándola en sus quehaceres. No tardé, sin embargo, en averiguar que vivía inquieta y asustada. Alzaba el rostro iluminado con un destello de ansiedad cada vez que alguien llamaba a la puerta. Más de una vez quise sonsacar a Paloma para que me revelase el motivo de aquella tortura; pero la vieja se limitaba, por toda respuesta, a ponerse en actitud solemne y a manifestar con un movimiento de cabeza que el infierno entero estaba a punto de caer sobre nuestra casa.

»Y un día recibió Vahna a un visitante. Acababa de llegar yo de una de mis travesías y me había quedado acompañándola, deber que la galantería me imponía, aunque se me hubiera metido de rondón en casa, cuando de pronto vi que su rostro se transfiguraba en un gesto de ansiedad. A la puerta, en el

umbral, percibí a un muchacho indio. Se parecía mucho a Vahna, si bien semejaba más joven y más sucio. Ella lo introdujo en la cocina y allí debieron tener una conversación interminable, porque el muchacho no se marchó hasta bien entrada la noche. A la semana siguiente repitió la visita. No estaba yo en casa. Cuando regresé, Paloma me entregó una palacra que el indio me había traído a petición de Vahna. Era una masa de unas dos libras de peso, que bien valdría sus quinientos dólares. Paloma me dijo que Vahna quería pagarme su hospedaje, y yo tuve que guardarme la palacra a fin de que no se alterase la paz de mi casa.

»Más adelante, al cabo de muchos días, se presentó otro visitante. Estábamos sentados al amor de la lumbre...

—Los dos, él y la tunanta —aclaró la señora de Jones.

—Y Paloma además —se apresuró a rectificar él.

—Bueno, los tres: el caballero, la cocinera y la huésped —asintió ella.

—¡Oh, confieso que Vahna me miraba con muy buenos ojos! —dijo Jones despreocupadamente; y luego añadió, precavido—: Con demasiados buenos ojos, para su nial, porque yo maldito el interés que le demostraba.

»Bueno; pues como iba diciendo, recibió a otro visitante. Era un indio anciano, alto, delgado, de cabeza blanca y cara de aguilucho. Penetró en casa sin haber llamado, resueltamente. Vahna dio un grito de espanto y se lanzó de hinojos a mis pies, con mirada suplicante de gacela que no quiere morir.

»Luego, durante un minuto que pareció largo como una vida, el viejo y la muchacha estuvieron mirándose de hito en hito. Paloma fue la primera en hablar, en la lengua del viejo, según deduje, porque éste le contestó. ¡Voto a Sanes! ¡Y aquel hombre no era ni el más alto ni el más fuerte de la casa! Paloma temblaba como una azogada y hasta se humillaba al advenedizo, como si fuese una perra servil. Y todo esto en mi casa. De buena gana le habría echado a puntapiés si el respeto a las canas no me detuviera.

»¿Serían tan terribles, como sus efectos lo publicaban, aquellas palabras que el indio dirigía a Vahna? ¡Digo! ¡Si escupía más que hablaba!... Paloma seguía gimiendo y disputando. De pronto dijo algo que produjo gran emoción en el anciano. Con la cara desencajada dirigió a Vahna una pregunta. La muchacha se quedó como atontada, inclinó la cabeza sobre el pecho y se ruborizó, dando por toda respuesta una palabra y un movimiento de cabeza. Entonces el indio giró sobre sus talones y se fue tan campante, con la mayor naturalidad y campechanía. Supongo que ella le dijo que no.

»En lo sucesivo Vahna se quedaba aturdida y confusa cuantas veces me veía. Estuvo durante una temporada recluida y como embobada, sin salir de la

cocina. Pero al cabo de muchos días volvió a presentarse en el salón, tímida y turbada todavía, con sus ojazos enormes pendientes de cuanto yo hacía...

—¡La muy tunanta!... —oí que decía una voz en son de queja.

Mas ya Julián Jones y yo nos habíamos acostumbrado a tan inocentes interrupciones.

—No niego que había comenzado a interesarme por la muchacha... ¡Oh! Ni que decir tiene que en muy distinto sentido del que Sara piensa. Lo que a mí me traía preocupado era aquel par de palacras. Si Vahna me dijera de dónde las habían recogido, podría yo dar un puntapié a mi ferrocarril y cambiar por Sara y Nebraska las tierras montaraces e inhospitalarias.

»Un día recibí cierta carta de Wisconsin, portadora de noticias sensacionales. Había fallecido mi tía Elisa, dejándome en herencia la más hermosa de sus haciendas. Di una voltereta de puro contento. Más hubiese valido que reprimiese mi alegría, porque entre la herencia y yo se interponían aún los abogados y la justicia, que me dejaron sin un centavo y empeñado. Ellos fueron los únicos herederos. Aún estoy pagando los vidrios rotos.

»Pero esto vino después. Yo no lo sabía entonces. Me preparé para partir hacia la tierra bendita. Paloma se puso triste; Vahna lloró. “¡No te vayas! ¡no te vayas!”, me decía a todas horas. No hice caso de llantos ni penas, y confiado en mi buena suerte escribí a Sara... Ella lo puede decir.

»Aquella noche, al amor de la lumbre, parecía nuestra compañía un funeral. Por fin, Vahna, por primera vez, se decidió a hablar sin miedo.

»—No te vayas. Yo te enseñaré el lugar en donde mi hermano recoge las palacras.

»—Es demasiado tarde —contesté. Y le dije el por qué.

—Sí; le dijo que yo aguardaba en Nebraska —explicó la señora de Jones fríamente.

—¿Qué ganaba yo, Sara, con herir los sentimientos delicados de una pobre niña? No le dije eso, por supuesto.

»Cambiaron ella y Paloma algunas palabras en lengua india. Luego Vahna dijo:

»—Si no te marchas, te enseñaré la palacra más grande del mundo. La madre de todas las demás.

»—¿Cómo es de grande? —pregunté—. ¿Tanto como yo?

»Vahna se rio.

»—Mucho más grande que tú —repuso.

»—No suelen crecer tanto —la objeté.

»Pero ella me aseguró que la había visto, y Paloma vino en su ayuda. ¡Caracoles! Si era verdad lo que decían, aquella palacra valdría muchos millones. Paloma no la había visto, pero lo sabía de referencias. El sitio en donde estaba era secreto de tribu, que a ella, siendo mestiza, no le había sido confiado.

Julián Jones hizo una pausa y suspiró.

—Tanto me ofrecieron el cebo, que al fin piqué el anzuelo de...

—¿De la tunanta?

—No, hija mía, el de la palacra. Con la herencia de mi tía Elisa podía considerarme lo bastante acaudalado para abandonar el ferrocarril, pero no lo suficiente para que osara volver la espalda a la fortuna. No podía por menos de creer en el testimonio de aquellas dos mujeres. ¡Diantre! Iba a convertirme en un nuevo Vanderbilt o en un J. P. Morgan. Con tales pensamientos en la imaginación, traté de sonsacar a Vahna para que me transmitiera el secreto. Ella se cerró a la banda.

»—Imposible —dijo.

»—Has de venir tú conmigo. Dentro de dos semanas estaremos de regreso con todo el oro que entre los dos podamos cargar. Sería conveniente llevar un burro o una reata, si no estorba —sugerí.

»No era posible, según la opinión de Vahna, que Paloma compartía. Se corría un riesgo terrible. Los indios nos cogerían.

»Partimos los dos. Viajábamos de noche y dormíamos de día. La luna clara y llena iluminaba los montes. Vahna no me permitía encender hoguera, de suerte que hube de sufrir la tortura de no probar mi café. Ascendimos por las montañas regias del macizo fundamental de los Andes, donde la nieve obstaculizaba el camino, y gracias a que la muchacha conocía muy bien los rastros, pudimos llegar a la meta de nuestras jornadas al cabo de una semana de fatigosa ascensión. Conozco perfectamente la ruta, porque llevaba una brújula de bolsillo que me indicaba el rumbo, que es lo único necesario. El pico de la montaña no tiene pérdida. No existe en el mundo ninguna cima semejante. Por el momento, es innecesario que yo le describa la forma particular; pero cuando salgamos de Quito usted y yo, verá cómo le llevo allá con los ojos cerrados.

»La ascensión era dificultosísima. Nadie podría osar escalar por la noche aquella montaña. Emprendimos la subida al amanecer, y cuando alcanzamos la cumbre, hacía ya tiempo que se había puesto el sol. Podría relatarle mil detalles de aquella jornada, que ahorro en honor a la brevedad, por no cansarle

demasiado. Remataba el pico una meseta llana y lisa como mesa de billar, de un acre de superficie poco más o menos y limpia por completo de nieve. Vahna me dijo que las rachas de viento, muy frecuentes allí, barrían la meseta.

»Me sentía mareado. El mal de las alturas se apoderó de mí con tal intensidad, que hube de acostarme largo rato para reponerme. Luego salió la luna. Su luz blanca lo iluminaba todo. Tendí la vista en torno. Ni se veía ni se olía nada que se asemejase al oro. Cuando pregunté a Vahna, se rio y se puso a batir palmas de contento. Entretanto, volví a sentir el mal de las alturas y me senté en una roca para descansar.

»—Prosigamos —dije cuando me sentí mejor—. Deja de tontear y dime dónde está la palacra.

»—Tan cerca de tu mano derecha, que casi te quemas —repuso, abriendo desmesuradamente sus ojazos negros en ademán pensativo—. Todos los gringos sois iguales. El oro reina en vuestro corazón. Las mujeres no somos nada para vosotros.

»No contesté. Tampoco era aquélla ocasión para que yo le hablase de Sara. Vahna sacudió la cabeza como si se desprendiera de sus tristes pensamientos y comenzó de nuevo sus risas importunas.

»—¿Qué tal te parece? —preguntó.

»—¿Qué?

»—La palacra. Estás encima de ella.

»Di un salto como si me hubiese sentado en un hierro candente. No había allí nada más que una roca. Sentí que desfallecía mi esperanza. O ella se había vuelto loca, o se estaba burlando de mí. Ambas hipótesis me parecían inaceptables. Me dio entonces un hacha, y dijo:

»—Dale un tajo a esa peña.

»La obedecí. Comencé a repartir mandoblazos, y a cada golpe se abría una raja en la piedra, por donde surgía un brillo amarillento y metálico. ¡Vive Dios! ¡Era todo un peñasco de oro!...

Julián Jones se irguió como una torre, extendidos los brazos y con la faz vuelta hacia el cielo del Sur. Un cisne que se acercaba en apacible actitud se espantó al verle, y huyó, rompiendo en una estela las aguas del lago. Jones dio un paso atrás, bruscamente, y atropello a una señora obesa. Lanzó ésta un grito, mientras que por tierra se desparramaba un saquito de cacahuetes, cariñosa ofrenda que traía para los patos. Él se sentó y dijo:

—¡Oro! ¡Era oro, como se lo digo, tan puro y blando que pude cortar algunas esquirlas! Estaba cubierta la roca con una capa de asfalto o laca,

impermeable a la lluvia. No hay que extrañarse de que confundiera la palacra con alguna roca, porque tendría unos diez pies de largo por cinco de ancho, en forma de un huevo apuntado por los extremos. Mire. Aquí tiene usted una muestra de su composición.

Sacó del bolsillo una caja de cuero, de la cual extrajo un objeto cuidadosamente envuelto en papel tela. Y depositó en mis manos un pedazo de oro purísimo, del tamaño aproximado que tienen las monedas de diez dólares. Aún quedaban en algún sitio trozos de la sustancia con que había sido pintado.

—Arranqué este trozo de uno de los extremos a fuerza de hachazos —prosiguió Jones, envolviendo el objeto y guardándolo en la caja—. Gozosamente me lo guardé en el bolsillo. De pronto, sentí una voz profunda a mis espaldas, semejante al graznido de un cuervo. Me volví sobresaltado. Era el viejo indio de rostro de aguilucho que una noche había penetrado en mi casa. Y con él venían unos treinta indios, jóvenes, desarrapados, sucios.

»Vahna se desplomó y comenzó a llorar.

»—Levántate —le dije—, y tratemos amistosamente con ellos.

»—¡No, no! —dijo llorando—. Es la muerte. ¡Adiós, amigo mío!...

»—Entonces levántate y luchemos. Ven conmigo —la dije.

»Así lo hizo. Se defendía mordiendo y arañando como un leopardo. Yo no estaba ocioso, si bien fueran mis únicas armas el hacha y los brazos. Pero eran muchos los enemigos y no tenía tampoco a mis espaldas una pared adonde arrimarme para evitar los golpes traidores. A los pocos instantes me habían abierto la cabeza por aquí. Toque esta herida.

Y quitándose el sombrero, me hizo hurgar con el dedo las matas de cabellos color de arena hasta hundirlo en una cicatriz profunda, de unos ocho centímetros de longitud, que calaba el hueso del cráneo.

—Cuando volví en mí, Vahna yacía tendida encima de la roca de oro y a su lado el viejo indio de rostro de águila rezongaba solemnemente una especie de recitado religioso. En la mano diestra empuñaba un cuchillo de piedra. Ya los habrá visto usted. Son agudos, finos y de una piedra semejante a la obsidiana, con la que suelen confeccionar sus flechas. No me quedaban fuerzas ni arrestos para alzar la mano. Estaba demasiado débil. El cuchillo había sido reservado para Vahna. A mí no podían concederme el honor de ser inmolado en el pico sagrado. Me arrojaron por las pendientes escarpadas como quien tira una basura.

»Aún veo la luna desleída en un mar de plata sobre los picos de nieve, cuya imagen me empapaba los ojos según rodaba peñas abajo. El despeñadero tendría unos doscientos metros de profundidad; sólo que yo no lo rodé todo.

Tuve la fortuna de quedarme enganchado en una grieta que se había abierto en la nieve. Cuando volví en mí, al cabo de muchas horas, porque ya brillaba el sol en lo alto, me encontré en una cueva o túnel que las aguas derretidas del monte, al descender, habían socavado en la nieve. A uno y otro lado se abría una sima salvaje. Hubiera caído unos palmos más allá y mi perdición no tendría remedio. Fue un verdadero milagro mi salvación.

»Pero la pagué a buen precio. Hubieron de transcurrir dos años antes de que me percatara de cuanto había acaecido. Sólo sabía que me llamaba Julián Jones, que fui de los “negros” en la huelga general y que me había casado con Sara. Ignoraba cuanto hubiese ocurrido entre una y otra fecha, y cuando mi mujercita trataba de hablarme de ello, me entraba una jaqueca terrible. No debía andar bien de la cabeza.

»Y luego, una noche, a la luz de la luna, sentados en el portal de la casa de campo que mi suegro posee en Nebraska, Sara vino con esta esquirra de oro y me la puso en la mano. Al parecer, la había encontrado recientemente entre la ropa al revolver el baúl que traje del Ecuador; aunque ni me acordaba de haber estado en tal país, ni en Australia, ni en parte alguna. Bueno; pues entonces, estando allí sentado, con la piedrecita de oro en la mano, dándole vueltas y más vueltas y cavilando qué fuera y de dónde la habrían traído, siento dentro de la cabeza un dolor intenso, como si me hubieran mordido los sesos, y como si se rasgara un velo, veo a Vahna tendida sobre la enorme peña de oro y al viejo de cara de aguilucho con el puñal de piedra en la mano, y... todo lo demás. Esto es, todo lo demás que había pasado desde que abandoné Nebraska hasta el momento en que me despeñaron por las enriscadas laderas de la montaña de nieve. Ignoro, porque no he vuelto a recordarlo, lo que sucediera después. Cuando Sara me dijo que yo era su esposo, no quería creerla. Hubo de llamar a toda su familia, a los colonos y al cura, para que el testimonio unánime de todos me redujera a partido.

»Más tarde escribí a Seth Manners. Aún no le había matado el ferrocarril. Él me lo contó todo. Puedo enseñarle sus cartas. Las tengo en el hotel. Dice que un día, cuando hacía su travesía de costumbre, me vio venir a rastras por la vía. Me tomó al principio por una ternera o un mastín. No parecía, ni en realidad lo era, un ser humano. Luego, por la cuenta que he podido echar, he deducido que habían transcurrido ya diez días desde que me arrojaron por el despeñadero. No sé lo que habría comido, si es que había comido algo en todo aquel tiempo. Luego vinieron los doctores, los cuidados de Paloma, la convalecencia larga y dura. Al fin se convencieron todos de que había perdido el juicio, y la Compañía me devolvió a Nebraska. Así al menos me lo escribió Seth. Yo no sé nada. Sara está mejor enterada porque mantuvo correspondencia con la Compañía hasta que me embarcaron, enviándome de regreso a mi país natal.

La señora de Jones asintió con un movimiento de cabeza, suspiró y dio a entender que estaba deseosa de marcharse.

—Desde entonces estoy imposibilitado para trabajar —prosiguió su esposo—. Y lo que es peor, no sé de dónde sacar dinero para partir en busca de la palacra. Sara tiene dinero de su propiedad, pero no consiente en soltar ni medio centavo...

—No quiero que vuelva nunca más a semejante país —exclamó.

—Pero mujer, ¡si la pobre Vahna murió! Tú lo sabes —protestó Julián Jones.

—Yo no sé nada de nada —repuso ella decididamente—. Yo sólo sé que aquél no es un país bueno para un hombre casado.

Apretó los labios y se puso a contemplar una estrella invisible que comenzaba a encenderse entre las luces opacas del atardecer.

—¿Y cómo explica usted que estuviera en semejante lugar aquella masa de oro? —pregunté a Julián Jones—. ¿Se trata de un meteoro aurífero que habrá venido del cielo? De no ser así...

—Nada de eso. Los indios lo han transportado hasta el pico del monte.

—¿Siendo el monte tan empinado? ¿Y una piedra de tanto peso y tamaño? —inquirí—.

Lo cual es sencillísimo. Muchas veces me he planeado yo ese mismo problema desde que recobré la memoria. Solía pasarme horas y más horas haciendo números y cábalas para resolverlo. ¿Cómo pudieron haberlo transportado los indios? Hasta que al fin di con la solución. No lo llevaron.

—Hace un momento ha dicho usted que sí. ¿En qué quedamos?

—Lo llevaron y no lo llevaron, ¿me entiende? —fue su enigmática respuesta—. Claro está que ellos no cargaron con una piedra tan monstruosa como aquélla. Lo que hicieron es transportar poco a poco su contenido.

Se detuvo, hasta que leyó en la expresión de mi semblante que le iba comprendiendo.

—Y luego derrieron todo el oro o lo soldaron a martillo, hasta formar una sola pieza. Ya sabe usted que las gentes de Pizarro recorrían el país en busca de oro. Los indios ocultaron todo el que pudieron en aquella montaña inaccesible. Y allí está aguardando a que yo, o usted, o los dos juntos lo recojamos, si a usted le parece bien.

Y aquí terminó mi amistad con Julián Jones, al borde de la laguna, frente al palacio de Bellas Artes. Como yo manifestara estar de acuerdo con el proyecto

de la aventura, me prometió venir a mi hospedaje al día siguiente por la mañana, con las cartas de Seth Manners y de la Compañía del Ferrocarril, a fin de concluir el trato. Pero Julián Jones no cumplió su palabra. Por la tarde telefoneé al hotel, donde me informaron que el señor Jones y su esposa habían partido aquella mañana, a primera hora, en compañía de sus equipajes.

¿Se lo llevaría su esposa, a las buenas o a las malas, a la granja de Nebraska? Yo sólo sé que al despedirnos creí descubrir en el rostro de Sara una sonrisa vulpina que me recordó la imagen enigmática de Mona Lisa...

ALOHA OE

En ningún puerto del mundo se contemplan salidas de vapores semejantes a las que el viajero percibe en el muelle de Honolulu. El gran trasatlántico está presto a partir. El vapor se comprime ansioso en las calderas como un gran animal enjaulado. Un millar de seres humanos se apiñan sobre la cubierta. Miles de personas permanecen en los muelles. Príncipes y princesas indígenas, reyes del azúcar y altos personajes oficiales del territorio, pasean a orillas del mar, y allá lejos, alineados en largas hileras, se hacinan los carruajes y automóviles de la aristocracia, que la policía indígena procura mantener en orden. En el puerto, la Banda Eeal de Hawai entona el Alona oe, y a continuación la orquesta de cuerda, formada por músicos indígenas, responde desde la cubierta del trasatlántico, tañendo la melodía lánguida y apasionada como suspiro de amor. Una cantante indígena levanta su voz, como gorjeo de pájaro, entre el acompañamiento de los instrumentos y del tumultuoso rumor de los múltiples y diversos ruidos que preceden a la salida del barco. La dulce voz vibra como dulzaina argentina, poniendo su nota clara, límpida e incomprensible en la gran orquesta de los adioses...

A lo largo de la cubierta inferior y apoyados en la barandilla del buque, se percibe una hilera de seis mozuelos, con sus vestidos kaki, y curtidos rostros de oro, que hablan de tres años de campaña bajo el ardiente sol meridional. No es, sin embargo, para ellos aquella despedida ruidosa; ni para el capitán, todo vestido de blanco, que desde el alto puente, lejano como las estrellas, contempla impasible el tumulto que allá, muy por debajo, se desencadena. Ni suenan aquellos adioses para los jóvenes oficiales que regresan de Filipinas, ni para las señoras de blanco cutis, maltratado por los rigores del clima, que junto a ellos están reunidas al costado de popa. En el paseo de cubierta se percibe el grupo que forman algunos senadores de los Estados Unidos con sus esposas e hijas respectivas. Durante todo el mes, el festejado grupo senatorial ha recibido los obsequios de los isleños. Para ellos han sido banquetes, bebidas,

brindis y atenciones. Además de ser tratados a cuerpo de rey, se les ha suministrado suficiente información estadística sobre las glorias y recursos de Hawai, y para que contemplaran la realidad con sus propios ojos, se les ha hecho escalar montañas de roca, picos volcánicos y cañadas y barrancos de piedra y lava. El trasatlántico viene a Honolulu en busca del alegre y festejado grupo senatorial, y para ellos son aquellos rumores, cánticos y músicas de la gran orquesta de los adioses.

Los senadores estaban coronados con guirnaldas y ataviados con flores. El robusto cuello del senador Jeremías Sambrooke aparecía, así como el majestuoso y amplio pecho, materialmente sepultado bajo las guirnaldas florecidas. La cabeza y rostro, tostados por el sol, surgían entre la abundante masa de capullos y hojas, respirando salud y bañados de sudor. El senador condenaría sin duda para sus adentros aquellas flores abominables, y cuando contemplaban sus ojos de estadista a la multitud que se aglomeraba en el muelle, no veía los matices de la belleza, sino la cantidad y valor del trabajo, las factorías, ferrocarriles y plantaciones lejanas que toda aquella multitud representaba. Veía con los ojos del pensamiento recursos, desarrollo y riqueza, y ocupado en semejantes imaginaciones de prosperidad material, no reparaba en su propia hija, que a su lado charlaba con un joven vestido con elegante traje de verano y sombrero de paja, cuyas vehementes pupilas jamás se apartaban del rostro de la niña. Si el senador Jeremías hubiese tenido ojos para mirarla, habría echado de ver que la joven de quince años, niña todavía cuando llegara al territorio de Hawai, se había transformado en hermosa mujer.

Hawai goza de un clima sazonador, y Dorotea Sambrooke había sido expuesta a sus influencias en excepcionales y propicias circunstancias. Un mes antes era una niña delicada, delgadita, pálida; sus azules ojos parecían fatigados a fuerza de posarse sobre las áridas páginas de los libros, y diríase que en su mirada turbia y apagada fulgía una añoranza misteriosa por comprender el significado de la vida. Ahora sus miradas resplandecían, cálidas y luminosas, coloreaban sus mejillas los besos del sol y todo el cuerpo exhalaba la promesa de una próxima y lozana plenitud. Los libros estuvieron abandonados durante aquellos días, porque su dueña había comenzado a gustar la alegría de leer en el gran libro de la vida. Había aprendido a cabalgar sobre fieros potros, a escalar los picos de los volcanes y a nadar en los rompientes del Océano. Los trópicos destilaron en su sangre la savia vitalizadora del clima, iluminándola con el fuego de la energía, del color y de la luz. Y durante todo un mes había vivido en compañía de un hombre, Stephen Knight, atlético, robusto, que surcaba las olas de la playa como si fuera el dios de oro de los mares, que domeñaba en las ganaderías los salvajes potros y saltaba sobre sus lomos, sometiéndoles a su albedrío.

Dorotea Sambrooke no había reparado en su propia transformación. Su

conciencia continuaba siendo la de la niña de antaño. Sorprendida y apesadumbrada, observaba la conducta de Steve en aquella hora del adiós. Le había considerado siempre como lo que hasta entonces había sido: el agradable compañero de sus juegos; pero ahora, en el momento de la separación, se le presentaba de otra manera. Hablaba excitado unas veces, sin conexión las otras. Guardaba largas pausas de silencio que rompía con entrecortadas frases. A veces parecía como si no escuchase las palabras que Dorotea le dirigía, y cuando prestaba atención, no solía responder con la solicitud acostumbrada. Además, ¡le miraba de una manera! Nunca se había fijado en aquel luminoso fuego que brotaba de sus ojos; había en ellos algo perturbador, algo que la inspiraba un terror supersticioso. No podía mirarlos de frente y los párpados de la niña tendían de vez en cuando sobre los ojos su púdico velo protector. Todo aquello semejaba cosa de hechizo y encantamiento, y ella no podía por menos de volver a contemplar continuamente aquel «algo» luminoso, imperativo y vehemente que nunca percibiera en los ojos de un hombre. Además, sentíase oprimida por una extraña emoción de aturdimiento.

La sirena gigantesca del trasatlántico silbó con ensordecedora bocanada. La multitud, coronada de flores, se abalanzó al borde del muelle como una ola. Dorotea Sambrooke se tapó las orejas con los dedos, y mientras fruncía el rostro con un gesto de mimoso disgusto contra el molesto silbido de la sirena, volvieron a reparar sus ojos en aquella mirada imperativa, anhelante y luminosa que brillaba en los de Steve. El joven contemplaba abstraído el reflejo de nácar con que los rayos del sol crepuscular coloreaban al trasluz las delicadas y transparentes orejas de la niña. Ella, en tanto, admiraba fascinada y curiosa aquel «algo» inexplicable de los ojos, tan insistentemente, que Steve se dio cuenta. Dorotea había descubierto su secreto. El rubor le subió al rostro y las palabras brotaron entrecortadas como balbuceos en sus labios. Ambos estaban azorados y vencidos por la turbación. Los mayordomos iban nerviosamente de un lado para otro, rogando que descendieran al muelle los que no fueran pasajeros. Steve tendió la mano; Dorotea la estrechó entre las suyas, y en aquel instante, cuando sintió el asidero de aquella mano que mil veces le sirviera de apoyo para escalar las pendientes de los montes y sostenerse contra los embates del oleaje, oyó las palabras de la canción, que brotaban sollozantes como arroyo de plata de la garganta de la mujer indígena, preñadas de un nuevo significado antes no comprendido:

Ka Jialia ko aloha Aai hiki mai,

Ke hone ae nei i íu'u manama,

O oe no ha'n aloha

A loko e liana nei.

Steve le había enseñado la melodía y significado de las palabras. Al menos así lo creía momentos antes; pero ahora, al sentir el último contacto de aquellas manos cálidas y acariciadoras, Dorotea creyó adivinar por vez primera el verdadero significado de la canción. Abstraída en profundos recuerdos, apenas si le vio marcharse y ni siquiera le descubrió entre la muchedumbre que llenaba el paseo del muelle; porque sumergida en el éxtasis de agradables remembranzas, revivía en un instante aquellas cuatro semanas recientemente transcurridas, releendo los acontecimientos pasados a la luz de la nueva revelación.

Steve había pertenecido a la Junta de Festejos designada para divertir al grupo de senadores tan pronto como hubiesen desembarcado. Él les ofreció la primera exhibición de cortadas en la playa de Waikiki. Penetraba remando mar adentro sobre el ligero cortadas y se perdía rápidamente entre las aguas, hasta convertirse en imperceptible mota sobre el infinito azul, para reaparecer de súbito como un dios del mar que surgiera entre el torbellino de blancas espumas, e irguiéndose encima de la ligera embarcación, oculta bajo las olas, fueron asomando sucesivamente los hombros, la cintura y el cuerpo entero, hasta que parecía como si caminara sobre la cresta espumosa de una inmensa ola, con los pies hundidos en la estela de plata que se rasgaba a su paso en una nubecilla de salpicaduras blanquecinas. Y lanzándose en marcha vertiginosa hacia las arenas de la playa, la rápida embarcación venía a posarse dulcemente a los pies de los atónitos espectadores. De tal manera le contempló Dorotea por primera vez. Y como Steve era el más joven de cuantos integraban la Junta de Festejos, sus hermosos veinte años no sirvieron para endilgar fastidiosos discursos ni para lucir decorativamente en las recepciones oficiales; en cambio, contribuyó no poco y aún fue la parte principal de los festejos que tuvieron lugar en las dehesas de caballos de Waikiki, en los rebaños salvajes de Mauna Kea y en el domadero de potros de Haleakala.

Ni a Dorotea ni a Steve les preocupaban gran cosa las interminables estadísticas y los eternos discursos de otros miembros de la Junta; por eso, durante la fiesta al aire libre que se celebrara en Hamakua, ambos se escabulleron por entre los árboles del bosque, mientras que Abe Louisson, plantador de café, hablaba del café, del café y sólo del café, durante dos interminables horas de mortal aburrimiento. Y fue entonces, mientras cabalgaban sin rumbo entre los helechos gigantes, cuando Steve le había enseñado la canción del Aloha oe, la canción de despedida que los senadores escuchaban al abandonar cada aldea, cada plantación y cada alquería.

Juntos habían pasado desde un principio casi todas las horas del día. Steve fue para ella el agradable camarada de sus juegos, y Dorotea tomó posesión de su compañía con la misma solicitud o interés con que su padre tomaba posesión, mientras tanto, de las estadísticas referentes al territorio de las islas.

Supo tiranizarle con dulzura, pero como mujer que era, le sometía inconsideradamente al yugo de sus caprichos, excepto cuando bogaban en la canoa, cabalgaban potros indómitos o subían sobre el ligero cortaolas, únicas circunstancias en que le entregaba el cetro y se sometía gustosa a la obediencia del camarada. Y ahora, cuando cortadas las amarras, el gran trasatlántico comenzaba a separarse del muelle lenta y perezosamente, cuando por última vez sentía el eco de la triste canción, dulce y añorante como la voz de la despedida, Dorotea comprendió que Steve había sido para ella algo más, mucho más que el alegre compañero de sus juegos.

Miles de gargantas entonaban a un tiempo la misma canción: Aloha oe. «Que mi amor te acompañe hasta que nos volvamos a ver». Y en aquel primer instante del amor comprendido, sintió que Steve y ella se iban a separar hasta Dios sabe cuándo. «¡Hasta que nos volvamos a ver!» Él le había enseñado el misterioso significado de aquellas palabras, y se acordó de los días pasados en que le oía cantar una y otra vez la canción de la despedida, a la sombra del árbol hau, en los bosques de Waikiki. ¿Había sido entonces una profecía? Dorotea se había admirado de la dulce manera de cantar, de la intensa expresión que Steve sabía poner en sus palabras. ¡Aquella expresión! Ahora, al recordarlo, prorrumplía en una carcajada histérica; sí, en aquella expresión su amigo derramaba toda la plenitud del amor de su alma, en el manantial de la voz apasionada. Ahora lo comprendía todo, todo; pero era demasiado tarde. ¿Por qué había callado Steve? Acaso era todavía muy niña para casarse. Pero no; las niñas de su edad sí que se casaban, por lo menos en Hawai, donde el clima sazónador había transformado en flor el capullo de su niñez, donde la carne es de oro y las mujeres lozanas y hermosas porque reciben los besos del sol.

Inútilmente escudriñó con los ojos, intentando encontrarle entre la muchedumbre aglomerada sobre el muelle. Sentíase capaz de ofrecer todo el oro del mundo por mirarle una vez más, y hasta su alma infantil concibió la esperanza de que alguna súbita enfermedad atacaría al capitán del puente, retardando la partida. Por primera vez en su vida dirigió a su padre una mirada calculadora e interesada; pero descubrió con miedo los rasgos firmes, de voluntad y determinación, en el rostro del senador. ¿Cómo oponerse a su voluntad entera? Sería demasiado terrible. Además, nada conseguiría con tan inútil lucha. ¡Ay! ¿Por qué no había hablado Steve? Ahora era ya demasiado tarde. ¿Por qué no había hablado, a la sombra del árbol Mu, en los bosques de Waikiki?

Y luego, con el corazón desfallecido, comprendió la causa de todo, al recordar ciertas palabras que escuchara un día. ¡Oh, sí! Fue en el té de la señora Stanton, una tarde en que las señoras de las familias de misioneros festejaron a las del grupo senatorial. La señora Hodgkins, aquella rubia

corpulenta, fue quien inició la conversación. Dorotea recordaba vívidamente toda la escena, como si la viviera de nuevo: el amplio lanai, las flores tropicales, la silenciosa servidumbre asiática, el rumor de muchas voces femeninas y la conversación que la señora Hodgkins propuso al grupo que algunas damas formaban no muy lejos de Dorotea. La señora Hodgkins había estado ausente de las islas, residiendo en el continente desde hacía muchos años y sin duda preguntaba por alguna amiga de su juventud.

—¿Y qué se hizo de Susie Maydwell? —dijo.

—¡Oh! no volvimos a tratarla desde que se casó con Willie Kupele —repuso otra señora de Hawai.

La esposa del senador Behrend no pudo por menos de reírse y mostró deseos de conocer por qué el casamiento de Susie Maydwell había provocado la pérdida de todas sus amistades.

—Se casó con un hapa-haole, con un mestizo. ¿Comprende usted? —la replicaron—. Los isleños tenemos que mirar mucho eso del matrimonio, por lo que atañe a nuestros hijos.

Dorotea se volvió hacia su padre y dijo:

—Papá, si Steve fuese alguna vez a los Estados Unidos, ¿no podría venir a visitarnos?

—¿Quién? ¿Steve?

—Sí, Stephen Knight. Tú le conoces. Hace cinco minutos que se despidió de nosotros. Si alguna vez fuese a los Estados Unidos, podría venir a vernos, ¿verdad?

—De ningún modo —respondió a secas Jeremías Sambrooke—. Stephen Knight es un hapa-haole, y ya sabes lo que eso significa.

—¡Oh! —dijo desconsolada Dorotea, mientras que un sentimiento de amargura y desesperanza estremecía su corazón.

Y guardó silencio.

Steve era un hapa-haole, un mestizo. Ella lo sabía; pero no podía comprender que aquel rayito de sol tropical hecho sangre que corría por las venas de su amigo, fuera motivo suficiente para impedir su casamiento con una mujer blanca. Este mundo es una cosa muy rara. Por una parte, ahí está el reverendo A. S. Cleghorn, casado con una princesa negra de la sangre del rey Kamehameha; los hombres le consideran, las damas se honran en conocerle, hasta las más exigentes señoras de las encopetadas y rígidas familias de misioneros asisten a sus tés y reuniones. Y por otra parte, ahí está el joven Steve. Nadie ha visto con malos ojos el que la enseñara a montar sobre el

cortaolas, ni que la condujera de la mano por los peligrosos despeñaderos del volcán Kilauea. Se le permitía comer con ella y con su padre, acompañarla en los bailes y danzas y formar parte de la Junta de Festejos; pero como por sus venas corrían algunos rayitos de sol tropical, le estaba vedado casarse con ella.

Steve no parecía mestizo. Precisaba que se lo dijeran a quien deseara averiguarlo. Además, ¡era tan arrogante!... Se le presentó su imagen envuelta en el halo luminoso de la visión interior, y Dorotea se abandonó inconscientemente al deleite del recuerdo, evocando la gracia del magnífico cuerpo varonil, de los hombros pujantes y poderosos, de la fortaleza atlética que le permitía levantarla entre sus brazos para depositarla suavemente a lomos del caballo, para conducirla sobre los rompientes atronadores del Océano, para enhestarla con el bastón alpino sobre las cumbres roqueñas de rígida lava en la Casa del Sol. Había en todo él algo sutil y misterioso, algo que ella recordaba con deleite, algo que ahora comenzaba a comprender: el aura del hombre viril, el aura de la hominidad, de la masculinidad. Y Dorotea se avergonzó de sus propios pensamientos y el rubor le subió, hecho rosas, a las blancas mejillas. Pero pasó el momento de sonrojo, y, desvanecido el rubor, las mejillas se volvieron intensamente pálidas al pensar en que ya nunca le volvería a ver. La proa del buque había roto al fin la superficie de las aguas rizadas y el trasatlántico comenzaba a deslizarse a lo largo del muelle. Dorotea sintió que la voz de su padre le decía:

—Ahí tienes a Steve. Dile adiós con las manos, Dorotea.

Steve la contemplaba con ojos anhelantes. Leyó en la mirada de su amiga lo que hasta entonces no había sabido ver, y por el efluvio de felicidad que le inundó por breves momentos el curtido rostro comprendió ella que Steve la había comprendido. El aire palpitaba con el ritmo de la canción.

Mi amor va contigo.

Que mi amor te acompañe hasta que nos volvamos a ver...

Sobran las palabras para narrar lo que sentía cada corazón. Los pasajeros lanzaban guirnalda de flores a los amigos que permanecían a orillas del mar. Steve levantó los ojos y suplicó con la mirada. Ella se despojó de la guirnalda que circundaba su cabecita, mas con tan mala fortuna, que las flores se enredaron al collar de perlas orientales que Mervin, el rey del azúcar, le ciñó al cuello cuando la condujo al barco en compañía de su padre.

Luchó unos instantes con las perlas en que las flores se enredaran. El trasatlántico se deslizaba rápidamente hacia el extremo del muelle. Steve esperaba. Aquél era el momento propicio. Unos instantes solamente y ya no le vería más. Dorotea comenzó a sollozar. Jeremías Sambrooke la miró sorprendido.

—¡Dorotea! —gruñó secamente.

Entonces ella mordió el cordón del collar, lo trituró entre sus menudos dientes y dejó caer sobre el amado anhelante la lluvia de flores entre el rocío de las blancas perlas. Le miró con el alma en los ojos, hasta que, cegados por las lágrimas, reclinó el húmedo rostro en el pecho de Jeremías Sambrooke, que se olvidó un momento de sus estadísticas, asombrado de las niñas que se empeñan en hacer de mujeres. La multitud cantaba todavía a orillas del mar. Las voces se apagaban en la lejanía, pero aún las dulces palabras destilaban en el corazón de Dorotea la añoranza del amor lánguido y sentimental de Hawai. Y las palabras se clavaban como espinas en su corazón de niña, porque aventaban las cenizas de su amor imposible con el soplo de la eterna separación.

Aloha oe, Aloha oe, e ke onaona no ho ilia Upo,

un abrazo de cariño, ahoi ae au, hasta que nos volvamos a ver...

LOS TRES VAGABUNDOS

La hoguera ardía jubilosa en el campamento de la selva, y a su amor dormitaba un engendro monstruoso con apariencia de hombre. Era un vagabundo del bosque, que había asentado sus reales en la cinta de árboles interpuestos entre el terraplén del ferrocarril y la ribera del río. Pero el pordiosero aparecía tan desastrado y vencido, tan hondamente anegado en los bajos fondos del abismo social, que cualquier vagabundo hubiera tenido a menos compartir su hoguera y su trato. Únicamente algún que otro gay-cat, como se llama a los advenedizos en la jerga del arroyo, se habría sentado a su vera, si bien tan sólo el tiempo necesario para conocerle y abandonarle. Hasta los más viles haraganes, los pícaros y vagos de oficio, huirían de su trato. Cualquier mendigo, cualquier mozalbete degenerado de los barrios de hampa y miseria, los mismos rateros sin moral ni vergüenza, se considerarían inmensamente superiores a semejante engendro de la degradación humana.

Podemos definirle diciendo que era un híbrido de andariego y pícaro, degenerado en vago de oficio, perdiendo de tal manera la estimación propia y el dominio de sí mismo, que jamás sentiría de nuevo el hervor de la dignidad. Sin el orgullo y altivez que hacen dignos a los hombres, no se desmerecía en arrebatar el sustento del cubo de la basura. Tendría unos sesenta años de edad. Cualquier trapero hubiera abandonado los harapos que constituían la indumentaria envilecedora del rufián. A su lado ostentábase un bulto, consistente en los últimos jirones de un gabán, cuyas entrañas contenían una

lata vacía de conserva, ennegrecida a trozos por manchas de humo, un bote abollado de leche condensada, unas tripas pringosas parcialmente envueltas con papel de estraza, birladas sin duda de alguna carnicería, una zanahoria que había recogido al azar, acaso al cruzarse con un carro de legumbres, tres patatas bulbosas y macilentas y un gazapo en dulce, mordisqueado y pocho, que a juzgar por algunos pegajos de basura adheridos, había sido recogido de la cloaca.

Salpicaban como un erizo de pelos aquella faz deforme las prodigiosas patillas, de un gris sucio y feo, que si no estuviésemos en el verano habrían sido blancas, porque las lluvias invernales las hubieran piadosamente rociado. Y entre la hilacha de pelos se adivinaba una faz roja de color granada. La nariz deforme y bulbosa mostraba una de las ventanas leve como un guisante, abriéndose hacia abajo, mientras que la otra, amplia como un huevo de pájaro, se arremangaba hacia el cielo. Un ojo castaño, turbio, de tamaño normal, quería reventar de las órbitas y perpetuamente goteaba copioso humor salino; el otro, en cambio, breve y vivaz como si fuese de ardilla, miraba al sesgo la costura de pelos que bordeaba los arcos superciliares, rotos y machucados. Por último, el desarrapado era manco.

No obstante, parecía sentirse alegre. Cuando con su única mano se rascaba las costillas, aureolábale el rostro cierto placer sensual y aletargador. Rebuscó entre los desperdicios que constituían su comida, y no sin gran fatiga sacó del bolsillo del gabán una botella de vidrio. Llenaba este recipiente cierto líquido incoloro, cuya sola contemplación puso en el ojillo menudito y vivaz una chispa de picaresca solicitud. Asíó luego la lata de conserva, levantóse, descendió por el sendero estrecho hacia la margen del río, y regresó, en fía, con la lata rebosante de agua, ni muy transparente ni muy limpia. Después mezcló en el bote de leche condensada una parte de agua con dos del fluido incoloro de la botella. Así formó aquella droga alcohólica que entre los vagabundos es conocida con el nombre de alki.

Unas pisadas lentas que llegaban por el lado del terraplén le alarmaron antes de que comenzara a beber. Depositó la lata con gran tiento y cuidado en el suelo, entre las piernas, lo cubrió con el sombrero y aguardó ansiosamente a que el peligro anunciado se presentase.

De entre las tinieblas surgió el fantasma de otro vagabundo, tan sucio y desarrapado como él. El advenedizo, que aparentaba tener unos sesenta años, siquiera no llegase a los cincuenta, era tan gordo e hinchado que parecía un manojo de ampollas. La nariz gorda y bulbosa tendría el tamaño de un nabo; los ojos redondos y saltones aparecían aureolados por unos sobrepárpados grasos y esféricos. De vez en cuando, por los numerosos rotos del vestido se precipitaban ampollas de carne fofa. Las pantorrillas arrancaban de los pies, oprimidas por unas polainas impotentes. De uno de los hombros le colgaba un

muñón oscilante, cubierto de roña y barro seco. Avanzaba con sigilosa precaución, hasta que advirtiendo la inofensiva condición del hombre que al fuego se calentaba, acercóse a su lado.

—¡Hola, abuelo! —saludó el recién venido, deteniéndose a contemplar la nariz arremangada y hueca del otro—. ¡Digo! ¡si es «el Patillas»! ¿Cómo te las compones para guardar las narices del relente?

El «Patillas» hizo hervir una incoherencia ronca en la garganta, y escupió al fuego en prueba de que no le agradaba la pregunta.

—¡Por el amor de Satanás! Si te pesca una lluvia sin paraguas, te ahogas por ese agujero —rio «el Gordo» estrepitosamente.

—Puede ser, «Gordo», puede ser —musitó con pena y desgana «el Patillas». No es nuevo para mí ese modo de hablar. Hasta los memos me dirigen los mismos piropos.

—Pero aún, por lo que veo, te queda qué beber —dijo, ya más dulce, «el Gordo», desatando torpemente los lazos de un lío que llevaba al hombro, de donde extrajo a la luz otra botella de alki.

Nuevos pasos que sonaron por el lado del terraplén le alarmaron de tal suerte, que, depositando la botella en el suelo, entre las piernas, procedió también a cubrirla con el sombrero.

El nuevo advenedizo no sólo era de la misma casta que los dos congregados en torno a la hoguera, sino que además, pertenecía al gremio de los mancos. Tan repugnante era su aspecto, que hasta el saludo no pasaba en él de ser un gruñido inarticulado. De recia y colosal osamenta, alto, consumido rostro de muerto y demacración cadaverina, ni aún el lápiz de Doré ha concebido un monstruo semejante en los momentos de pesadilla o delirio. La boca desdentada, de finos labios, era una grieta cruzada por el gancho de la nariz curva y larga, de pico de buitre, que casi venía a besarse con el afilado mentón. La mano era una garra; los ojos, fijos, rebosaban de amarga acrimonia, pálidos, fríos, inmunes a la piedad y sordos a la misericordia. Su sola presencia exhalaba un frío penetrante en el alma; por eso «el Patillas» y «el Gordo», instintivamente, se arrimaron como si buscaran la mutua protección contra la amenaza tácita del recién llegado. El «Patillas» deslizó sigilosamente la mano hacia una piedra de unos tres kilos de peso, por si fuera menester fiar en ella su amparo. El «Gordo» repitió la suerte. Uno y otro se mordían los labios, cobardemente turbados frente al de los ojos inmóviles, que les observó alternamente, primero al uno, luego al otro, y por último a las sendas piedras en que ambos habían cifrado su esperanza.

—¡Uf! —gruñó aquél con tan espantoso ademán amenazador, que «el Patillas» y «el Gordo» asieron amedrentados los primitivos proyectiles del

hombre cavernario.

—¡Uf! —repitió el otro introduciendo rápidamente la garra en el bolsillo del gabán—. Como alguno haga ademán de apedrearme, le abro la cabeza.

Y diciendo y haciendo, extrajo del bolsillo una palanca de hierro.

—Nosotros no buscamos pelea, «Seco» —tartamudeó «el Gordo».

—¿Quién eres tú para llamarme «Seco»? —bramó el otro.

—¿Quién? ¿Yo? Todos me conocen por «el Gordo». Nunca te vi, ni...

—Y me parece que este puerco es «el Patillas», con sus ojos de borracho en día de fiesta, y con esa nariz de Dios me perdone, que se ríe de su cara.

—Y puede que se ría. Y puede que sí —rumoreó «el Patillas» de mal talante.

—Desde que tengo uso de razón que lo oigo. Todos repiten el mismo disco. Ya sé que si me pesca una lluvia sin paraguas me voy a ahogar por la ventana de la nariz, y que por aquí se me cuela el relente y todas las demás zarandajas.

—No tengo costumbre de hacerte compañía. Me molesta verte —gruñó «el Seco»—. Así que, si quieres burlarte de los que te acompañan, fíjate con quién tratas, que no soy hombre de muchas bromas.

Sacó del bolsillo una colilla de puro y se dispuso a introducirla en la boca para masticar; luego, como si cambiara de propósito, miró a sus camaradas, y desatando el correspondiente ható, sacó una botella de alki.

—Bueno —añadió—. Supongo que no creeréis que voy a convidaros, cuando apenas si tengo lo que me hace falta. No me voy a morir de sed por vosotros.

Y como los otros, levantando los sombreros, le mostraron sus recipientes rebosantes de bebida, chispeó en los ojos fríos del «Seco» una lucecita de tierno reblandecimiento.

—Aquí tienes agua para la mezcla —dijo «el Patillas», ofreciendo su lata de conserva llena de gachas del río—. Acabo de llenarla ahora mismo. No es demasiado limpia, pero...

—¡Uf! —interrumpió «el Seco», relamiéndose los labios, en tanto que mezclaba el brebaje—. Yo he bebido cosas peores y no se me han secado las tripas.

Y cuando todo estaba listo, en alto las latas que brindaban el alki vivificador, aquellas tres cosas que fueron hombres vacilaron, como si alguna vieja costumbre les hiciera sentir cierto eco de vergüenza. El «Patillas» fue el

primero en manifestar sus sentimientos, diciendo:

—Ahí donde me veis, he asistido muchas veces a francachelas de muy fina condición. He bebido en copas de Bohemia...

—Sí; como esa de latón que tienes en la mano... —añadió, burlón, «el Seco».

—En copas de Bohemia, con asidero de plata.

El «Seco» volvió el rostro al «Gordo» en ademán de interrogante desconfianza.

El «Gordo» asintió con un movimiento de cabeza.

—Puede ser. En las Batuecas, que es donde viven los tontos —interpretó «el Seco»—. En las islas de San Balandrán, debajo del mar.

—Encima, más bien. Has de saber que yo siempre viajaba en el mejor camarote de los grandes trasatlánticos —añadió a su vez «el Gordo».

—¿Y tú? —preguntó «el Patillas» al «Seco».

—Yo he alzado mi copa a la salud de la reina, que Dios guarde —repuso «el Seco» solemnemente, sin mueca ni gesto de mofa en el rostro.

—¿Pero dónde? ¿En la despensa? —insinuó «el Gordo».

Simultáneamente alargó «el Seco» la garra en busca de la palanca de hierro, y los otros dos recurrieron a las piedras respectivas.

—Ahora no nos toques el puntillo de la honra —dijo «el Gordo» dejando caer su arma arrojadiza—. Nosotros no somos hez ni calaña. Somos caballeros. Bebamos correctamente, como a nuestra condición conviene.

—Bebamos —aprobó «el Patillas».

—Es verdad. No nos dejemos arrastrar por pasioncillas —asintió a su vez «el Seco»—. Cierto es que mucho han destilado los grifos de la bodega desde que perdimos nuestra hidalguía. Pero olvidemos la ruta larga por donde hemos viajado y libemos nuestra dosis a la manera de los distinguidos caballeros que fuimos durante nuestra juventud.

Luego que hubieron terminado todos el contenido de sendas botellas, extrajeron otras de entre sus harapos. Reblandecidos e iluminados ya los cerebros, la conversación se había depurado de modismos soeces, como si arrancaran de sus labios el vocabulario bajuno de la chusma encanallada.

—Es mi buena naturaleza, mi constitución robusta —explicaba «el Patillas»—. Pocos hombres hay capaces de pasar por donde yo y de vivir todavía para relatar su historia. Y bueno es advertir que jamás cuidé de mi

salud. Si fueran verdad los apotegmas de moralistas y fisiólogos, habría muerto hace muchos años. Creo que a vosotros os acontece lo mismo. Aquí estamos, a nuestra avanzada edad, haciendo jarana como los jóvenes no osarían; durmiendo al relente, yaciendo en el suelo, sin abrigo alguno que nos guarde contra fríos y escarchas, lluvias o tormentas, y sin temor de sufrir los efectos de la pulmonía o del reumatismo, que a otros más jóvenes les obligan a inclinar las espaldas en los catres del hospital.

Comenzó a preparar su segunda ración de alki, en vista de lo cual tomó «el Gordo» la vez.

—Y hasta nos quedan sus pizcas de donaire. Y un hablar de corazones dulces y tiernos. Hemos mendigado y surcamos las aguas del mar, como diría Kipling.

—Según vinieron los tiempos —completó «el Seco» terminando la frase del poeta.

—Así es —confirmó «el Gordo»—. Y hemos recibido, yo por lo menos, el amor de una princesa.

—Relátanos tu historia —dijo «el Patillas»—. La noche tiene velo de joven casta. ¿Por qué no hemos de bogar, en alas de nuestro recuerdo, hacia los acantilados de coral e introducirnos bajo la techumbre de los palacios reales?

No hallando inconveniente en asentir a la proposición del camarada, «el Gordo» tartajeó para aclarar la garganta, rebuscando en la imaginación el comienzo más apropiado y digno de su narración.

—Preciso es que se repare en mi noble linaje. Percival Delaney no fue desconocido un tiempo en Oxford; y no precisamente por su erudición, justo es confesarlo, sino por su alegre condición, de que todavía guardarán memoria los divertidos cachorros de aquellos días, si es que no han muerto...

—Mi linaje se enlaza con el Conquistador —interrumpió «el Patillas», tendiendo hacia la del «Gordo» su propia mano, dándose a conocer.

—¿El nombre? —interrumpió éste—. No me parece que pueda precisarlo.

—Delarouse, Chauncey Delarouse. Creo que no cede en calidad ante ninguno.

Entonces ambos vagabundos se estrecharon las manos en un cálido apretón y volvieron los ojos hacia «el Seco».

—Y el vuestro... —incitóle «el Gordo».

—Bruce Cadogan Cavendish —gruñó de mal grado «el Seco»—. Ahora sigue tú, Percival, con tu princesa y con las techumbres reales...

—¡Oh! Era yo un mozo excéntrico y travieso —comenzó Percival—. Sobre todo desde que abandoné la placidez del hogar, para manifestar por el mundo mi afición y aptitud de hombre deportivo. Y bueno es recordar mi elegante figura, mi forma distinguida, de que no dan indicio las ruinas presentes. En el polo y en el boxeo, en las carreras de obstáculos y en la natación, destacaba mi vigor de hombre fuerte y joven. Me concedieron en Australia varias medallas cuando concurrí a los saltos que llaman de gamo, y batí varios récords de natación en carreras de media milla en adelante. Las mujeres, a mi paso, se volvían para contemplarme. ¡Oh, las mujeres! ¡Dios las bendiga!

Y «el Gordo», por otro nombre Percival Delaney, grotesca máscara de hombre, posó los labios fofos y carnosos en la mano bulbosa para lanzar el chasquido de un beso a la bóveda estrellada del cielo.

—¡Y la princesa! —resumió con otro beso sideral—. Era tan perfecta para mujer su figura, como varonil y apuesta la mía. Altos sus pensamientos, valiente, despreocupada y diablesca. ¡Oh, Señor! en el agua parecía una sirena, hija del Océano y diosa del mar. Luego, si pasamos a considerar su linaje, yo venía a ser, en su comparanza, un advenedizo, porque la línea regia de sus ascendientes se perdía en las nieblas de los remotos tiempos.

»No pertenecía a la raza de la plebe rubia y blanca. No; era la suya una piel atezada de oro, áureos sus ojos y negras e irisadas de azul las trenzas de sus cabellos, que, como una ola de ondulaciones y rizos, se desparramaban sobre su forma gentil hasta las rodillas. Ya sabéis el encanto que pone en los cabellos de la mujer esa inclinación a dibujar ondas y zarcillos. Tanto ella como su lengua prosapia, no tenían la cabeza ensortijada y crespa. Era, en fin, una princesita polinesia, luminosa, real, áurea, hechicera y digna de que se concentrasen en ella todos los amores.

Una vez más interrumpió su discurso para besar la palma de la mano en memoria de aquella mujer. Y «el Seco», por otro nombre Bruce Cadogan Cavendish, aprovechó la pausa para interrumpir:

—¡Uf! Dices que no brillaste mucho en las disciplinas de Oxford; pero tu vocabulario sí que tiene destellos de exquisita erudición.

—Y en los mares del Sur recogí una guirnalda de voces, entresacadas del Diccionario del Amor —se apresuró a rectificar Percival—. Acaeció todo esto en la isla de Talofa —prosiguió—, que quiere decir amor, la isla del Amor, donde ella encontró su cuna y su nido. Su padre el rey, ya anciano, pasaba la vida sobre una esterilla, inmóvil, porque así lo imponía la parálisis de las rodillas, y bebía ginebra día y noche para aliviar, según él, sus dolores. Era mi princesa el único brote del árbol real, porque su único hermano había muerto viniendo de Samoa con su chalupa, arrebatado por el huracán. Entre los

polinesios, las mujeres de sangre real tienen los mismos derechos que los varones para encarnar el Imperio. Aún más, los naturales suelen trazar sus genealogías siguiendo la línea de la ascendencia femenina.

Chauncey Delarouse y Bruce Cadogan Cavendish asintieron con una inclinación de cabeza a la veracidad de las últimas palabras.

—¡Oh! —dijo Percival—, ya veo que ambos conocéis los mares del Sur. En vista de ello, creo que apreciaréis mejor todos los hechizos de mi princesa, la de Tui-nui de Talofa, la princesa de la isla del Amor, sin que por mi parte haya de recurrir a pródiga abundancia de vocablos.

Envióla un beso, sorbió del bote de leche condensada un trago del preparado alcohólico, capaz de enderezar a un muerto, y depositó otro beso de gratitud en la palma de la mano.

—Engatusadora y cariñosa, revoloteaba como un pájaro inquieto cerca de mí, sin ponerse jamás a mi alcance. Cuando yo extendía el brazo para asirla, se desvanecía entre mis manos como una sombra. Gusté entonces como nunca las mil angustias caras y deliciosas del amor frustrado; nunca macilento, porque la diosa del amor avivaba los rescoldos y aventaba la hoguera.

—¡Escogidas palabras! —musitó Cadogan Cavendish al oído de Chauncey Delarouse, auditores ambos de la narración.

Pero Percival Delaney no estaba para admitir interrupciones. Besó la manaza fofa, depositando en el azul del cielo el cálido beso de su amor, y prosiguió, más entusiasmado todavía:

—Cuántas agonías dulces, cuántos tiernos arrebatos se imaginen, todos llovieron pródigamente sobre mi corazón, rociados por los encantos de mi cara princesa. Presentábase ella como un señuelo delicioso de ingravidas promesas, siempre allende mis alcances. Me condujo, en fin, por un dulce infierno de amor, que no pudiera imaginar ningún Dante enamorado. ¡Oh, aquellas noches lánguidas de los trópicos, al arrimo de las palmeras! ¡Oh, el rompiente lejano del mar que cantaba murmullos adormecedores de una misteriosa concha marina, cuando mi princesa parecía desleírse al calor de mis ansias y hacía vibrar el laúd de sus risas, que parecían cuerdas de plata tesadas en cálices de flores de oro, para derretir mi amor en un bálsamo de imposibles locuras!...

»Por vez primera parecí interesarla, cuando sostuve recio combate con los campeones de lucha de Talofa. Luego despertaron su atención mis proezas natatorias, y por último, cierta hazaña, que luego os referiré, me valió algo más que sus sonrisas juguetonas o sus timideces fingidas.

»Pescábamos calamares aquel día, a las afueras de la sirte o arrecife. Ya sabéis vosotros el procedimiento. Se somorguja el pescador rozando la muralla

del arrecife de coral, a cinco o diez brazas de profundidad, para hincar las varitas o bastoncitos entre las grietas roqueras, donde los calamares forman sus cubiles. Las varitas suelen tener unos treinta centímetros de largas, están afiladas en punta por ambos extremos y se cogen por medio formando cruz con el brazo. El arte consiste en tentar a los perezosos animales para que se asan cerrando los tentáculos en torno al puño, la vara y el brazo.

»Una vez asido, se remonta el pescador a la superficie, golpea al calamar en la cabeza, que es el centro de la forma, y lo lanza a la canoa que de propósito espera... ¡Y ahí en donde me veis, yo podía hacer tan ágiles maniobras!...

Percival Delaney se calló un momento, iluminado el rostro de botijo con un destello de horror, mientras evocaba la imagen de su forma juvenil.

—Yo he sacado a flor de agua un calamar cuyos tentáculos tendrían unos dos metros de longitud, y para conseguirlo, hube de somorgujarme a quince metros y medio de profundidad. Yo, en otra ocasión, me hundí asido a una roca de coral, hasta treinta metros por bajo de la superficie del mar, a fin de soltar un ancla enganchada. Sabía, en fin, lanzarme de espaldas al mar y describir el salto de ángel, desde veintitantos metros de altura. Yo...

—Basta, detente, cesa... —advirtió Chauncey Delarouse con cierto dejo de impertinencia—. Habíanos de la princesa, que ella es quien, al evocarla, hace hervir todavía la sangre vieja. Casi me parece verla. ¿Era realmente tan hermosa como dices?

Percival Delaney chascó un beso para pronunciar la inefable afirmación.

—Ya os dije que era una sirena, una hija del mar. Sé que una vez, como se hundiera su goleta al ser sacudida por una doble racha de viento, se mantuvo nadando durante treinta y seis horas, hasta que la rescataron los buques de auxilio. Yo la he visto hundirse a veintitantos metros para sacar en cada mano una madreperla. Era una maravilla, y como mujer, sublime, excelsa, arrebatadora. ¡La diosa de los mares! ¡Oh, los cinceles de Fidias y de Praxíteles se hubieran honrado al perpetuar en mármoles su hermosura!

»Aquel día habíamos salido al otro lado del arrecife para divertirnos pescando calamares. Yo desfallecía de amor. Loco, reconozco que estaba loco por ella. Juntos nos arrojábamos desde la canoa hacia las profundidades deliciosas, para empaparnos de color y de frescura; y ella me miraba, mientras nadábamos, tantalizándome con sus ojos iluminados, hasta soliviantar mi locura. Y por fin, lejos, en lo hondo, perdí el dominio de mí mismo y me lancé en pos de ella. Me esquivaba como una sirena, y en sus ojos y en su faz leía yo la risa y la burla. Huyó rápidamente. Estaba seguro de que la cogería, por hallarme interpuesto entre la princesa y la superficie; pero se dejó somorgujar

hasta el fiemo de arenas coralinas del fondo, lo revolvió con la varita de pescar calamares, y como suele hacerse para burlar a los tiburones, enturbió las aguas, de suerte que no pude distinguir su figura cuando se deslizaba no muy lejos de mí, hacia la luz y el aire. Me precipité hacia la superficie. Allí estaba ella, asida ya a los bordes de la canoa, iluminada y risueña.

»Supliqué, y casi estoy por decir que no fui despreciado. Pero por algo era princesa, cuyo amor no puede rendirse a cualquier requerimiento. Reclinó la mano sobre mi brazo y me obligó a que la escuchase. Jugaríamos, me dijo, a ver quién pescaba el calamar más grande y el más chico, y puesto que el precio de la victoria serían besos, ya podéis imaginar cómo me zambulliría yo en seguida, con el alma hecha un ascua de oro.

»Y no saqué entonces, ni pude jamás, en los años posteriores de mi vida, sacar ningún calamar. Estábamos a cinco brazas de profundidad, explorando la muralla del arrecife, al acecho de los huecos donde nuestras víctimas se recogían, cuando acaeció lo inesperado. Había encontrado yo un cubil o intentaba vaciarlo, cuando sentí la proximidad de algún monstruo enemigo. Volví el rostro. Allí estaba, a mi lado. Era un tiburón terrible, largo, fosforescentes los ojos como si fuesen estrellas ahogadas en el mar.

»No muy lejos, a la derecha, ella, mi princesa, tentaba en una grieta de las rocas con la varita de pescar, y el tiburón se le acercaba sigilosamente. Invadió la totalidad de mi conciencia el relámpago de un solo pensamiento: era preciso que el tiburón no la mancillara. ¿Y quién era yo sino un amante loco, capaz de luchar y morir alegremente por la dama de mis pensamientos? Recordad que ella era la mujer ideal y yo un alma caldeada al resol de su hermosura.

»Y sin ignorar todo el riesgo a que me exponía, arrojé contra los flancos del tiburón la vara en punta con que intentaba pescar los calamares. Así también, para llamar la atención de un viandante con quien nos cruzamos por la calle, solemos propinarle al pasar un codazo afectuoso. El monstruo se volvió hacia mí. Ya conocéis los mares del Sur. El tiburón, el devorador de hombres, el tigre de mar, como el oso pardo de Alaska, no deja rastro ni huella, ni rumor, por donde pasa. El combate se encarnizó bajo las olas del mar, si combate puede llamarse aquella lucha inútil en que todas las ventajas estaban de una parte.

»La princesa, ignorante de cuanto sucedía, pescó su calamar y remontóse a la superficie. El tigre de mar se arrojó sobre mí. Eludí su primera acometida, asiéndome con ambas manos a la nariz de la bestia, por cima de la boca de mil dientes abierta y amenazadora. El tiburón me machacaba contra el esquife de rocas afiladas, de suerte que aún conservo en todo el cuerpo las cicatrices de aquella jornada. Se me arrojaba encima cuantas veces quería salir a la superficie. Yo contenía las acometidas sujetándole por la nariz; pero mis

pulmones iban agotando la reserva de aire y no podía mantenerme eternamente hundido. Habría escapado indemne, de no ser porque, al contener una de sus acometidas, se me resbaló la mano derecha con tan mala fortuna que vino a introducirse hasta el codo en la boca del animal. Cerráronse las mandíbulas. Ya sabéis cómo son los dientes del tiburón. Una vez entre ellos no hay esperanza de soltarse. Necesitan cerrarse hasta completar el bocado, pero no pueden atravesar los huesos duros. Así es que, desde el codo, resbalaron por encima de los huesos del brazo, dejándolos mondos y descarnados hasta la articulación de la muñeca, donde al fin se cerraron las mandíbulas enormes, cercenándome la mano derecha, que vino a ser el aperitivo del festín cercano.

»Pero yo, que no estaba ocioso, le hiqué el pulgar de la mano izquierda en la órbita de uno de los ojos y se lo vacié con hábil maniobra. No por eso se detuvo el monstruo. El tufo de la carne le había enloquecido, y con ardor de hambre perseguía el muñón sanguinolento de la muñeca cercenada. Varias veces logré esquivarle. Luego atrapó una vez más el pobre brazo desgarrado e hincó las mandíbulas por debajo del hombro, resbalando sobre el húmero hasta la articulación del codo, en donde de nuevo se cerraron, dejando mondo el hueso. Yo, entretanto, le salté el otro ojo con el pulgar de la mano ilesa.

Percival Delaney se encogió de hombros y resumió para dar fin a su historia:

—Desde lo alto de la canoa habían contemplado todos la lucha y se hacían lenguas encomiando mi hazaña. Aun hoy seguirán cantando la gesta heroica de mi mocedad. Y la princesa...

Hizo una pausa breve cuanto significativa, y concluyó:

—La princesa se casó conmigo... Pero la rueda de la Fortuna da muchas vueltas con el andar de los años; el torbellino de la suerte gira sin cesar, y mientras las abarcas escalan los palacios, los coturnos de piel más brillante y fina descienden a las chozas desbardadas de la miseria. Un buen día arribó a las costas un cañonero francés. Hoy, la isla del Amor es un reino conquistado de la Oceanía, regido por algún hijo de labriegos iletrado y ruin a quien los azares de la vida convirtieron en gendarme de la policía colonial, y...

Completó la sentencia y puso término a la narración hundiendo el rostro en la boca irregular del bote de leche condensada, para sorber ruidosamente el líquido corrosivo a entrecortados y rapidísimos tragos de hombre sediento e insaciable.

Hubo una pausa. Luego Chauncey Delarouse, por otro nombre «Patillas», emprendió la narración de su historia:

—Lejos de mí el alardear de alta cuna, para venir luego a sentarme aquí, junto a esta hoguera, con semejantes... camaradas que el azar juntó en una

hora. Sin embargo, preciso es confesar que también yo fui un tiempo figura admirable de varón. Además, debo añadir que fueron los caballos, juntamente con la excesiva indulgencia de mis padres, quienes me llevaron errante por el mundo. Podía permitirme todo género de abusos y libertades porque así lo autorizaba mi salud de hierro. Aquí me tenéis, con mis sesenta años a la espalda, y a lo largo del camino de mi vida he ido enterrando a muchos otros camaradas, tan diabólicos y calaveras como yo, pero impotentes para andar a mi paso. Conocí lo peor cuando era demasiado joven. Ahora me parece lo peor una cosa lejana y vieja. Pero ¡ay! yo también gocé un tiempo, siquiera fuese breve, de lo mejor de la vida... Yo también besé la mano a la princesa de mi corazón. Asentaba su reino encantado en Polinesia, a unas mil millas o poco más al Sudeste de donde yace la isla del Amor, ha poco cantada por Delaney. Los naturales de las cercanías la llamaban isla Alegre. Su propio nombre, el que le aplican sus habitantes, transmite delicada y precisamente la emoción de la tierra, porque traducido literalmente, significa «isla de la risa serena». En el mapa podéis hallar el nombre de Manatomaná, que, por error, le dieron los antiguos navegantes. La chusma de traficantes que infesta el Océano la llaman el Edén sin Adán, y los misioneros, durante algún tiempo, la apellidaron el Testimonio de Dios, tan grande había sido el triunfo que obtuvieron en la catequización de los indígenas. Para mí era y será siempre el rincón; elegido del Paraíso.

»Y era mi Paraíso, porque prestaba morada a mi princesa. Reinaba entonces allí Juan Asibeli Tungí, indígena de pura sangre, cuya ascendencia se remontaba al más noble y antiguo tronco de los reyes isleños, y de aquí hasta Manua, primera patria del hombre primieval que habitara los mares del Sur. Juan el Apóstata solíamos llamarle, porque durante su larga vida había apostatado muchas veces. Convertido primeramente por los católicos, mandó derrocar los ídolos, rompió los tatúes, limpió el país de sacerdotes pertenecientes a la fe primitiva, ejecutó a varios de los más recalcitrantes y envió a todos los súbditos al arrimo protector de la santa madre iglesia.

»Más adelante sintió debilidad por los traficantes, quienes desarrollaron en él fe tan acendrada en el champaña, que perdió la sed de Dios y embarcó a todos los frailes católicos hacia Nueva Zelandia. Secundaron la conducta del rey la mayoría de los súbditos, y como vivieran sin religión durante aquel período de tiempo hasta la nueva conversión del monarca, reinó en la isla una era de Gran Licenciosidad, como clamaban los misioneros por todas las islas del mar del Sur, presentando a la de Juan el Apóstata como una nueva Babilonia, nido de pecados y cubil de tentaciones que concitaban la cólera del cielo.

»Pero los comerciantes arruinaron a fuerza de champaña la buena digestión del rey, que al cabo de algunos años bebió una vez más de la pura fuente

evangélica, esta vez de manos de los metodistas. Envió el pueblo a los templos, limpió las costas de traficantes, y de tal manera puso el veto a la chusma de medida y talega que no les permitía fumar de puertas afuera los domingos, y hasta multó con cien soberanos de oro a un rico comerciante por haber consentido valdear siendo sábado, día señalado para el descanso por el Señor, la cubierta de su nave.

»Aquella fue la era de las Leyes Azules. Pero resultaba demasiado fuerte aquel rigor para la frágil naturaleza del rey Juan, quien al cabo optó por embarcar a los metodistas e inventar una religión de su propia cosecha, constituyéndose en Dios y centro de adoración. Algunos centenares de súbditos, que, más leales o más tozudos, siguieron fieles a los metodistas, fueron desterrados en masa a Samoa. En la invención del nuevo culto fue inspirado y asistido el rey Juan por los consejos de un renegado fidjiano. Así permanecieron las cosas durante unos cinco años; pero ya sea que se cansara de ser Dios, o ya que el fidjiano desapareciera en compañía de seis mil libras del tesoro real, lo cierto es que el rey Juan renegó de su divinidad y se acogió a los wesleyanos de la Segunda Reforma, convirtiendo consigo a todo su pueblo. El adalid de los misioneros se transformó en primer ministro, quien, como primera medida de gobierno, amonestó a la chusma de comerciantes y gentes de medida y talega. En resumidas cuentas, los comerciantes decidieron boicotear el reino, de suerte que las rentas reales disminuyeron a cero y el pueblo iba de mal en peor, camino de una bancarrota inminente. El rey Juan no podía obtener ni el más miserable crédito a usura de cualquiera de sus poderosos caciques.

»Ya por entonces iba haciéndose viejo, y filósofo, y tolerante, y atávico en materias religiosas. Expulsó a fuego a los wesleyanos de la Segunda Reforma, llamó a los desterrados de Samoa, invitó a los comerciantes y armó una fiesta general de amor y de alegría. Despojóse de escrúpulos, proclamó la libertad religiosa, promulgó las tarifas más altas, y por último, en cuanto a sí mismo, volvió al culto de sus antepasados, desenterrando los ídolos, observando los tabúes y reintegrando en sus dignidades a varios sacerdotes octogenarios de la religión primitiva. Todo lo cual pareció de perlas a los traficantes e hizo cundir por el país la prosperidad y la abundancia. Sin embargo, algún que otro pequeño cultivo de católicos, metodistas y wesleyanos, permaneció fiel a su religión respectiva y mantuvo, como Dios le diera a entender, alguna que otra iglesuca pobre y escuálida. Al rey Juan no le preocupaban mayor cosa ni aquellas congregaciones de fieles ni las componendas de los comerciantes que ellos llamaban negocios. Todo le parecía bien con tal de que le pagaran unos y otros los impuestos. Y cuando la reina Mamare, su esposa, decidió convertirse a la fe de los anabaptistas, gracias a los santos requerimientos de un misionero viejecito y espiritado, el rey Juan no puso obstáculo alguno a la decisión de su mujer, con tal (y en esto sí que era taxativa y clara su firmeza) que aquellos

devaneos religiosos no sacasen ni un cuarto de los cofres reales. Las religiones habían de sustentarse y mantenerse a sí propias; tal era la conclusión a que su larga vida le había conducido.

»Y ahora el hilo de mi narración se enlaza y teje para bordar la idealización de la exquisitez femenina. Mi princesa...

El «Patillas» hizo una pausa, depositó suavemente en el suelo el bote de leche condensada con el cual había estado jugando caprichosamente al compás de sus palabras, y besó hacia las estrellas, con un chasquido sonoro, los dedos de la única mano.

—Era hija de la reina Mamare. Maravillosa y exquisita, tenía más de ángel etéreo o ingrátido que del tipo de Diana, tan abundante en Polinesia. Etérea e inmaculada, alada y pura, era casta y modesta como una violeta silvestre, frágil y esbelta como un lirio, luminosa como una estrella. Sus ojos, encendidos con una irradiación tierna y pudorosa, semejaban asfodelos en un trono de césped celestial. Era, en fin, toda flor, toda fuego, toda rocío. Tenía la suavidad de la rosa montanera, la compasión de la sombra y ternura de la paloma. Y es lo mejor que su bondad no desmerecía frente a tan inusitada hermosura. Continuaba fiel y devota de sus creencias y de la adoración a la madre, introducida por Ebenezer Naismith, el misionero anabaptista. Y su dulzura espiritual cosecha en sazón del seno de Abraham, no velaba tampoco a sus deliciosos encantos de mujer. Era mujer, toda una mujer, sensible hasta la última fibra tremente de su cuerpo...

»¿Y yo? Yo era la tierra inculta, el erial estéril de aquellas playas. Ni el salvaje me vencía en salvajismo, ni el astuto en astucia, ni el más avisado de aquella chusma de traficantes en picardía y destreza. Era también el único entre blancos o negros, morenos o mestizos, que osaba cruzar a oscuras el Paso de Kuni-kuni. Una noche lo atravesé bajo las sirtes en medio de una racha de viento. Bueno; es el caso que yo gozaba fama de malo en unas playas •donde nadie tiene reputación de santo. Despreocupado, peligroso, nada me detenía, ni las más arduas travesuras, ni las más osadas riñas. Los capitanes de tráfico solían buscar en los recónditos agujeros del Pacífico hombres-cubas, verdaderos prodigios en asuntos de bebida, para que compitieran conmigo. Recuerdo aún a cierto escocés de las Nuevas Hébridas, calcinado de sol, hombre rudo y gran bebedor. Murió de la borrachera. Nosotros embarcamos el cadáver en una pipa de ron y lo devolvimos al lugar de donde procedía. Ahí tenéis un botón de muestra para que deduzcáis las excentricidades y locuras que solíamos hacer en la playa de Manatomaná.

»Y entre las mil rarezas que yo hice en mis buenos tiempos, un día me bastó mirar a mi princesa para encontrarla buena y digna de mi más hondo amor. Así como lo cuento. Antes de conocerla era un loco, luego enloquecí de

amor. Y reformó mi vida. ¡Pensadlo bien! ¡Reparad en lo que la contemplación de una mujer puede obrar en el alma de un vagabundo incorregible!... Y os juro por el rey Enrique que no cuento más que la pura verdad. Yo reformé mi vida. Yo asistí a la iglesia. Yo me convertí a la religión. ¡Oídmme bien! Yo, en fin, esclarecí mi alma ante Dios y aparté las manos (que entonces tenía dos) del roce contaminador a que el trato de la chusma de la playa las exponía. Todos mis antiguos camaradas de extravíos y locuras reíanse entonces de mí y hasta se preguntaban qué nueva calaverada traería a vueltas de mi insólita religiosidad.

»Y ya os digo que me consagré, con toda la sinceridad y pasión de que es capaz un alma humana, a una experiencia religiosa que, de entonces acá, me ha hecho tolerante para con todos los cultos y creencias. Despedí por inmoral a mi mejor capitán, me deshice de mi cocinero y no hubo en toda Manatomaná hombre más honrado que yo. Con no menor razón y justo juicio despaché al encargado de mis oficinas. Por primera vez en la historia del tráfico mercantil, se supo de barcos que bogaran hacia Poniente con las bodegas repletas de Biblias. Mandé edificar un pequeño bungalow de anacoreta en lo alto de la ciudad, en cierta calle, con alineaciones de mangos, junto a la casa ocupada por Ebeuzer Naismith. En éste hallé mi camarada y amigo, en quien descubrí un tarro de miel, tanta era su bondad y dulzura. Era un hombre de cuerpo entero, y como tal murió mucho tiempo después, de la manera que de buen grado os narraría, si la historia no se fuese haciendo larga o si quedase poco de ella que contar.

»Confieso, en honor a la verdad, que era la princesa, más bien que el misionero, la verdadera responsable de que mi fe se manifestase en obras, especialmente en aquella obra cumbre de mi conversión, la Nueva Iglesia, Nuestra Iglesia, la de la reina madre.

»—Nuestra pobre iglesia —me dijo una noche luego de haber rezado juntos las oraciones, cuando apenas si hacía quince días de mi conversión—, nuestra pobre iglesia es tan pequeña que nunca crecerá la congregación. La techumbre agrietada amenaza derrumbarse y mi padre el rey Juan (tan duro es su corazón) no quiere contribuir con un céntimo; Sus tesoros aumentan de día en día. La isla no es pobre. Mucho dinero se gana y se dilapida en ella. Lo sé. A mis oídos llegan las habladurías y murmuraciones de las gentes salvajes de la playa. No hace todavía un mes que tú derrochaste en una noche, jugando a los naipes, más de lo que costaría sostener en pie durante un año nuestra iglesia.

»Yo le confesé que era verdad cuanto decía; pero que todo eso había sido antes, cuando aún no había visto yo la luz. Había sufrido entonces una racha de mala suerte. Le dije también que ya no había bebido más licor, ni jugado a las cartas, ni andado en malas compañías. Le dije, por último, que el techo

sería reparado enseguida por carpinteros cristianos, que ella misma seleccionaría de la congregación. Pero henchida la imaginación de mi princesa con el pensamiento de una gran restauración que pudiera ser predicada por Ebenezer Naismith (tan santo varón era), me habló de una gran iglesia, cautivándome con las siguientes palabras:

»—Eres rico. Muchas goletas y traficantes tuyos bogan hasta las más lejanas islas. Llegaron a mis oídos rumores del magnífico contrato que firmaste no ha mucho para reclutar negros con destino a las plantaciones alemanas de Upolu. Dicen por ahí que, luego de Sweitzer, eres tú el más rico traficante de estos mares. Me he encariñado con el pensamiento de consagrar a la gloria de Dios una parte de tan cuantiosas riquezas. Sería una acción nobilísima. Yo me honraría en conocer al hombre que la realizara.

»Contesté que Ebenezer Naismith predicara la gran restauración, porque yo mandaría levantar un templo capaz para albergarle.

»—¿Tan grande como el templo católico? —me preguntó.

»Se refería a la ruinoso catedral que fue edificada cuando la conversión global del pueblo a la fe romana. Era un edificio soberbio. Tan ardiente y abnegado era mi amor, que le ofrecí edificar un templo más amplio y grandioso que la antigua catedral.

»—Pero costará mucho dinero —expliqué—. Y para reunirlo se requiere cierto tiempo.

»—Tú nadas en la abundancia —me contestó—. Hay quien dice que tus tesoros empequeñecen a los de mi padre el rey.

»—Tengo más crédito que él; esto es lo único cierto —la dije—. Tú no entiendes de cosas de dinero. Es preciso tener dinero para alcanzar crédito. Con lo que yo tengo de uno y de otro, trabajaré para aumentarlos, y la iglesia será construida, a fin de que se satisfaga tu deseo.

»¡Oh, el trabajo! Yo mismo me sorprendía de la propia virtud. Mentira parece la enorme cantidad de tiempo de que dispone el hombre cuando da de lado a los devaneos, locuras, juegos, comilonas y diversiones estériles. Yo no malgastaba ya ni un solo segundo del tiempo que con la virtud había encontrado. Trabajaba a todas horas. Seis hombres juntos no rendirían tanta labor útil. Me instituí en director de mis empresas. Mis capitanes comenzaron a hacer rutas más breves y provechosas que nunca, y mis sobrecargos se hubieron de preocupar de que las goletas no holgasen inútilmente por los puertos, ya que nada escapaba entonces a mi inspección escrupulosa.

»¡Por el rey Enrique! ¡A qué grado de perfección alcanzaron mis bondades! Eché una conciencia tan alquitarada y fina, que me pesaba no poco

sobre los hombros al tener que cargar con ella dondequiera que se dirigieran mis pasos. Hasta repasó mis cuentas de antaño, y hube de pagar a Sweitzer cincuenta mil dólares que le había birlado en un negocio que tuvimos tres años atrás en las islas Fidji. Le abonó, sin que él lo pidiera, hasta el último dólar, con sus intereses acumulados.

»¡Qué manera de trabajar, santo cielo! Plantó caña de azúcar. Fui el primero que comerció en Manotamana con este género de plantaciones. Hice venir de Malaita, que pertenece a las islas Salomón, numerosos cargamentos de negros, hasta que tuve a más de mil doscientos indígenas empleados en mis plantaciones. Envié con rumbo a Hawai una goleta en lastre para que me transportara un molino de azúcar e hice venir a un ingeniero alemán que, al decir de todos, sabía la última palabra en asuntos de explotación agrícola. Le pagaba la friolera de trescientos dólares mensuales. Yo me encargué, por mi parte, de la dirección del molino. Lo instalé con ayuda de algunos mecánicos que hice venir de las islas de la Reina.

»Hora es de recordar que un rival poderoso se interponía en mi camino. Era Motomoe, cacique supremo, de sincera sangre, cuyo poder sólo desmerecía ante el del rey Juan. Indígena de pura cepa, fornido y hermoso, solía mostrar su disgusto de manera harto terrible y pertinaz. Vio con ceño arrugado mi rondeo al palacio real. Púsose a investigar en mi pasada historia, y como resultado de sus pesquisas, comenzó a divulgar en torno a mí las más negras murmuraciones. Y era lo peor del caso que en el fondo decía la verdad. Hasta hizo expresamente un viaje a Apia para descubrir cosas... como si no hubiera abundante cosecha que recoger en la playa de Manatomana. Burlábase de mi tierno fervor religioso, de mi asistencia a las reuniones piadosas, y sobre todo, de mis plantaciones de azúcar. Por fin, un día me desafió, y me deshice de él como pude. Había querido romperme la cabeza. Ya veis; amaba a la princesa con un amor tan loco y arrebatado como el mío.

»Solía ella tocar el piano. Yo también sabía ejecutar algunas obras pianísticas. No se lo revelé hasta que la hube oído tocar por vez primera. ¡La inocente niña creía tocar maravillosamente! Ya sabéis cómo suelen hacerlo las jóvenes colegialas, con ese mecánico “un dos tres”, con ese tum-tum-tum monótono e insípido. Y aún he de revelaros otra cosa más admirable. ¡Llegó a sonarme celestialmente su manera de tocar! Las puertas del cielo se abrían de par en par a la contemplación de mi espíritu en cuanto ella posaba sobre las teclas sus dedos de nardo... ¡Todavía me veo, a la luz del recuerdo, agotado y desfallecido por las luengas horas de fatigoso esfuerzo, yaciendo sobre las esterillas en la azotea del palacio real! La contemplo sentada cabe el piano y la admiro con beatífica estulticia de enamorado. ¡Oh! Aquel enorgullecimiento, aquella vanidad suya era también el único defecto que velaba su virtuosidad angélica, y por eso, al humanizarla, al arrancarla por un instante de su divina

excelsitud, la acercaba más a mí, la ponía al alcance de mi corazón mancillado de hombre. Por eso, cuando tocaba ella su tum-tum-tum incoloro, me sentía yo remontar hacia el séptimo cielo de la bienaventuranza, desvaneciéndose como por ensalmo mi cansancio, y el bienestar física y moral me templaba cuerpo y alma. La amaba, y mi amor era puro como la llama, transparente y sin mancilla como el amor de Dios. Y ya podéis suponerlo, en el arrebatado de mi fantasía de enamorado, pensaba que Dios debía parecerse mucho a la hermosura de mi princesa...

»Es lo natural, amigo Bruce Cadogan Cavendish. Burlaos si os place. Pero os aseguro que el amor no es ni ha sido nunca otra cosa. Todo cuanto os he descrito en eso: amor, la más real, la más pura, la más exquisita y acendrada hermosura de que puede gozar el hombre. Y yo he sentido el amor tal y como lo relato. He gozado de tan delicada hermosura.

Y el pobre «Patillas», destellando por su ojillo de ardilla un relámpago de luz, que fulgía, entre los párpados y ceja destrozada, como si fuera un carbón encendido en un rincón del bosque, hizo una pausa larga, para apurar la droga calmante del bote de leche condensada y para preparar otra mezcla.

—La caña en aquellos climas tardaba en madurar cosa de diez y seis meses —dijo limpiando con el revés de la mano la prodigiosa mata de cabellos que le embozaba el rostro—. Yo tenía ya presto el molino para proceder a la molienda. Naturalmente que no toda la plantación maduraba al mismo tiempo, porque ya tuve el buen cuidado de plantar ordenadamente, de suerte que el molino tuviese trabajo continuo.

»Durante los primeros días no faltaron pesadumbres ni preocupaciones. Cuando no una cosa era otra la que me traía de cabeza. Al cuarto día de comenzada la molienda, ausentóse el ingeniero durante algunas horas para atender a menesteres propios. Yo, en tanto, estaba preocupado con los rodillos» del alimentador. Luego de que los negros derramaron por encima de los cilindros el crémor de calcio, les envié en auxilio de las patrullas de segadores. Me quedé solo junto al alimentador. Desde lo alto del molino, Ferguson, el mecánico, dio marcha a la maquinaria. Los cilindros no funcionaban bien y me tenían preocupado, como dije antes. Al fin di con la causa del mal funcionamiento. En aquel instante apareció ante mis ojos Motomoe, mi rival en amores.

»Helo allí en pie, mofándose de mí, que cubierto de porquería y grasa parecía humilde bracero más bien que opulento propietario. Los cilindros estaban emblanquecidos por la cal. Una rendija que formaban me advirtió de que no habían sido debidamente encajados. Por uno de los extremos trituraban bien la caña, en tanto que por el otro atravesaba sin ser molida. Tendí los dedos hacia la abertura sin tentar los grandes dientes de los cilindros. De

súbito, como una garra de mil demonios, sentí que me asían por la punta de los dedos, que tiraban de mí, que me trituraban. Como si fuera de caña, iban a machacarme en una masa de pulpa blanda. No había salvación posible. Ni diez mil caballos juntos que tirasen de mí lograrían libertarme de la garra férrea e insensible. Mano, brazo, hombro, cabeza y pecho, todo yo, en fin, estaba fatalmente sentenciado a cruzar hecho pulpa por el alimentador del molino.

El dolor me calaba hasta la médula del alma, tanto que, al fin, adormecido, llegué a no percibir sensación alguna. Y observé que nudillo a nudillo, coyuntura tras coyuntura, se iba moliendo la mano, la muñeca, el brazo, lentamente, con la serenidad inevitable de un movimiento mecánico. ¡Oh ingeniero, devorado por tu propia máquina! ¡Oh molinero, triturado por tu propio molino!...

»Motomoe, que al fin era hombre, aunque enemigo, se lanzó hacia adelante arrastrado por involuntario impulso, y la mueca de burla y desprecio que contorsionaba su semblante se transformó en un gesto de solicitud y espanto. Luego se percató de la hermosa ocasión que la fortuna le brindaba y prorrumpió en una carcajada brutal. No, yo no podía esperar nada de aquel hombre. ¿No había intentado un día machacarme la cabeza? Además, aunque así no fuera, ¿qué entendía de máquinas, para que pudiera intervenir favorablemente?

»Grité, chillé, ululé con todas las fuerzas de mis pulmones llamando a Ferguson, pero el estruendo de la maquinaria ahogaba la voz. Los cilindros habían devorado ya hasta el codo. A veces, al triturar algún nervio, sentía un dolor penetrante que me sacudía en un espasmo de horror. Recuerdo que cuando el dolor amenguaba me sorprendió la actitud de Motomoe.

»Conmovióse de pies a cabeza. “¡Soy un bestia!”, rugió con un gruñido de odio hacia sí mismo, y se abalanzó sobre un cuchillo de cortar caña, largo y pesado como un machete. Pensó que iba a poner término a mi miseria o inclinó la cabeza bajo el cuchillo, agradecido a la clemencia de mi enemigo. De otra suerte, mi dolor no tendría término hasta que la máquina me triturara la cabeza.

»—¡Aparta la cabeza, idiota! —ladró de mal talante.

»Entonces, comprendiendo mejor su designio, obedecí. Hubo de dar dos tajos brutales, porque yo era hombre robusto y corpulento; pero logró cercenarme el brazo a ras del hombro, y tirando de mí me arrojó sobre el montón de cañas.

»Sí. El azúcar se pagó a enorme precio; pero yo levanté para mi princesa el templo de sus ensueños de santa, y ella... fue mi esposa.

Sació en parte su sed y prosiguió, para concluir la narración:

—¡Ay de mí! Jugó la fortuna con mi vida como niño veleidoso y tornadizo. Aquí me tenéis hoy, convertido en una máquina gastada, que ni el alcohol me quema las entrañas, tan hecho estoy a beberlo, ni otra cosa fuera del alcohol me vivifica y enternece. Y sin embargo he vivido, y desde aquí envío mis besos etéreos al polvo de mi princesa, que desde luengos años duerme sueño eterno en el mausoleo del rey Juan, túmulo de piedra que contempla, a través del valle de Manona, notar al viento las banderas de un país extraño que coronan la Casa del Gobierno británico...

El «Gordo», haciendo suyas las emociones del camarada, brindó un trago de su recipiente de latón. Bruce Cadogan Cavendish, en tanto, miraba con ojos de implacable amargura hacia la fulguración roja de la hoguera. Era hombre que prefería beber a solas. Por entre los finos labios de la boca entreabierta aleteaba una sonrisa de mofa o escarnio, y habiéndole sorprendido «el Gordo», osó preguntarle una vez cerciorado de que tenía el pedrusco al alcance de la mano:

—Bueno. ¿Y no tenéis nada que narrar, amigo Cavendish? Os ha llegado el turno.

Alzó el otro los ojos fríos, secos, inmóviles, que se clavaron en el rostro del «Gordo» hasta enturbiarse con una sombra de disgusto.

—Yo he vivido una vida dura y brutal —concedió «el Seco» raspando las palabras—. ¿Cómo relatar páginas de amor que nunca he sentido?

—No es posible que un hombre de tu clase haya dejado de gozar alguna —le replicó «el Gordo».

—¿Qué importa? —gruñó «el Seco»—. No veo por qué razón haya de alardear un caballero de haber logrado triunfos amorosos. No veo la razón.

—¡Oh! Prosigue. Sé un buen amigo de todos —aconsejó nuevamente «el Gordo»—. La noche se presenta dulce y plácida. Aún es pronto y nos queda bebida con que recrearnos. Delarouse y yo hemos contribuido con nuestro óbolo. No suele acontecer muchas veces que se reúnan tres hombres como nosotros para conversar de tan interesantes historias. Sin duda que tú también habrás gozado de alguna ventura de amor que puedas referir sin avergonzarte...

Bruce Cadogan Cavendish blandió la barra de hierro y pareció vacilar entre si le rompería o no la cabeza. Luego suspiró y dejó caer indolentemente el arma.

—Bien está, si así os place —cedió al fin con manifiesto escrúpulo—. Como vosotros, tuve yo también una constitución privilegiada. Y si es en asuntos de bebida, puedo jurar que hubiera sido capaz de venceros a los dos

juntos en vuestros mejores tiempos. Mis comienzos fueron harto distintos de la realidad presente. Nadie puede discutir que llevo encima la marca eterna de la gentileza, de la caballerosidad, a no ser que alguno de vosotros osara...

Y diciendo y haciendo alargó la mano a la barra de hierro. Sus auditores no parecieron percatarse de la amenaza.

—Acaeció a unas mil millas hacia el Oeste de Manatamana, en la isla de Tagalag —prosiguió el «Seco» con aire de melancólica extrañeza, como si le sorprendiera que los otros no hubiesen dudado de su alcurnia—. Mas antes debo decir de qué manera vine a parar en Tagalag. Por razones que no es del caso mencionar, y por caminos de precipicio que no quiero describir, pero que en nada se parecen a las travesuras de los renegados de Oxford ni a las calaveradas de los aficionados a carreras de caballos, me hallé en plena mocedad dueño y señor de una goleta, tan bien conocida, que no mencionaremos su nombre. Solía dedicarme a reclutar negros de las islas que salpican el Sudoeste del Pacífico o de los mares de coral, para transportarlos a las plantaciones de Hawai, a las minas de nitratos de Chile o...

—Fuiste tú entonces quien asoló por completa la población de... —estallo «el Gordo» antes de que pudiera detenerse a refrenar sus palabras.

Bruce Cadogan Cavendish, con la celeridad de un rayo, empuñó la barra de hierro, dispuesto a descargarla sobre la cabeza del imprudente.

—Prosigue —suspiró «el Gordo»—. He olvidada por completo lo que pensaba decir. Sin duda se me ha ido el santo al cielo.

—Abundaban en aquella ruta tierras caprichosamente brutales —dijo; e interrumpiendo de súbito la narración, exclamó: —¿Tú has leído la historia del lobo de mar?

—Sí, pero tú no eres el lobo —intervino «el Patillas», afirmando sin mucha certeza ni seguridad.

—Indudablemente que no —replicó «el Seco» con un gruñido—. El lobo de mar murió. ¿No es así? Y yo vivo todavía.

—¡Sin duda! ¡sin duda! —concedió «el Patillas»—. Un par de años atrás, cayó de cabeza al limo del fondo, desde el muelle de Victoria, y se ahogó.

—Como os iba diciendo... y no admito interrupciones —prosiguió Bruce Cadogan Cavendish—, abundaban en aquella ruta comarcas bestialmente caprichosas. Estuve en Taki-Tiki, isla baja que políticamente pertenece a las Salomón, pero que geológicamente nada tiene que ver con este archipiélago, puesto que lo integran islas altas. Etnográficamente, corresponde a Polinesia, Melanesia y Micronesia, porque gravitaron hacia ella todas las razas del Pacífico a bordo de sus canoas, resultando de tan compleja mezcla de sangre

una casta degenerada y extraña. Desde el punto de vista biológico, se hallan en la isla de Taki-Tiki los posos del hondo abismo humano. Yo conozco perfectamente el fondo de este abismo de que os hablo.

»Trágicamente bestiales y caprichosas se deslizaban aquellas horas de mi vida, ya sacando a flor de agua conchas de mar, ya pescando en bêche-de-mer, ora comerciando con argollas de hierro y hachas que vendía a cambio de copra y marfil vegetal, bien cazando negros o dedicándome a otros menesteres propios de semejante oficio. Para mejor inteligencia vuestra, os aclararé que las conchas de mar son el patrón monetario de los salvajes y que éstos se entienden con los reclutadores por medio de un inglés enrevesado y deforme que llaman por aquellas islas béche-de-rner. Aún en el propio país de Fidji corrían entonces tiempos duros para el Lotti, puesto que los caciques de las aldeas negras solían todavía comer “cerdo largo”, esto es, devorar a los hombres blancos. Hacia el Oeste reinaba la fiereza más bestial y primitiva que pueda imaginarse. Era el país de los negritos de ensortijada cabeza, antropófagos desde el primero al último, con su jack-pot rebosante de riquezas...

—¿Jack-pot has dicho? —preguntó «el Gordo».

Y en vista del ademán colérico que creyera advertir en el interrumpido, añadió:

—Ten en cuenta que ni Delarouse ni yo hemos visitado jamás las islas del Oeste.

—Todos los antropófagos se dedican a la caza de cabezas, que son cotizadas a muy alto precio, sobre todo si pertenecieron a hombre blanco. Suelen decorar con ellas las canoeras y las casas de los doctores brujos. Cada aldea salvaje circula su jack-pot que todos contribuyen, y quien trae la cabeza de un blanco arrambla con la olla. Cuando transcurre algún tiempo sin que nadie traiga una cabeza, suele adquirir proporciones inusitadas el tesoro acumulado. Caprichosamente brutal, ¿no es así?

»Yo lo sé bien. En cierta ocasión maté al piloto holandés que me acompañaba por las islas negras y obtuve para mí el jack-pot. Fue de la siguiente forma. Anclábamos entonces en Langa-lui. Venía con nosotros a bordo un timonel negro, llamado Juanito, natural de Port Moresby, con quien convine la trama. Una noche cercenó la cabeza del piloto y huyó con ella tierra adentro, mientras yo simulaba perseguirle a tiros. A cambio de la cabeza le entregaron un magnífico jack-pot. Ni que decir tiene que al siguiente día envié en su busca un bote de desembarco, con dos de escolta, para que le guardaran las espaldas, en donde recogí al negro con su botín.

—¿Y cuánto importó la olla? —preguntó «el Patillas»—. He oído hablar

de una que valió en Orla cerca de ochenta libras.

—Consistía en cuarenta cerdos rollizos —replicó «el Seco»—. Cada uno de los cuales valía una braza de conchas marinas, que equivale a una libra, de suerte que la olla me vino a salir por unos doscientos dólares en carne de cerdo. Contenía, además, noventa y ocho brazas de conchas, que en moneda cristiana equivalen a otras tantas libras y a poco menos de quinientos dólares. Dividí el botín en cuatro partes, de las cuales una correspondía a Juanito, otra al barco, la tercera para mí como propietario del mismo y la cuarta para el patrón, que también era yo. Juanito no se quejó nunca del reparto. En toda su vida no había poseído tantos dineros juntos. Además, le regalé un par de camisas viejas del piloto asesinado, cuya cabeza imagino que todavía ornará las paredes de alguna canoera.

—Entierro no muy cristiano, por cierto —observó «el Patillas».

—Pero muy lucrativo —replicó «el Seco»—. El cuerpo del piloto sirvió de alimento a los tiburones, que no tuvieron ni para un bocado. Locura habría sido haberles arrojado una cabeza que valía más de ochocientos dólares.

»Bueno; sea como fuere, lo cierto es que hacia el Poniente, se gastaban bromas tan grotescamente bestiales como ésa. No os diré los aprietos que pasó en tierra de Taki-Tiki; sólo quiero relataros que me hice a la vela con doscientos negros para las plantaciones de Tierra de la Reina; pero como mi manera de reclutarlos no pareció demasiado católica a las autoridades británicas, y como dos cruceros peinaban el mar con la sana intención de cazarme, hube de cambiar el rumbo y bogar hacia Poniente, para desembarcar el cargamento de esclavos en las plantaciones españolas de Bangar.

»Era la estación de los tifones. La Merry Mist, que quiere decir “niebla jovial”, era una goleta de recia y resistente armadura, o por lo menos así la creí yo hasta el día en que el tifón nos sorprendiera. No he visto jamás un mar semejante. La recia armadura se hizo añicos. Saltaron las vergas a un latigazo de mar, se hicieron astillas las casetas de cubierta, fueron arrancados de raíz barandillas y rieles, y comenzaron a ceder las planchas. Repararnos como el diablo nos diera a entender los restos de un bote, y a él nos confiamos, mientras que el mar daba al traste con la ruina de mi goleta. Arriamos el bote. El carpintero y yo fuimos los últimos en saltar dentro. Éramos tan sólo cuatro hombres.

—¿Se perdieron todos los negros? —inquirió «el Patillas».

—Todos. Algunos se mantuvieron algún tiempo a flote; pero no creo que ninguno consiguiera ganar la orilla. Nosotros tardamos diez días en pisar tierra, bogando con el viento en popa durante casi todo el trayecto. ¿Qué pensáis que llevábamos a bordo en nuestra compañía? Botellas de ginebra y

cajas de dinamita. Es gracioso, ¿no? ¡Oh! Por supuesto, llevábamos también un pequeño depósito de agua, carne seca y galleta; lo suficiente para sostenernos hasta Tagalag.

»Ahora bien; Tagalag es la isla más desesperante del mundo. Brota del mar un cono volcánico, cercenado por el cráter del volcán. Por una ruptura penetra el mar hasta el interior del cráter, formando un puerto natural verdaderamente hermoso. Y esto es todo. Ni un solo ser puebla la isla. Son escarpadas las pendientes interiores y exteriores del cráter. Dentro de éste, a un lado, existe una pequeña extensión cubierta por un centenar de palmeras. Nada más, si no es algún que otro insecto. Repito que ni un solo ser de cuatro patas, siquiera fuese ratón, puebla aquella tierra inhóspita. Con sus palmeras y todo, cosa sorprendente, no ha podido dar abrigo al cangrejo de los cocoteros. Tan sólo majales de salmonetes que se acogen al abrigo del puerto, los más hermosos y rollizos que han visto mis ojos, se ofrecen para sustento del náufrago.

»Y todos cuatro desembarcamos en la pequeña playa, procediendo a levantar nuestra choza entre las palmeras, en donde depositamos la abundante carga de ginebra y dinamita. ¿No os causa risa? Es gracioso. Y así hubimos de pasar durante algún tiempo, a dieta de coco y ginebra. Ahora bien; yo no estoy tan enterado como Chauncey Delarouse en materias de religión, pero conservo alguna que otra idea primitiva, y con arreglo a ella, concibo el infierno a la manera de un bosque infinito de palmeras, henchido de cajas de ginebra y poblado por marineros náufragos. ¿No es gracioso? Hasta el diablo se desgañitaría riendo.

»Aquel régimen de alimentación era para chiflar a cualquiera. Como no podíamos digerir tanto coco, recurrimos a aplacar el hambre a fuerza de ginebra. Al cabo de dos semanas, un marinero holandés, por nombre Olaf, cuando tanto él que lo hizo como nosotros que le contemplamos estábamos rebosantes de alcohol, concibió la gran idea. Le vimos introducir un trozo de mecha en un cartucho de dinamita y acercarse después, tambaleando, hacia el bote.

»Pensó que intentaba pescar algún salmonete para enriquecer la comida; pero como el sol quemaba y no tenía ganas de moverme, esperé tumbado a que la suerte le favoreciera.

»Media hora después oímos una detonación. Olaf no volvió nunca. Aguardamos hasta que el crepúsculo refrescara la temperatura para descender a la playa. Allí estaba el bote, íntegro, balanceándose al beso de la brisa tenue; pero Olaf había desaparecido. No volvió a comer coco jamás. Regresamos más desesperados que nunca hacia nuestras palmeras, donde el contenido de otra botella de ginebra nos sirvió de lenitivo.

»Al siguiente día, anunció el cocinero que prefería probar suerte con la

dinamita, antes que permanecer eternamente a dieta de coco. No conocía cómo las gastaba la dinamita, pero estaba al cabo de la calle en lo que se refiere a la digestibilidad del coco. Le vimos coger un cartucho, introducir la mecha, apurar un par de tragos y alejarse hacia el exterior del cráter, con gran tranquilidad y sosiego.

»Acaecieron las cosas lo mismo que el día anterior. Oímos la detonación. A la hora del crepúsculo nos acercamos hacia la playa, y en el bote recogimos los restos del cocinero. No eran muchos, pero suficientes para un funeral.

»El carpintero y yo aguantamos aún dos días. Luego echamos a suertes y le tocó a él el turno. Nos separamos con gruesas palabras por toma y daca unos tragos de ginebra; él, porque quería saciarse; yo, porque no le consentía tamaño desperdicio delpreciado licor. Además, el carpintero llevaba en el cuerpo más del que le cabía, como lo proclamaban los tropiezos y eses que dibujaba al andar.

»Acaeció lo mismo que en días anteriores, salvo que el maldito me dio más quehacer al enterrarle, porque sólo había preparado medio cartucho. Al siguiente día me apresté para la prueba, luego de haber fortificado mi valor con suficiente ginebra, a fía de osar afrontar la dinamita. No preparé nada más que un tercio de cartucho, con la mecha breve, rajada en dos por el extremo, a fin de asir la cabeza del misto de seguridad. En esto enmendé los procedimientos de mis camaradas. Ellos habían de utilizar mechas muy largas, de suerte que, cuando descubrieran un majal de salmonetes, habían de encender la mecha y esperar a que se quemara hasta el borde del cartucho antes de arrojarlo. Si lo arrojaban demasiado pronto, no reventaría en el instante de rozar con el agua, en tanto que al choque saldrían huyendo los peces atemorizados. ¡Extraordinaria sustancia es la dinamita! Hoy, a pesar de todo, continúo creyendo en la mayor excelencia y seguridad de mi procedimiento.

»Al cabo de remar cosa de unos cinco minutos, descubrí una tropa de peces, tan rollizos y tentadores que me escocía en la nariz el olor del asado. Ya estaba yo en pie, el fuego en una mano, el cartucho en la otra; de súbito me flaquearon las piernas. Acaso fue por culpa de la ginebra, tal vez la ansiedad, quizás el hambre; lo cierto es que me estremecí tembloroso, que por dos veces fallé al intentar encender la mecha, que al fin lo conseguí y que observé deslizarse la llama a través del combustible.

»No sé lo que harían los otros. Sólo sé que, como quien muerde el fruto y arroja el tallo, así yo lancé el cartucho en dirección al lugar por donde plácidamente cruzaba el majal de salmonetes, y en compañía del cartucho salió por el aire el brazo que me falta...

El «Seco» escudriñó la lata de conserva, y no encontrando en ella el agua que buscaba para la mezcla de alki, se puso en pie y acercóse a la margen del

río.

—¡Ay! —dijo.

Al cabo de unos minutos estaba de vuelta. Mezcló la debida cantidad de agua fangosa con el alcohol, apuró un trago solitario y tendido y púsose a contemplar con ojos de amarga acrimonia las caprichosas fulguraciones de la hoguera.

—Bueno... —sugirió «el Gordo»—. ¿Y qué aconteció después?

—¡Oh! —replicó «el Seco»—. Luego, como es de suponer, la princesa se casó conmigo...

—Pero tú estabas solo. No existía princesa que lo valga... —gritó bruscamente «el Patillas», para callarse después lleno de turbación.

El «Seco» miraba a la hoguera sin pestañear, como si los ojos estuviesen clavados en las llamas.

Percival Delaney y Chauncey Delarouse se miraron. Calladamente, en medio de un silencio solemne, se ayudaron mutuamente a empaquetar los respectivos hatillos con el único brazo que a cada cual le quedaba, y sin hacer ruido, hato al hombro, se alejaron del círculo de luz indecisa que, como un nimbo de radiación abierto en las tinieblas de la noche, circundaba la hoguera. Y hasta que hubieron trepado al terraplén del ferrocarril no cambiaron estas breves palabras:

—Un caballero no hubiese obrado de tal forma —dijo «el Patillas».

—No, no hubiera obrado de tal forma un caballero —asintió «el Gordo».

COMO ARGOS EN LOS HEROICOS TIEMPOS

Corría el verano de 1897. En la familia Tarwater había gran revuelo y consternación. El abuelo Tarwater, después de haber estado sumiso y callado durante más de diez años, parecía sublevarse de nuevo. Era entonces la época de la fiebre de Klondike. Cuando el abuelo cantaba, síntoma indudable de que el acceso febril había comenzado. Sólo sabía una canción, y aún de ésta nada más que tres renglones de la primera estrofa. Y la familia no ignoraba que sentía la antigua comezón en los pies, y en el alma el cosquilleo de la vieja locura cuando, antes con rudo graznido y con cascado falsete ahora, rompía a cantar:

Como Argos en los heroicos tiempos,

abandonamos nuestra dulce patria,
tum-tum, tum-tum, tum-tum, tum-tum,
para bogar en pos del vellocino de oro.

Diez años atrás, cuando le diera la fiebre por ir a las minas de oro de la Patagonia, había entonado también la vieja canción con el aire musical del Gloria Patri. La familia se le había echado encima, y no sin grandes trabajos y fatigas consiguió reducirle. Una vez que todas las intenciones y procedimientos hubieron fracasado, le enviaron un picapleitos con la amenaza de inhabilitarle para el manejo de sus asuntos y de confinarle, si fuera preciso, en el asilo de alienados de la provincia: la cual era muy razonable medida, tratándose de un hombre que veinticinco años atrás había dilapidado todos sus bienes, excepto diez miserables acres de tierra que aún le quedaban en California, y que de entonces acá no había demostrado mayor acierto en el manejo de sus asuntos.

Los abogados produjeron en Juan Tarwater el mismo efecto que las cataplasmas de linaza; porque, a su entender, eran ellos quienes le habían despellejado, arramblando con las ricas haciendas de los Tarwater. Así, pues, en la época de la fiebre de Patagonia, el solo anuncio de tan drástica medicación le había curado, como por ensalmo, de su dolencia. Y con esto demostró que no era tan loco como le creían, renunciando, con gran alegría de todos, a Patagonia y a sus minas de oro.

No tardó el abuelo en dar señales de enajenación. Sin ser requerido para ello, hizo cesión en favor de su familia de los diez acres malos, de la casa, del granero, de las construcciones adjuntas a la finca y de las acequias y riegos. Asimismo entregó los ochocientos dólares que le quedaban en el Banco, únicos que habían sobrevivido al naufragio de su fortuna. Con lo cual, en lo sucesivo no volvieron sus familiares a repetir la amenaza de reclusión en el manicomio, ya que semejante medida hubiera invalidado necesariamente todo cuanto acababa de hacer.

—Parece que estuviera el abuelo disgustado —dijo María, la hija mayor, abuela ya a su vez, cuando entró el viejo echando humo.

Sólo había retenido para sí, de sus bienes, un tronco de caballos, una carreta de montaña y la habitación que ocupaba en la vieja casona, donde bullía un hormiguero de hijos y nietos. Además, a fin de no ser gravoso a nadie, solicitó y obtuvo del Correo de los Estados Unidos la contrata para llevar la correspondencia dos veces por semana desde Kelterville, aldea empinada en la montaña Tarwater, hasta Vieja Almadén, que era una especie de mina de plata esporádicamente excavada en los pastizales altos de la comarca. Con sus dos pencos viejos y el carromato añoso hacía sus dos viajes semanales, que le absorbían todo el tiempo y cuidados. Y cuenta que durante

diez años, con lluvia o con sol, no había faltado jamás a sus deberes. Tampoco dejó ni una sola vez de entregar a María todas las semanas el importe del hospedaje y alimentación. Había fijado, durante la convalecencia de sus fiebres patagónicas, el precio de este hospedaje, y estrictamente lo venía pagando desde entonces, aunque tuviera que renunciar al tabaco, a fin de poder cumplir como Dios manda.

—¡Uf! —dijo confidencialmente a la arruinada turbina del viejo molino Tarwater, que él construyera, lustros atrás, para moler el trigo de los primeros colonos—. ¡Uf! Te aseguro que mientras me pueda valer no me meterán en el asilo de los pobres. Y no teniendo como no tengo ni un centavo de mi propiedad, no osarán echarme un abogado, como quien azuza a un perro...

¡Y sin embargo, en aquellas medidas prudentísimas del viejo Tarwater fundamentaban todos la chochez o demencia que atribuían al abuelo!

Por primera vez había entonado su himno de «Como Argos en los heroicos tiempos», allá por el año 1849, cuando a los treinta y dos de su edad, violentamente atacado por la fiebre de California, vendió doscientos cuarenta acres que en Michigan poseía, vírgenes todavía los cuarenta, por el precio mezquino de cuatro yuntas y un vagón, con los cuales partió a través de las llanuras.

—Y luego cruzamos por Fort Hall, por donde ascendía la emigración del Oregón hacia el Norte, y descendimos a California —contaba el viejo para poner punto final a la narración de tan arduas jornadas—. Bill Ping y yo solíamos cazar osos pardos en los matorrales agrestes de Charca Escondida, en el valle de Sacramento.

Siguieron luego años de minería, de acarreo, de fatiga, hasta que, cediendo a la sed de la tierra, característica de su raza, asentó definitivamente en el distrito de Sonoma, gracias a los ahorros que durante sus años de aventuras había hecho.

Ahora, durante aquellos diez años que llevaba transportando el correo de las aldeas de Tarwater al valle y a la montaña del mismo nombre, por enormes extensiones de tierra que habían sido suyas antaño, solía acariciar el viejo el ensueño de recuperar la tierra antes de morir. Y por eso, erguida su figura flaca como en los buenos tiempos, destellando fuego azul por sus ojillos diminutos orlados de arrugas, el abuelo Tarwater entonaba una vez más su antigua canción.

—Ahí lo tienes, escucha —dijo Guillermo Tarwater.

—Como si no hubiera nadie en casa —dijo riendo Harris Topping, jornalero de la hacienda, que casado con Ana Tarwater, había tenido de ella la friolera de nueve criaturas.

Se abrió la puerta de la cocina para dar acceso al anciano, que venía de poner el pienso a sus caballerías. Había cesado ya el rumoreo de la canción. María, irritada en parte por el escozor de una quemadura que se había hecho en la mano, y en parte por la díscola condición de un nietecito que, a voz en grito, protestaba contra unas papillas de leche y pan, recibió en actitud de hurón al anciano, diciéndole:

—Ya no sienta bien a tus años esa canción del diablo; ha pasado para ti la edad de correr hacia las nieves de Klondike. Esa canción no sirve para nada.

—Pudiera ser, hija mía —repuso el viejo serenamente—. Todavía me creo con vigor suficiente para soportar las fatigas de Klondike, y aún para amontonar allí oro con que recobrar las tierras de Tarwater.

—¡Chocheces de viejo! —intervino Ana.

—No podrías recuperarlas por menos de trescientos mil dólares y algo más —añadió Guillermo para desorientarle.

—Si yo hubiera ido a Klondike habría traído más de trescientos mil —repuso plácidamente el anciano.

—¡Santo Dios! ¡Si no puedes tenerte en pie, y hablas de marcharte!... Este hombre ha perdido el juicio —gritó María—. Además, las travesías por mar cuestan su dinero.

—Antes solía yo tener dinero —dijo en tono humilde el abuelo.

—Antes era antes y ahora es otro tiempo. Como no puedes irte, olvídalo —aconsejó Guillermo—. Pasaron los tiempos de andar vagando por el mundo con Bill Ping, cazando osos. Ya no quedan osos. En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño, abuelo.

—Sin embargo...

Pero María le interrumpió, y echando mano brutalmente a un periódico que estaba extendido sobre la mesa de la cocina, se lo pasó al viejo por delante de las narices.

—¿Qué dicen de Klondike estos hombres? Ahí tienes. Sólo la gente robusta y joven puede soportar aquella tierra. Es peor que el polo Norte. Allí se han dejado la pelleja miles de aventureros. ¡Mira, mira las fotografías! Tú le sacas más de cuarenta años al más viejo de todos...

Juan Tarwater miró, pero sus ojos se desviaron hacia otras fotografías que llenaban la parte superior de la página sensacional.

—Mira, en cambio, las fotografías de las palacras que han traído de allá —dijo—. Yo conozco muy bien el oro. Si pudiera marcharme a Klondike...

—El abuelo está loco —gruñó Guillermo.

—¡Bonita manera de hablar a tu padre! —le riñó dulcemente el anciano Tarwater—. El mío me hubiera roto a palos las costillas si le hubiese hablado alguna vez de esa manera.

—Pero es que tú estás loco, padre... —comenzó a decir Guillermo.

—Reconozco que tienes razón, hijo. Mi padre, como no estaba loco, no me lo habría tolerado...

—Se conoce que el viejo ha leído algunos artículos en donde se referirá el triunfo de ciertos hombres que habían comenzado sus aventuras después de los cuarenta —añadió Anita.

—¿Y por qué no, hija mía? ¿Por qué no ha de poder triunfar un hombre a pesar de sus setenta años? Fíjate que sólo tengo setenta años. Los cumplí el otro día. Quién sabe si podría triunfar todavía con sólo que pudiera llegar a ese Klondike...

—Como no has de poder, es inútil que te molestes —chilló María como un escopetazo.

—¡Bueno! ¿Qué le vamos a hacer? A falta de otra cosa nos iremos a dormir, y fuera de discusiones —dijo el abuelo.

Se puso de pie. Era alto, flaco, nudosas las articulaciones y enjutos los miembros. Una espléndida ruina de hombre. Las patillas y desgredados cabellos aparecían ya blancos como mechones de lana, y hasta el vello de las manos salpicaba de nieve la piel tostada de oro. Se acercó a la puerta. Suspiró y se detuvo un instante, antes de desaparecer, para mirarlos a todos.

—No puedo resistirme. Siento una comezón en las plantas de los pies que me arrastra —dijo en tono quejumbroso.

A la siguiente mañana, mucho antes de que la familia bulliese por la casona, a la luz de una linterna, dio el pienso, enjaezó los caballos, se cocinó un almuerzo frugal y partió por la carretera de Kelterville hacia el valle de Tarwater. Dos cosas insólitas había en aquel rutinario viaje que por milésima vez emprendía desde que se contratara con el correo: en lugar de conducir el carromato hacia Kelterville, como solía, dio la vuelta hacia el Sur, tomando la carretera de la Santa Rosa. Aún era más sospechoso el otro detalle; esto es, un paquete que envuelto en periódicos llevaba debajo de los pies en el pescante, conteniendo el único vestido decente que le quedaba, el negro, el que María no quería que usase porque pensaba conservarlo para la mortaja del abuelo.

Ya en Santa Rosa, vendió el vestido a un ropavejero a cambio de dos dólares y medio. El mismo hombre le dio cuatro dólares por el anillo de bodas de su difunta esposa. El tronco de caballos y el carromato se liquidaron, a su

vez, en setenta y cinco dólares, de los cuales sólo veinticinco le fueron entregados al contado. Tuvo la suerte de topar en la calle con Alton Granger, a quien pidió diez dólares que le había prestado en el año 1874, y de los cuales nunca, por no tener necesidad de ellos, le había hecho mención. Recordó a Alton el asunto, y el hombre, viniéndose a razones, le pagó sin chistar. Luego habló con el borracho del pueblo, a quien más de una vez había convidado a unas copas, y le pidió prestado otro dólar, con el cual y lo otro tomó, finalmente, el tren de San Francisco.

Doce días después desembarcaba entre la avalancha de expedicionarios en la playa de Dyea, con sus ropas viejas y un saco de mantas al hombro. La playa era una casa de orates o una olla de grillos. Diez mil toneladas de Dertrechos y enseres se hacinaban en montones a troche y moche, y más de veinte mil hombres de todas castas y raleas bullían por entre aquel mare mágnum de bultos. El transporte a espalda de indio por Chilcoot hasta el lago Linderman había subido, desde diez y seis centavos la libra que antes costaba, hasta treinta, lo cual venía a ser a razón de seiscientos dólares la tonelada. El invierno subártico se cernía lóbrego en la cercanía. Nadie ignoraba que de los veinte mil hombres allí reunidos, contados serían los que pudiesen cruzar los pasos peligrosos, habiendo de aguardar el resto al deshiele de la primavera.

Y en aquella playa inhóspita plantó sus pies el viejo Juan Tarwater. Inmediatamente emprendió la ruta de Chilcoot, camino adelante, canturreando la vieja canción, sin preocuparse de transportar sus pertrechos, porque no los tenía. Aquella noche durmió en la ribera arenosa, a cinco millas más allá de Dyea, donde comienza la navegación en canoa, donde el río se transforma en un monte de aguas despeñadas que se precipitan por un cañón negro, alimentadas por los glaciares de más altas comarcas.

Al amanecer del siguiente día, descubrió a un hombrecillo menudo, tan liviano, que no pesaría más de cuarenta y cinco kilos, que, calzado con unas abarcas, cruzaba a lo largo, bajo un saco de cien libras de harina que llevaba atado por medio de unas correas a la espalda. El hombrecillo se tambaleó de pronto, lióse con las rústicas abarcas y cayó de bruces en un remanso quieto, donde las aguas apenas alcanzaban medio metro de profundidad. Allí permaneció inmóvil, somorgujado, ahogándose plácidamente. No es que anhelara morir, ni que tan sin resistencia rindiera la vida, sino que el exorbitante peso del saco no le dejaba levantarse.

—Gracias, señor —dijo a Tarwater, luego que estele hubo arrastrado sano y salvo a la orilla.

El hombre se descalzó las abarcas para vaciarlas, porque se habían llenado de agua. Entretanto, él y el viejo charlaban. Luego sacó de un bolso de cuero una moneda de a diez dólares, y la ofreció, obsequioso, a su salvador.

El abuelo Tarwater engrameó la cabeza y comenzó a tiritar, porque se había empapado las piernas hasta las rodillas en las heladas aguas del Dyea.

—No admito nada —dijo—. Lo que sí haría de buen grado es compartir contigo amistosamente un buen almuerzo.

—Pero ¿es que no has almorzado? —preguntó el hombrecillo.

Tendría más de cuarenta años, y según dijo, se llamaba Anson.

—Ni un bocado —replicó Tarwater.

—¿Dónde tienes tus pertrechos? ¿Van río arriba?

—No tengo pertrechos de ningún género.

—Entonces, ¿es que piensas comprar las provisiones en el interior?

—No tengo ni un solo dólar con que adquirirlas, amigo. Todo lo cual, por el momento, no me importa tanto como un almuerzo caliente.

En el campamento de Anson, a un cuarto de milla más allá, encontróse Tarwater con un joven de unos treinta años, hosco, delgado, con cara roja de bebedor de whisky. Estaba echando blasfemias al arrimo de una hoguera donde la leña húmeda de sauces y mimbreras no quería arder. Charles, que así se llamaba el gruñón, recibió de mal talante al viejo, descargando sobre él su encono y disgusto; pero Tarwater, que era de natural blando y apacible, hízose el desentendido y se puso a encender la rebelde hoguera. Aprovechó la brisa helada del amanecer para hacer tirar a la chimenea de piedras, que el otro, menos hábil, había obstruido. Y logró producir más llama con menor cantidad de humo. Luego llegó el tercer hombre de la pandilla, Bill Wilson, o Big Bill, como solían llamarle, con un bulto de ciento cuarenta libras a la espalda. Charles echó a perder el almuerzo que tan gustoso se presentaba para Tarwater. Las gachas estaban a medio cocer, el tocino hecho un carbón, y el café, que tanto agradaba al viejo, pura aguachirle.

Fue devorado el almuerzo en un santiamén, a pesar de su torpe condimento, y los tres socios, asiendo sus correas de carga, descendieron en busca del equipaje restante, que había quedado en el último campamento, a una milla de distancia, rastro abajo. El abuelo Tarwater encontró bien pronto faena. Lavó las fuentes y platos, remendó un portabultos roto, afiló el cuchillo de la cocina y el hacha de campo, y ató las picas y palas en un paquete, de más fácil manejo y transporte.

Le había intrigado durante el almuerzo cierto miramiento impregnado de terror con que Anson y Big Bill permanecían ante Charles. Un día, muy de mañana, cuando Anson descansaba luego de haber transportado un bulto muy pesado, Tarwater le manifestó delicadamente esta observación suya.

—Mira, así son las cosas —respondió Anson—. Hemos dividido la capitania de la expedición. Estamos especializados. Yo soy carpintero. Cuando llegemos al lago Linderman y haya que podar y desmochar árboles con que construir nuestras almadías, yo dirigiré los trabajos. Big Bill es minero. Por lo tanto, él dirigirá la operación de minería. El más capacitado capitanea las faenas de los demás. Ya tenemos allá arriba la mayor parte del equipaje. Nuestro cuarto socio, a quien no conoces todavía, está allá dirigiendo a las reatas de indios que lo transportan hasta lo alto de Chilcoot. Se llama Liverpool y es marinero. Por eso, cuando hayamos construido las almadías, él nos dirigirá por los lagos y cascadas de Klondike.

—¿Y cuál es, si se puede saber, la especialidad de ese Mr. Crayton? —preguntó Tarwater señalando a Charles.

—Éste es hombre de negocios. Él dirigirá la organización y desarrollo de nuestros asuntos, cuando llegue el caso.

—¡Hum! Buena fortuna es haber reunido tantas y tan buenas especialidades para el camino.

—Más que buena —asintió Anson—. Y todo ha sido pura casualidad. Cada cual de nosotros partió a solas de su tierra. Nos encontramos en el vapor, viniendo de San Francisco e hicimos allí la compañía. Bueno. Es hora de que me vaya. No quiero exponerme a que Charles me dé un puntapié por no cargar los pertrechos que me corresponden. Debían, sin embargo, figurarse que un hombrecillo como yo, de apenas cincuenta kilos de peso, no puede humanamente transportar un fardo de ciento sesenta libras.

—Quédate ahí y prepáranos algo para comer —dijo Charles a Tarwater, cuando volvía con su segundo viaje de carga, al observar la destreza y habilidad del viejo.

Y Tarwater cocinó una comida digna de tal nombre. Lavó los platos, hizo una cena exquisita de guisantes y tocino, y coció en una sartén un pan tan gustoso, que los tres socios se chupaban los dedos de satisfacción. Lavada luego la vajilla, cortó para el almuerzo del siguiente día teas y astillas de leña, enseñó a Anson una zancadilla con que podría derribar a los hombrones más altos, cantó su «Como Argos en los heroicos tiempos», y relató, para distraer a los socios durante la velada, las grandes emigraciones a través de las llanuras, allá por el año 49.

—¡Gracias a Dios! La primera vez que tenemos una acampada agradable y reconfortadora desde que partimos de la playa —hizo notar Big Bill, golpeando el hornillo de su pipa y disponiéndose a quitarse las botas para acostarse.

—¿Han salido las cosas bien? ¿Estáis todos contentos? —preguntó el

abuelo Tarwater campechanamente.

Todos asintieron.

—Bueno, entonces voy a formularos una proposición, muchachos. Podéis aceptarla o rechazarla, pero escuchadme cortésmente primero. Tenéis mucha prisa por penetrar hacia el interior antes de que se eche encima la helada. La mitad del tiempo se le ha de ir a uno de vosotros en cocinar y limpiar cacharros, cuando pudiera estar transportando pertrechos. Si yo me encargase de la cocina, podríais hacer más de prisa el transporte. Además de que también yo puedo echaros una mano de vez en cuando, que, aunque viejo, todavía me quedan arrestos para cargar.

Big Bill y Anson comenzaron a asentir con la cabeza; pero Charles les detuvo, diciendo:

—¿Qué esperas de nosotros a cambio de los servicios que nos prestes?

—¡Oh! Eso lo dejo a vuestra discreción, muchachos.

—No se tratan así los negocios —intervino rudamente Charles—. Tú hiciste la proposición. Fija las condiciones.

—Bueno. Pues las condiciones serán de la siguiente manera...

—Antes que nada. ¿Crees que te vamos a alimentar todo el invierno? —interrumpió Charles.

—No, señor. No lo creo. Yo sólo deseo que me transportéis a Klondike en vuestro bote. Como veis, no pido gollerías.

—Pero si no tienes ni media onza de provisiones, abuelo. Te vas a morir allá de hambre.

—¡Hombre! Hasta hoy me he ganado la comida y nunca me ha faltado con que matar el hambre —replicó el viejo Tarwater con un guiño de picardía en los ojos—. Tengo setenta años y aún no me he muerto.

—¿Firmará usted un papel comprometiéndose a separarse de nosotros en cuanto lleguemos a Dawson? —preguntó el director de negocios de aquella improvisada compañía.

—¡Oh! Sin duda —le respondieron.

Charles cambió con sus socios una mirada de inteligencia, por donde dedujo que estaban contentos con el trato.

—Aún otra cosa, abuelo. Somos una compañía de cuatro socios, todos con voto equivalente en asuntos como el que tratamos. Ahora bien; el pollo Liverpool va allá adelante con la mayor parte del equipaje y es preciso consultar su opinión antes de convenir nada en definitiva.

—¿Qué tal carácter tiene el amigo? —inquirió Tarwater.

—Es un marinerote agrio y bronco. Tiene un pronto terrible.

—Es hombre muy turbulento —aclaró Anson.

—Y cuando revienta es capaz de poner a Dios en un brete —concluyó Big Bill.

Anson asintió con un cabeceo sentimental a las palabras del último.

—Bueno, muchachos —comenzó a decir el abuelo Tarwater—. Salí de California para llegar a Klondike, y he de llegar sea como fuere. Nada podrá detenerme, nada. Es absolutamente necesario que recoja por aquellas tierras trescientos mil dólares que me hacen falta para recuperar unas haciendas mías. Y no podrá detenerme nada, nada; porque, como es natural, he de hacerme con ese dinero. No me preocupa que el mozo tenga mal carácter, con tal que sea honrado. Por ahora seguiré con vosotros hasta que le encontremos, y si entonces él dice que no acepta mi proposición, trato roto y tan amigos como antes. Pero, sea como fuere, no me ha de decir que no; porque el hielo se echaría encima antes de que pudiera topar con otro encuentro tan propicio como el vuestro. Estoy seguro que he de llegar a Klondike. El mozo no me dirá que no. Estoy seguro.

El abuelo Tarwater vino a ser una figura llamativa entre tantas extraordinarias como se juntaban en aquellos rastros de aventureros. Los miles de hombres con su media tonelada de pertrechos a la espalda, que habían de recorrer cien veces el mismo camino, le reconocían y saludaban con el mote de «Padre Noel». Y él caminaba siempre cantando con su voz ajada el viejo himno de los argonautas. Los tres socios que le admitieron en su compañía estaban satisfechos y contentos de su trabajo. A decir verdad, sentía un poco de rigidez en las articulaciones y un si es no es algo de reuma, por lo cual andaba chascando los huesos y arrastrando las piernas; pero continuaba siempre adelante, como si los años se le volvieran alas; y hasta era el primero en madrugar todas las mañanas para que los compañeros, al levantarse, hallaran presto su almuerzo y su taza de café caliente y gustosa. Entre el almuerzo y la comida, o entre la comida y la cena, no le faltaba un hueco para cargar algún que otro bulto a la espalda. Setenta y cinco libras constituían el límite de su capacidad, y aún éstas habían de ser cargadas con ayuda ajena. Una vez quiso transportar un fardo de noventa libras, pero se desmayó por el camino y estuvo seriamente lisiado durante los dos días siguientes a la hazaña.

¡Trabajo! En un sendero donde hasta los acostumbrados a las más duras faenas aprendieron lo que son fatigas y trabajos, nadie ponía tanta alma ni esfuerzo en proporción a sus energías como el abuelo Tarwater. Arrastrábanse los aventureros anhelosamente ante la amenaza del invierno cercano,

espoledados por el incentivo de los ensueños de oro, sembrando por el camino las últimas migajas de sus músculos; algunos caían agotados y solos al borde del rastro, otros enloquecían aplastados bajo el fantasma del fracaso, y quienes, en fin, rompían a cuchilladas los tratos convenidos, derramando con su sangre la de los camaradas tan infelices y entenebrecidos como ellos.

¡Trabajo! El abuelo Tarwater podía avergonzarles a todos, a pesar de los chasquidos de sus rodillas, del reuma y de la tosecilla seca. Al amanecer y por la noche, en el rastro y en el campamento, en todas partes y a todas horas, resaltaba su actividad inagotable. Siempre estaba ocupado en algo, siempre respondía dulcemente a cuantos saludaban al «Padre Noel». A veces, los aventureros, agotados por la pesadumbre de su carga excesiva, solicitaban el apoyo de algún tronco o roca donde el anciano buscara alivio para la suya, y le decían: «Cántanos aquella canción antigua, abuelo». Y cuando el buen viejo hubiera satisfecho, anheloso y jadeante, las súplicas ajenas, se alejaban más animados bajo sus fardos enormes, como si la canción levantara los corazones desfallecidos.

—Si hay alguien que alguna vez se haya abierto el camino a fuerza de puños —solía decir Big Bill—, ese alguien es nuestro viejo Noel.

—Y tanto —confirmaba Anson—. Es una buena adquisición para nuestra cuadrilla, y en cuanto a mí, no tendría inconveniente en admitirle como socio...

—De ninguna manera —interrumpía entonces Charles Crayton—. Le llevaremos hasta Dawson, y una vez allí, que se las componga como pueda. Tal ha sido el trato. Si le permitimos estar con nosotros, vamos a tener que enterrarle el mejor día. Además, luego vendrá la época del hambre, en que será preciso escatimar cada onza de carne seca. No olvidéis que lo hemos de alimentar de nuestras propias provisiones. Ya sabéis lo que os quiero decir. Los vapores no podrán arribar a Dawson hasta bien entrado el mes de Junio, y aún nos quedan nueve meses. Si ahora despilfarramos, luego habremos de escatimar a costa de nuestras tripas.

—Bueno. Tú pones tanto dinero y pertrechos como cualquiera, y tu palabra no vale más que un voto —concedía Big Bill.

—Pues una cosa os digo —gritaba irritado Charles—. Con vuestros necios sentimentalismos vais a matarnos de hambre. Os aseguro que la época del hambre se avecina. He estudiado muy bien la situación. La libra de harina costará más de dos dólares, o diez o veinte, si hay quien la venda. Fijaos bien en lo que os digo. Luego no me echéis la culpa de lo que pase.

Por las llanuras sembradas de guijas redondas, según se asciende a través del cañón del Eedil o de Shepp Camp, allende los glaciares amenazadores y

eternos de Scales, y más allá aún, entre los acantilados salvajes por donde trepaban los aventureros arañando con manos y pies las rocas agrestes, el abuelo Tarwater encendía su hoguera, hacía su comida, cargaba, y no se olvidaba nunca de cantar. Cruzó el paso de Chilcoot, rebasada ya la linde de los bosques, y topó con el primer remolino de nieve autumnal. Y los que allá abajo, sin el arrimo tibio de una hoguera caritativa, acampaban cabe los párpados impíos del lago del Cráter, oyeron una noche, en lo alto, una voz primitiva y pura que entonaba un himno de esperanza:

Como Argos en los heroicos tiempos,
abandonamos nuestra dulce patria,
tum-tum, tum-tum, tum-tum, tum-tum,
para bogar en pos del vellocino de oro.

Y entre las ráfagas de nieve, bajo un fardo de sesenta libras, vieron aparecer la silueta alta y delgada de un anciano, cuyas blancas patillas parecían un copo más en la tempestad de nieve. Era el abuelo Tarwater, que transportaba los pertrechos del campamento.

—Padre Noel —clamaban por todas partes voces amigas—. ¡Viva el Padre Noel!

A dos millas más allá del lago del Cráter, yacía Happy Camp, que quiere decir «campamento feliz», así llamado porque lo bordeaban las últimas proyecciones de la región selvática, donde podían aún calentarse los aventureros al amor de las hogueras. Sólo crecían allí arbustos enanos, matorrales cuyas ramas rara vez se enhestaban entre el musgo, retorcidos y apelotonados como animales que se restregaran sobre la hierba. Allí, en medio del rastro que conduce a Campamento Feliz, bajo el primer rayo de sol que rompía la niebla de doce días, el abuelo Tarwater apoyó en una piedra enorme su pesado fardo, falto de aliento. En torno al peñasco pasaba la procesión de los aventureros, afanosos y jadeantes; volvían otros con sus correajes y cuerdas de carga al hombro, en busca de nuevos fardos. Por dos veces intentó reanudar nuestro hombre el camino, y otras tantas el temblor de los miembros le obligó a recostarse para recuperar nuevas fuerzas. Cerca del peñasco sintió palabras de bienvenida, reconoció la voz de Charles Crayton, y comprendió que, al fin, se habían encontrado con Young Liverpool. Charles pasó en seguida a tratar de sus asuntos. Tarwater pudo escuchar con toda claridad, sin ser visto, los desagradables informes que de su persona recibía Liverpool, así como el proyecto de que el viejo les acompañara hasta Dawson.

—Me parece un proyecto de imbéciles —afirmó Liverpool cuando Charles hubo concluido—. ¡Un viejo de setenta años! ¡A quién se le ocurre colgarse a la espalda con un viejo de los demonios, que tendrá ya media pata en la

sepultura! Si se avecina, como prometen, la época del hambre, nos harán falta para nosotros todas las provisiones que llevamos. Y no tenemos más que para cuatro. Imposible compartirlas con otro.

—Lo mismo pienso yo —oyó Tarwater que asentía Charles—. No te enfades de ese modo. El viejo taimado dejó en tus manos la elección definitiva para cuando te encontráramos. No tienes más que decir que no.

—Pero ¿crees tú que yo voy a permitir que el viejo se vuelva con las manos en los bolsillos, después de haberlo traído, aprovechándoos de su trabajo, a estas alturas? Lo que no teníais que haber hecho es traerlo desde Dyea hasta aquí.

—Es que la travesía que nos espera será muy dura. Tan sólo los hombres recios podrán soportarla, Liverpool —aconsejó aplacándole Charles.

—¿Y voy a ser precisamente yo quien le haga al viejo la cochinada? —se lamentaba Liverpool, mientras que el viejo sentía desfallecer su corazón.

—Así fueron las condiciones del trato. A tu arbitrio dejamos la decisión —dijo Charles.

Y el corazón del abuelo se irguió lleno de esperanza cuando escuchó que rasgaba el aire un ciclón de blasfemias piadosas, entre las cuales crujían, sentencias como las que siguen:

—¡Zorros cochinos!... Así os fuerais todos al infierno con vuestra imbecilidad... ¡Ya estoy decidido! ¡Maldito sea el demonio!... ¡El viejo idiota se viene con nosotros al Yukón, o no respondo de mí... ¿Que es arduo el camino, eh? Aún no sabéis vosotros lo que es arduo. Es preciso que yo os lo enseñe. Todavía voy a tirar todas las provisiones al infierno, como vuelva a oír que alguien intenta dejar al viejo en medio del camino... ¡Los hombres no obran así!... ¡Y si no, intentadlo, y veréis cómo arde Troya en el campamento! ¡Imbéciles!

Y con tal vigor fluía por la boca de Liverpool el torrente de juramentos y amenazas, que sin reparar siquiera en el esfuerzo, el anciano se irguió con su fardo a la espalda y holló, cantando, la senda de Campamento Feliz.

Desde aquí hasta el lago Grande, y desde el lago Grande hasta el lago Hondo, y más allá aún, precipitándose hacia Linderman, prosiguieron los aventureros jornadas agotadoras. Muchos hombres sentían desmayar su corazón, rendirse los hombros, desfallecer las piernas y agotarse, en fin, de pura extenuación. Más el invierno no falta jamás. Soplaron las rachas de aire frío a pleno pulmón, y empapados por las lluvias torrenciales o azotados por la cellisca, Tarwater y su cuadrilla fueron devorando las últimas migajas de sus provisiones.

No les quedaba nada. En medio del lago, a una milla por encima del torrente mugidor, hicieron un apostadero de ramas de abeto, sobre la cual asentaron su serrería, donde a puras manos, con un serrucho inadecuado, aserraron los troncos de abeto y los convirtieron en tablones. Trabajaban noche y día, sin descanso. El viejo Tarwater se desmayó tres veces una noche llevando a rastras troncos para la serrería. Durante el día cocinaba, y a las horas que esta labor se lo permitía ayudaba a Anson en la construcción del bote, cabe el torrente por donde descendían los tablones verdes.

Fueron haciéndose breves los días. El viento giró hacia el Norte y soplaba siempre como un huracán. Al amanecer, los hombres se arrastraban fatigosamente fuera de las mantas, y con los calcetines puestos desleían la escarcha pegada a los zapatos, gracias al fuego que Tarwater les había encendido tan de mañana. Hasta el Interior cundió la ola del hambre. Los últimos vapores de provisiones quedaron encallados en el hielo al Norte del mar de Bering, donde comenzaban las planicies del Yukón, cientos de millas al Norte de Dawson.

Se habían establecido nuestros hombres cerca del puesto de la antigua Compañía de la Bahía de Hudson en Fuerte Yukón, en el círculo del polo ártico. En Dawson la libra de harina valía dos dólares, sin que hubiera nadie que quisiera venderla. Los reyes de Bonanza y Eldorado, con más oro que bondad, tuvieron que salir al Exterior, porque no encontraban quien les vendiera provisiones. Los comités de mineros confiscaban todos los depósitos y existencias y ponían tasa a las raciones. Como a un perro se asesinaba a cualquiera de quien se supiese que tenía provisiones de boca.

Y bajo el esfuerzo brutal que había aniquilado a tantos hombres jóvenes y fuertes comenzó a quebrarse la resistencia del abuelo Tarwater. Tosía con tal estrépito y frecuencia, que si sus camaradas no estuvieran fatigados del día no les habría dejado dormir por la noche. Empezó a sentir tan frecuentes escalofríos, que apenas se vestía tenía que meterse de nuevo en la cama. No le quedaba en el saco ni una sola prenda que no llevase encima para guardarse del frío. Bajo multitud de prendas, se hinchaba su forma delgada y seca.

—¡Córcholis! —decía Big Bill—. Si se ha puesto ya toda la ropa ahora que no hace más de veinte bajo cero, ¿qué guardará para cuando descienda el termómetro a los sesenta o setenta, como suele?

Por fin arrastraron el bote torrente abajo por la montaña, y remaron a través de la ribera Sur del lago Linderman, en medio de una ventisca espesísima. Hicieron para la mañana siguiente sus planes y se dispusieron a partir hacia el diente del Norte, para una travesía larga de quinientas millas de lagos, torrentes, rápidos y gargantas peligrosas. Pero aquella noche, a la hora de acostarse, no estaba Liverpool en el campamento. Cuando volvió, todos sus

camaradas dormían. Llamó a Tarwater, se lo llevó a un rincón y le dijo misteriosamente al oído, para que los demás no se despertasen ni oyeran:

—Escucha. Te has ganado el pasaje en nuestro bote con toda honradez. Pero te habrás percatado de que te pesa encima un carro de años y de que tu salud no es tan vigorosa como deseamos. Si te vienes con nosotros, se te va a llevar en seguida el diablo. Déjame terminar. El precio de cada pasaje ha subido hasta quinientos dólares. Andando por esos andurriales he topado con un pasajero. Es un oficial de la Alaska Comercial y necesita partir. Se ha comprometido a entregarme seiscientos dólares a cambio de venirse en nuestro bote. Ahora bien; el pasaje es tuyo. Véndeselo, te embolsas seiscientos dólares y te vuelves a California ahora que el camino es bueno. Antes de dos días podrás estar en Dyea, y dentro de una semana en California. ¿Te hace?

Tarwater tosió, estuvo temblando un rato, y luego, rompiendo a hablar, dijo:

—Hijo, precisamente deseaba yo decirte una cosa. En el año 49 crucé las Llanuras con mi carreta y mis yuntas de bueyes. Sin perder uno, los conduje a California y cargué luego con ellos desde Fuerte Sutter hasta Barra Americana. Ahora me he propuesto ir a Klondike y no me podrá detener nada ni nadie. Montaré en ese bote con vosotros, y llevaré el timón y llegaré hasta los yacimientos de oro, donde tengo que desenterrar de entre los tremedales musgosos trescientos mil dólares que me hacen falta. Y siendo esto así, como indudablemente lo es, resulta contrario a la razón y al buen sentido imaginarse que yo pueda vender mi progenitura por un plato de lentejas. De todas suertes, te estoy muy agradecido, hijo mío, muy agradecido.

El joven marinero no pudo reprimir su admiración, y tendiendo la mano al viejo, le estrechó la suya impetuosamente, gritando:

—¡Vive Dios, que tú llegarás a Klondike! Ésa es la madera de que se hacen, los hombres.

Miró luego con no disimulado desprecio a Charles Crayton, que, dormido entre el montón de los camaradas, dejaba exhalar torpes ronquidos entre la barba roja, y añadió:

—Ése es de otra pasta, abuelo.

Y abrieron a puros puños su ruta hacia el Norte. Los precavidos, los que siempre llegan tarde, engrameaban la cabeza y les profetizaban que se helarían los lagos. Un día u otro podía llegar la helada; pero la demora ni la retardaba ni la impedía. Por eso Liverpool, que era osado, decidió lanzarse por la torrentera que une a Linderman con el lago Bennett, cargado el bote hasta la regala. Era costumbre lanzar los botes vacíos corriente abajo y conducir los cargados a través de las riberas. Muchos botes, vacíos y todo, habían

naufragado. Pero no era ya tiempo para tantas precauciones.

—¡Ea! ¡Ea marcha! —ordenó Liverpool, aprestándose a partir del banco para penetrar en los rápidos de la corriente.

El abuelo Tarwater engrameó su cabeza blanca, y dijo:

—Yo subiré al bote para cuidar de la carga, muchachos. Es la única manera de que pueda cruzar por esos inflemos. Necesito llegar a Klondike. Si yo me pego al bote, entonces, naturalmente, que llegará hasta donde sea preciso. Si yo me fuera, podíais daros todos por perdidos.

—No veo que haya ventaja alguna en sobrecargarlo —anunció Charles, saltando pronto fuera del bote, que en aquel instante se apartaba del banco.

—En lo sucesivo, mando yo, y todos acatan mis órdenes, amigo —gritó Liverpool, cuando la corriente asía al bote como con una garra invisible—. Ya no es ocasión para sortear a pie los rápidos ni para perder el tiempo aguardando a recogerte.

Charles tardó una hora en recorrer a pie lo que ellos cruzaron en diez minutos por el agua, y mientras que le aguardaban al comienzo del lago Bennett, conversaron con varios aventureros precavidos. Las noticias del hambre cundían como nunca. La policía del Noroeste, acuartelada al pie del lago Marsh, por donde los buscadores de oro penetran en el territorio del Canadá, impedían el paso a cuantos no llevaran consigo setecientas libras de provisiones. En la ciudad de Dawson mil hombres aguardaban con traíllas de perros y trineos a que cuajase la helada para aventurarse sobre el hielo. Las compañías de comercio no podían cumplir sus contratos de abastecimiento, y los socios disolvían los compromisos, sorteando quiénes podrían partir y quiénes habían de permanecer.

—Está bien claro —anunció Charles, cuando se enteró de lo dispuesto por la policía de la frontera—. Abuelo, podía usted volverse y dejarnos en paz.

—¡Sube a bordo, imbécil! —ordenó Liverpool—. Vamos a Klondike, y el viejo con nosotros. Quien no esté conforme que se vaya.

Una racha de viento favorable les hizo deslizarse por el lago Bennett, bogando a vela henchida bajo la hábil dirección de Liverpool. La carga pesada de las provisiones lastraba de tal modo a la embarcación, que Liverpool, como hábil marinero que era, no podía por menos de blasfemar cuando la ocasión lo requería. Cruzaron por el paso de Caribou, que une los lagos Tagish y Marsh. Y bajo un crepúsculo tormentoso atravesaron el difícil estrecho de Great Windy Arm, en donde vieron zozobrar a otros dos botes, pereciendo todos los buscadores de oro que los ocupaban.

Charles quiso aquella noche arrimarse a la orilla, pero Liverpool se opuso

y condujo el bote aguas abajo por el lago Tagish, sorteando la marejada de los bajíos y alfaques y cruzando por entre llamaradas de hogueras que, acá y acullá, advertían la existencia de náufragos o de tímidos argonautas. Serían las cuatro de la mañana cuando el marino despertó a Charles y le habló. El abuelo Tarwater, que tiritaba desvelado, oyó que Liverpool ordenaba acercarse a Crayton, y sin soltar el timón le decía:

—Ahora escucha, amigo Charles, y cierra la boca. Quiero que grabes una cosa en la mollera. El abuelo ha de pasar por donde están los puestos de policía, ¿comprendes? Es preciso que pase. Cuando examinen nuestras provisiones, hay que decirles que la quinta parte pertenece al abuelo, ¿sabes? Con esto ya sabemos todos lo que tenemos que hacer. Ahora bien; es posible que alguien se proponga impedirlo. Fíjate bien, es necesario que nadie traicione nuestros propósitos.

—Si piensas que quiero deshacerme del viejo... —interrumpió Charles, indignado.

—Tú lo piensas —le gritó Liverpool, haciéndole callar—. No te lo dije nunca. Pero déjame concluir: a mí no me importa lo que has pensado o dejado de pensar, sino lo que vas a pensar en lo sucesivo. Esta tarde próxima hemos de pasar por un puesto de policía, y es preciso que no se nos ponga ningún impedimento. Y no digo más, porque al buen entendedor, con media palabra basta.

—Si crees que yo he pensado siquiera en... —comenzó a decir Charles.

—Atiende —le chilló Liverpool—. No sé lo que has pensado, sino lo que has de pensar. Como dé la casualidad de que la policía se oponga al paso del abuelo, te prometo desembarcarte en la primera • ocasión donde nadie me estorbe, para darte la más soberana paliza que hayas recibido en tu vida. No creas que te voy a matar, eso no; pero dejarte medio muerto y molido para la eternidad, eso sí.

—¿Y qué voy a hacer yo?... —gimió Charles acobardado.

—Una cosa muy sencilla —concluyó Liverpool—. Agarrarte al viejo. Agarrarle tan fuerte y suplicando de tal manera a la policía que le deje pasar. Nada más que eso. Vuélvete ahora a tus mantas y rumia lo que te he dicho.

Antes de que arribaran al lago Le Barge, la tierra se cubrió de sábanas de nieve, que no se derretirían hasta dentro de seis meses. No pudieron arrimar el bote a la orilla por mor de los carámbanos de hielo que comenzaban a bordear las márgenes. Aún en el río y momentos antes de penetrar en el lago Le Barge, encontraron un centenar de botes de argonautas que habían sido arriados por miedo a la tempestad. Del Norte, por la corriente principal del lago, soplaba una ventisca. Tres mañanas estuvieron luchando contra la tormenta. Los copos

de nieve caían hechos piedras de hielo en la barca, de suerte que los tripulantes tenían que trabajar sin descanso para limpiar el bote. Mientras que los demás se rompían el alma contra los remos, el viejo Tarwater les frotaba los miembros con hielo para excitar la circulación de la sangre e impedir que se aterieran de frío.

Luego de estar luchando toda la mañana, agotados hasta la desesperación, se retiraban al abrigo, del río, esperando al amanecer del siguiente día para reanudar la batalla. Al cabo de cuatro jornadas pasaban de cuatrocientos los botes hacinados a la entrada del lago Le Barge, y los dos mil argonautas que los tripulaban temían que la ventisca helara de un momento a otro, para todo el invierno, las aguas del lago. Allende aquel lugar, continuarían precipitándose los rápidos tumultuosos durante algunos días, pero de no cruzar rápidamente el obstáculo inmediato, todos estarían condenados a seis meses de hielos perpetuos.

—Hoy cruzaremos el lago, cueste lo que cueste —anunció Liverpool—. Por nada del mundo volvemos atrás. El que se muera de frío asido a los remos, vivirá aún para impeler la barca hacia adelante.

En efecto, aquel día al anochecer, estaban a mitad del lago; pero siguieron remando sin cesar toda la noche. El viento se fue aplacando poco a poco. A veces se dormían de cansancio uncidos a los remos. Liverpool les despertaba de un mojiçón. Y así cruzaron el lago tormentoso, en una noche de pesadillas y ensueños lóbregos, mientras que las estrellas comenzaban a fulgurar en el cielo y la superficie del agua se apaciguaba en una sábana bruñida de plata, velándose bajo un tisú finísimo de hielo que crujía al golpe de los remos y se quebraba coa un chasquido persistente al paso de la nave de los modernos argonautas.

Cuando rompía el alba transparente y fría, penetraron en el río, dejando tras de sí un mar de hielo. Liverpool reparó en el anciano y le encontró inmóvil y casi exánime. Cuando hizo girar al bote con rumbo a los párpados de hielo que bordeaban las márgenes, con el propósito de hacer una hoguera a cuyo arrimo el abuelo se calentase, Charles no pudo por menos de alzar su protesta contra semejante pérdida de tiempo.

—No es asunto tuyo —le contestó Liverpool—. Yo soy el que dirige los viajes por agua. Así, que lo mejor para ti es que trepes en busca de leña. Tú, Anson, ve haciendo la hoguera. El abuelo no es tan joven como nosotros. En lo sucesivo es preciso llevar fuego a bordo para que se siente a su arrimo. Saca, Bill, la estufa que traigo en el bote.

Todo lo cual fue ejecutado tal y como lo dijo el marino, y en adelante, por las planicies del río cruzaba la barca de los argonautas como si fuera un vaporcito, echando humo por la chimenea de la estufa, y atracaba en los

alfaques, y hendía las corrientes y atravesaba los cañones y surcaba los rápidos, adentrándose hacia el invierno boreal. El Grande y Pequeño Salmón, cuando los cruzaban por la desembocadura, vertían una masa de gachas de hielo en la corriente, y del fondo del río surgían agujas que cubrían la superficie con espumas de cristal. Día y noche crecía en torno a las márgenes un párpado de hielo que se extendía ya a cientos de metros de la orilla. Y el abuelo Tarwater, vestido con todas sus ropas y sentado al lado de su estufa, mantenía el fuego y la esperanza. Ya no osaban detenerse ni de día ni de noche, por temor a la inminente cristalización del río, porque las aguas se espesaban por momentos.

—¿Cómo van esos ánimos, abuelo? —preguntaba Liverpool de vez en cuando.

—Alegre el corazón, hijo mío —había aprendido a responder el viejo—. ¿Qué podré hacer yo por ti, correspondiendo a tus bondades? —solía preguntarle Tarwater alguna vez, avivando el fuego, mientras le frotaba las manos ateridas de frío de tanto permanecer inmóviles, hincadas en el brazo del timón.

—Cántanos esa canción tuya del año 49 —le replicaba el marino.

Y Tarwater alzaba su vocecilla cascada, en tanto que la nave se balanceaba por entre las conchas flotantes de cristal. Y cuando arribaron, al fin, al banco de Dawson City, todos los oídos se aguzaban para sentir el himno triunfal:

Como Argos en los heroicos tiempos,
hemos abandonado nuestra dulce patria,
tum-tum, tum-tum, tum-tum, tum-tum,
para bogar en pos del vellocino de oro.

Y Charles lo hizo; pero tan discretamente, que ninguno de sus camaradas, ni aún menos el marino, se percataron de ello. Vio que venían dos barcazas llenas de hombres, y a su requerimiento le informaron que eran gente a quien el Comité de Seguridad devolvía por carencia de víveres al Yukón. Un vaporcito, el último que restaba en Dawson, había de remolcar a las barcazas. Aún esperaban poder llegar a Fuerte Yukón antes de que se helara el río. De todas suertes, fuese lo que quiera que aconteciere, Dawson se libraría de su presencia enojosa, salvando la integridad de las provisiones escasas. Enterado de tales pormenores, se presentó Charles sigilosamente al Comité de Seguridad, para soplar en secreto al oído de quien podía escucharle la situación del abuelo, su carencia de provisiones, su escasez de dinero, y por último su avanzada edad. Tarwater fue uno de los últimos congregados en las barcazas de la deportación, y cuando Young Liverpool regresaba al bote, vio

desde la ribera cómo las dos embarcaciones surcaban por entre las conchas de hielo, para desaparecer allende la montaña de Moose-hide, que quiere decir de la «piel de alce». Salvaron los deportados las apreturas del Yukón, por el canal que corría entre márgenes de hielo, y devoraron cientos de millas hacia el Norte, y sintieron cuajarse la escarcha en las mejillas. Allí, en el círculo del polo ártico, asentó el abuelo Tarwater, disponiéndose a pasar el invierno inacabable. Trabajaba todos los días varias horas podando leña para la compañía de vapores, con el producto de cuyo trabajo se mantenía. El resto de las horas las rumiaba desocupado, sin hacer más que invernar al abrigo de su choza de leños.

Calor y descanso, tranquilidad y abundancia de comida le curaron de su tos maligna y le mantuvieron en la mejor condición física que sus muchos años le permitían. Mas antes de las Navidades, la carencia de hortalizas frescas por una parte, y la holganza por otra, fueron causa de que cundiera el escorbuto, de suerte que, hoy uno, mañana otro, multitud de aventureros pagaron su tributo a la fatalidad en abyecta abdicación ante su mala estrella. No así Tarwater. Aun antes de que se presentaran en él los síntomas del mal, puso en práctica la mejor de las prescripciones, es a saber, el ejercicio. Con los hierros viejos que había desechado la compañía de correos, por inservibles, se confeccionó una colección de primitivos cepos y trampas, y valiéndose del capitán de uno de los vaporcitos, logró proporcionarse un rifle muy aceptable, con cuyo equipo abandonó las faenas de poda para consagrarse a más violentas ocupaciones. Ni desmayaba tampoco su corazón cuando comenzó a manifestarse en su naturaleza el escorbuto, antes bien, sin abandonar la ringlera de cepos encubiertos bajo el mantillo de la selva, entonaba la vieja canción de antaño. Y cuando los pesimistas intentaban conmover los fundamentos de su fe en los trescientos mil dólares de oro de Alaska, él se adentraba por los campos y cavaba por entre las raíces de los abetos.

—¡Pero hombre, si éste no es país de oro! —le decían.

—Cualquier sitio donde los encontréis, es país de oro, hijos míos —les respondía—. Yo he conocido a quien cavó sus minas antes de que vosotros vierais la luz del sol, allá por el año 49. ¿Qué era el estero de Bonanza sino un simple pastizal de musgo? Ni un solo minero volvía los ojos a mirarlo, y sin embargo, allí se lavaron gamelladas de quinientos dólares y se recogieron cincuenta millones de oro. Eldorado no era mejor. Todos sabéis que aquí precisamente, bajo esta misma choza o al otro lado de esa colina, pueden yacer millones en abundancia que sólo esperan la mano de un afortunado para resplandecer a la luz del sol.

Pero, a fines de Enero, vino el desastre para el anciano. Al querer capturar a cierto animalote que había sido cogido en uno de los pequeños cepos del abuelo, fue arrastrado éste de mala manera sobre la nieve apelmazada, y tan

espantosa fue su caída, que hubo de suspender la persecución del bicho, perdiendo el rastro y aún casi la vida. Duraba entonces el día el breve espacio de unas horas, como resquicio de luz abierto entre las veinte de tinieblas densas que consumía la noche. El viejo forcejeó como un titán para impedir que la noche se le viniera encima, dejándole perdido en el bosque, y a la luz del crepúsculo fatídico, ora cayendo, ora tambaleándose, agotó en inútil batalla sus energías desmembradas por los años. Afortunadamente, en los países del Norte suele suceder a las copiosas nevadas un sensible aumento en la temperatura, de suerte que en vez de los acostumbrados cuarenta a cincuenta grados bajo cero, se remonta el termómetro a quince de temperatura constante. Además, Tarwater iba bien cubierto de ropa y provisto de sus cerillas. Permaneció algunos días a solas en la selva. Al quinto día, para mitigar sus desventuras, quiso Dios que diera muerte a un alce herido, que no pesaría menos de media tonelada. Allí acampó, al arrimo de su víctima, en el hueco de un abeto carcomido, donde se aprestó a pasar el invierno, a menos de que alguna partida de buscadores lo encontrara o de que el escorbuto concluyera con su fortaleza y con su vida.

Al cabo de dos semanas no apareció rastro de pesquisas, pero en cambio el escorbuto había adquirido proporciones que dejaban poco lugar a la esperanza. Allá, al arrimo de su hoguera, en el hueco del tronco y abrigándose del aire frío del exterior por medio de una valla protectora de ramas de abeto, yacía acurrucado horas y más horas, unas veces dormido y otras desvelado. Poco a poco fueron haciéndose más regulares sueño y vigilia; padecía períodos de semilucidez y de ensueño poco profundo, según que el proceso de la invernada iba operando sobre su naturaleza. Poco a poco la chispa luminosa de la conciencia e identidad, la lucecita que le hacía sentirse Juan Tarwater, fuese somorgujando hacia los hondones de su ser, hasta el poso íntimo de su naturaleza, que había sido formada antes de que existiera el hombre, cuando él, primate de los animales, comenzaba a volver sobre sí mismo la mirada introspectiva para establecer los fundamentos de su moralidad sobre los cimientos de pesadillas pobladas por los monstruos de torcidos deseos e instintos desviados.

Como el febricente goza, entre los delirios de su mal, instantes de lucidez, así se desvelaba el abuelo Tarwater de vez en cuando, cocía su tajada de alce y encandilaba la hoguera con nuevo combustible; pero por momentos crecía la duración de los letargos, hasta el punto de que no sabía ya distinguir de entre el poso de su inconsciencia cuál era el sueño nocturno y cuál el diario. Y allí, en las criptas inolvidables de la historia humana, que ni ha sido escrita ni puede ser pensada o comprendida, como escenas de sueños febriles, como aventuras imposibles de lunático, descubrió él los monstruos engendrados por la moralidad del hombre primitivo. Y aun, a pesar del letargo, se debatía en aquel ovillo de fantasías, liberándose unas veces y enredándose otras entre sus

hilos innumerables.

En una palabra: bajo el peso de sus setenta años, a solas con la inmensidad de la selva solitaria del Norte nevado, el abuelo Tarwater, como embriagado por un anestésico, resucitaba en su alma la conciencia infantil del hombre primitivo. La muerte rociaba la frente del anciano con el polvo de oro de sus alas inquietas, y a la manera de su remoto precursor, el hombre niño comenzó a hilvanar mitos o imaginar hazañas del héroe Sol, transformándose a su vez en el semidiós legendario que boga por ignotos mares a la busca de un tesoro perdido.

O bien lograría dar al fin coa el tesoro (así se encadenaba la lógica inexorable del país de sombras de su inconsciencia), o se hundiría en el mar hambriento, en las tinieblas devoradoras de la luz, que se engullían todas las noches al sol de cada día... al sol que, vivificado, resurgía por Oriente en el regazo inmortalizador de oro y nácar del alba, convirtiéndose en el primer símbolo que inventara el hombre para imaginar su propia inmortalidad en un ciclo de reencarnaciones eternas. Y todo aquello era, en las simas de su inconsciencia (el Poniente sombrío, país de la noche donde la luz se extingue), el polvo impalpable de la muerte en que, poco a poco, se iba desmenuzando la vida del pobre abuelo Tarwater.

¿Cómo eludir al monstruo de las tinieblas que desde dentro de sí le iba devorando lentamente, hora a hora y día a día? Demasiado sumergido estaba ya para soñar siquiera en huir o en sentir el acicate de emprender la fuga salvadora. Para él había cesado ya la realidad. Parecía imposible que resucitase jamás de la cámara oscura de su propio ser. Los años eran una carga demasiado pesada; la debilidad en que la enfermedad le sumergía, invencible; el letargo y estupor del silencio y del frío, profundos e insondables. Imposible renacer de sí mismo. Tan sólo el choque vital del exterior podría sacudirle y agitarle, despertando en su conciencia la noción de la realidad; y si la naturaleza exterior no acudía en su auxilio, se zambulliría en el tremedal donde asientan las tinieblas su reino, donde la inconsciencia propaga el velo de nieblas de la extinción definitiva.

Pero, al fía, llegó desde el exterior la realidad salvadora, batiendo a los oídos del anciano sus atabales y chirimías en un torrente sonoro de vida y de luz. Durante veinte días, cuando la temperatura no había subido de cincuenta bajo cero, cuando no se agitó ni el más leve soplo de aire, cuando ni el sonido más ledó rasgó el silencio de la selva nevada, como el fumador de opio que reclinado en su lecho enfoca paulatinamente los ojos por entre el muro espacioso de sus delirios, en las estrechas paredes del fumadero, así el abuelo Tarwater abrió los ojos ante su hoguera moribunda, contemplando a un alce inmenso que atentamente le observaba, arrastrando una pierna herida y manifestando todas las señales de un agotamiento evidente. También •el alce

había estado errando a ciegas por el país de la nieve, y despertó a la realidad, pocos momentos antes, cabe la hoguera del anciano aventurero.

Pausadamente deslizó la mano derecha fuera de los mitones gruesos de lana, y al intentar moverlo, advirtió que tenía demasiado adormecido el índice para que pudiera impulsar el gatillo. Con cuidado y paciencia, durante algunos minutos, estuvo ejercitando entre las mantas la mano aletargada, introduciéndola al arrimo del pecho y bajo el sobaco izquierdo para despertarla con el calor y el ejercicio. Transcurrieron con mortal lentitud varios minutos de ansiedad, hasta que pudo al fin recobrar el dominio del índice, y luego, con la misma pausa y cautela, asió el rifle, lo apoyó en el hombro y apuntó al enorme animal por encima de la hoguera.

Al disparo hundióse para siempre en la noche uno de los vagabundos de las sombras y surgió el otro al reino de la luz. El abuelo Tarwater se irguió torpemente como un borracho sobre las piernas destrozadas por el escorbuto. Nervioso temblor le conmovía; el frío le hacía tiritar. Se frotó los párpados con los dedos agarrotados de frío y volvióse a contemplar el mundo de la realidad que resucitaba para él en derredor, con tan subitánea explosión, que atemorizaba. Recobróse y comprendió que durante muchos días, no sabía cuántos, había dormido al arrullo blando de la Muerte. Escupió, de propósito, y oyó crujir la saliva al caer en la escarcha, comprendiendo que estaban a más de sesenta grados bajo cero. A decir verdad, el termómetro de alcohol registró aquel día en la comarca del Yukón setenta y cinco grados, de manera que, siendo el punto de congelación treinta y dos grados, equivalía a ciento siete de helada, con arreglo a la escala de Fahrenheit, y a unos sesenta grados baje cero de la escala centígrada.

Poco a poco el cerebro del abuelo Tarwater fue recuperando el poder de razonar y obrar. Allí, en aquella soledad inmensa, reinaba la muerte. Allí habían llegado dos alces mortalmente heridos, ambos procedentes del Oriente. Por lo tanto, hacia semejante rumbo debían existir moradas de hombres, ya fueran blancos o ya indios, que esto era difícil de precisar; pero hombres al cabo que pudieran asistirle, rescatándole del mar de las sombras.

Se movió lentamente, ya en el ambiente de la realidad, con su rifle al hombro, sus municiones, la caja de cerillas y veinte libras de carne cruda para el camino. Y como un Argos rejuvenecido, aunque lisiado, cojo y maltrecho, volvió la espalda al Poniente peligroso, y encaminóse renqueando hacia el Oriente luminoso, por donde nace el sol y fluye el torrente radiante del alba fecunda...

Pasados algunos días —nunca pudo decir si pocos o muchos—, entre sueños y visiones, entonando el antiguo himno de los aventureros como incentivo que mantuviera la débil lucecita de su conciencia lúcida por cima de

la sima tenebrosa, vino a parar a las pendientes nevadas de un desfiladero, en cuyas faldas bullían algunos hombres, que de vez en cuando daban reposo al trabajo para volverse a contemplarle. Tambaleándose, holló la pendiente blanca cantando todavía, y cuando hubo de callar porque le faltaba el aliento, sintió que multitud de veces amigas le llamaban: Abuelo Navidad, Santa Barba, el Último Mohicano y Padre Noel. Cuando llegó y se hubo entre ellos, permaneció inmóvil, silencioso, sin palabras, mientras que gruesas lágrimas manaban de sus ojos e inundaban el copo blanco de sus mejillas. Y lloró en silencio luengos instantes, hasta que de pronto, recuperando la noción de sí mismo, sentóse en la nieve con un crujido de las coyunturas entumecidas, reclinóse dulcemente sobre la espalda y se fue desmayando poco a poco con gran felicidad y sosiego.

A los pocos días el abuelo Tarwater estaba en pie, aunque renco y torpe, pero bullía por el interior de la choza, cocinando y limpiando para los cinco hombres que estaban acampados en aquel estero. Eran éstos verdaderos adalides o pioneers, toscos y recios, que de tal suerte se habían aventurado por las profundidades del ártico, que ignoraban hubiera por las cercanías hambre ni carestía. EL viejo les proporcionó por primera vez las nuevas de lo que acontecía en Klondike. Se sustentaban de carne seca de alce, reno y salmón ahumado, sazónada de vez en cuando con cerezas silvestres y con ciertas raíces suculentas que habían almacenado durante el estío. Habían olvidado, de puro no sentirlo, el gusto del café, encendían el fuego con una lupa, llevaban consigo, dondequiera que se encaminaran, antorchas encendidas, y hojas secas en la pipa con que producir un humo picante que hacía escocer la boca y las narices.

Tres años atrás penetraron por el Koyokuk hacia el Norte, se abrieron paso a través de la boca de Mackenzie en el Océano ártico, y allí cargaron sus balleneros con las últimas provisiones adquiridas de manos de hombre blanco, consistentes principalmente en sal y tabaco. Avanzaron por el Sur y por el Oeste, a lo largo de la travesía donde se juntan el Yukón y Porcupine, junto a Fuerte Yukón, y como encontraran oro en aquel estero, allí habían sentado sus reales y allí trabajaban la tierra.

Saludaron con gran alegría la llegada del abuelo Tarwater, no se cansaban nunca de oírle relatar sus narraciones del año 49, y hasta le rebautizaron con el sobrenombre de «el Héroe Antiguo». Además, aprovechando las agujas de abeto, cortezas de sauce y raíces o bulbos amargos que daba la tierra, prepararon un cocimiento que libró lentamente al viejo de su escorbuto, de suerte que, a no mucho tardar, cesó la cojera y volvió el sueño apacible. Por último, los aventureros no veían por qué no pudiera cavar el viejo la tierra y amontonar su tesoro, puesto que tan libérrimamente ofrecía aquélla sus dones.

—No creo que puedas reunir trescientos mil dólares —le dijeron un día a

la hora del almuerzo, cuando se disponían a partir para su trabajo—. ¿Pero qué tal te iría con un centenar, abuelo? Con eso podríamos darnos por satisfechos, porque el yacimiento no es de los más abundantes. Ya te hemos cercado tu parte.

—Bien está, muchachos —respondía el viejo Tarwater—. Os estoy muy agradecido, muchísimo. Lo único que puedo deciros es que cien mil dólares son una hermosura para cualquier desarrapado, pero no para mí. No pienso marcharme de estas tierras hasta que reúna los trescientos mil que me hacen falta. Por ellos vine, y no me iré sin ellos.

Riéronse todos y aplaudieron su ambición, si bien reconociendo que para colmarla tendrían que descubrir otro estero más rico. El viejo, por su parte, añadió que cuando volviese la primavera haría él alguna que otra escapada por los alrededores, tanteando por su cuenta.

—O mucho me engaño —dijo señalando hacia las faldas de un collado que resaltaba al fondo del estero— o el musgo que crece allí, bajo la nieve, debe arraigar en una tierra de oro.

No dijo más, pero cuando el sol se remontaba a mayor altura en el cielo y a medida que los días se hacían más largos y más tibios, solía mirar el viejo frecuentemente a través del estero, a mitad del camino de la colina, donde la tierra se quebraba en un escabel. Y un día, cuando el deshielo parecía tomar alas, cruzó la rambla del estero y trepó hacia el escabel. Ya extensos parches de tierra se dibujaban entre la costra de hielo a una pulgada de profundidad. Se detuvo en uno de aquellos lugares, quebró el hielo, asió un manojito de musgo entre sus dedos huesudos y lo arrancó de raíz. El sol reverberó derritiéndose, al parecer, en un polvo amarillo y brillante. Sacudió el viejo el manojito de musgo y cayeron al suelo algunas palacras toscas como grava. Era el vellocino de oro que se ofrecía para que el argonauta lo tonsurara.

Aún no ha sido olvidada en Alaska la emigración que tuvo lugar durante el verano de 1898 hacia las excavaciones del banco de la colina Tarwater. Y cuando el abuelo hubo vendido su recolección por medio millón de dólares contantes y sonantes, encaminóse hacia California por una senda reciente, salpicada de casas, para embarcar en los atracaderos de Fuerte Yukón.

Ya en pleno océano, a bordo del vapor, cuando le servían el primer desayuno, no mucho después de haber zarpado de San Miguel, vino a servirle un camarero de grises cabellos, rostro maltratado por el dolor y miembros retorcidos por el escorbuto. El abuelo Tarwater hubo de mirarle por dos veces para cerciorarse de que estaba delante de Charles Crayton.

—Mal te ha debido ir, hijo mío —insinuó el viejo.

—Tal es mi mala estrella —lamentóse el otro, luego de reconocer y saludar

al anciano—. Soy el único de la cuadrilla a quien atacara el escorbuto. He pasado un infierno. Los otros allá están trabajando y enriqueciéndose. Ahora se proponen almacenar provisiones para remontar durante el próximo invierno el río Blanco. Anson gana veinticinco dólares diarios, de carpintero; Liverpool veinte, haciendo cabañas, y Big Bill cuarenta, como capataz de una serrería. Yo, en cambio, hice lo que mejor pude, y no he sacado más que el escorbuto...

—Así es, en efecto, hijo mío. Hiciste lo mejor que pudiste, pero no pudiste mucho, porque tu natural es demasiado irritable y duro para tan arduos negocios. Un consejo te voy a dar. No has nacido para esta clase de trabajos; yo te pagaré el pasaje en recuerdo del viaje que tú me ofreciste, aunque a desgana, y procura descansar cuando menos en lo que te resta de vida. ¿Con qué medios cuentas a fin de atender a tus necesidades una vez que llegues a San Francisco?

Charles Crayton se encogió de hombros.

—Yo te lo diré —continuó el abuelo Tarwater—. Trabajo habrá para ti en mis haciendas hasta que puedas probar otra vez fortuna.

—Si usted quiere, yo le administraré sus... —comenzó a decir Charles, afanoso.

—No, señor mío —interrumpió enérgicamente el viejo—. Eso no; pero no faltarán hoyos que cavar, ni árboles que podar. Además, el clima es agradable...

El abuelo Tarwater entró en su hogar como una verdadera bendición. Mas antes de sentarse a la mesa, hizo que le siguieran todos sus hijos e hijas de sangre o de casamiento, a quienes sometía estora la mano huesosa de aquel anciano que podía repartir entre ellos medio millón de dólares. Él iba delante guiando. Sus palabras eran ley. Se detuvo cabe el molino arruinado que construyera antaño para moler el trigo de los primeros colonos, y desde allí contempló las llanuras del valle de Tarwater, y más allá aún, hasta la cima que llevaba su nombre. Todo era suyo de nuevo.

Le asalto de súbito un pensamiento. Volvió el rostro y se sonó las narices para disimular el temblor de una lágrima o el parpadeo de un guiño, y seguido aún de su numerosa familia, se encaminó hacia el granero ruinoso. Allí recogió una varilla seca por los años que yacía en el suelo.

—Guillermo —dijo—, ¿te acuerdas de aquella charla que tuvimos la noche antes de partir yo para Klondike? Sin duda, Guillermo, que no la has olvidado. Tú me dijiste que estaba loco. Y yo te contesté que mi padre me hubiera roto una estaca en las costillas si le hubiese contestado de esa manera.

—Sí; pero aquello era una broma, una tontería —asintió amistosamente

Guillermo.

Era ya éste un hombre de cabeza cana, que muy bien habría cumplido sus cuarenta y cinco años. En el grupo de la familia estaban, entre otros deudos, su mujer e hijos ya crecidos. Todos observaban cuidadosamente al abuelo. Quitóse éste la chaqueta, depositóla en manos de María, arremangóse las mangas de la camisa y asió de nuevo la vara.

—Guillermo, hijo mío, acércate aquí —ordenó imperiosamente.

El hijo, aunque a desgana, obedeció.

—Nada más que probarlo. Una muestra de lo que mi padre me dio a catar muchas veces —decía el abuelo coreando los golpes—. Fíjate en que nunca te apunto a la cabeza. Mi padre no reparaba en estas delicadezas cuando me pegaba. No des esas sacudidas con los codos, hijo mío, que puedo darte en el hueso sin querer. Y ahora, Guillermo, hijo, dime una cosa: ¿te queda sombra de duda de que tu padre no es ningún loco?

—Ni sombra, padre —lloriqueó Guillermo, danzando al compás de los varazos—. ¡Tú no eres loco, padre! ¡Es cierto que tú no eres loco!

—Así lo dices tú —recalcó el abuelo Tarwater sentenciosamente, echando a un lado la vara y forcejeando para ponerse la chaqueta—. Y ahora, hijos míos, vámonos, que la comida nos aguarda husmeando encima de la mesa.

CHUN AH CHUN

El aspecto de Chun Ah Chun no tenía nada de particular: un poco menudo de estatura, como suelen serlo la mayoría de los chinos, algo estrecho de hombros y un tanto esmirriado de carnes, cosa muy natural en hombre de su raza. El curioso turista que casualmente le viera paseando por las calles de Honolulu le tomaría sin vacilar por un chinito bonachón y simpático, propietario tal vez de algún próspero taller de lavado y planchado, cuando no de alguna acreditada sastrería. Y acertaría sin duda en la de la simpatía y prosperidad, aún cuando quedándose muy por debajo de la raya, porque Ah Chun era sin duda tan simpaticón como próspero y afortunado, si bien nadie sabía a ciencia cierta la monta de su fortuna. Todos le creían enormemente rico; pero la «enormidad» equivalía en este caso al símbolo de lo desconocido.

Los penetrantes ojos de Ah Chun, que rezumaban sagacidad, semejaban dos abalorios negros y menuditos, tan menuditos como si fueran cabezas de alfiles negros, muy separados entre sí y protegidos por la amplia frente de pensador. Sí, su frente era sin duda de pensador. Y Ah Chun tenía sus

problemas, como durante toda su vida los tuvo. Pero al bueno de Ah Chun no le preocupaban ni maltraían sus problemas. Siempre fue filósofa por esencia y siervo de la leva, 6 multimillonario, servidor o dueño de muchos hombres; los hondones de su espíritu permanecían eternamente inmutables. Vivía con esa elevada ecuanimidad del espíritu sereno y reposado, que ni se abate al huracán de la desdicha ni se deja arrebatarse por el viento de la fortuna. Todo le parecía y sentaba bien, lo mismo los palos que, cuando siervo, recibiera del capataz en los plantíos de caña, que la baja rápida y repentina del precio del azúcar, cuando propietario de vastas plantaciones. Por eso le era dado imponerse a sus propios problemas, considerándolos desde la roca firme de su incommovible contentamiento, con una serenidad de que no todos los hombres, y menos aún los labradores chinos, pueden gozar.

Ése era precisamente Ah Chun: un labrador chino, sentenciado desde su nacimiento a trabajar durante toda la vida como una bestia del campo. Pero el hado quiso arrancarle de la servidumbre de la tierra, como al príncipe de un cuento de hadas. No se acordaba de su padre, pequeño propietario agrícola, que poseía su hacienda no lejos de Cantón; aún recordaba menos a su madre, que murió cuando apenas si tendría nuestro hombre seis años de edad. De quien sí que se acordaba muy bien era de su respetable tío Ah Kow, a quien sirviera de esclavo desde los seis hasta los veinticuatro años de edad. Consiguió libertarse de su buen tío contratándose por tres años como labrador en las plantaciones azucareras de Hawai por el módico jornal de cincuenta centavos, mondos y lirondos.

Ah Chun era perspicaz y observador. Reparaba en mil detalles insignificantes que a cualquiera otro le pasarían inadvertidos. Tres años trabajó en los plantíos, y al cabo de ellos sabía más, de cuanto al cultivo del azúcar se refiere, que todos los capataces y superintendentes del mundo, los cuales, si lo supieran, se hubieran asombrado de los conocimientos que aquel chino menudito poseía respecto al proceso de reducción en el molino. Pero Ah Chun no estudió solamente el proceso de reducción del azúcar, que, aún siendo muy importante, no lo era tanto como averiguar de qué manera se forman los propietarios de molinos y plantaciones. Pronto su perspicaz observación le reveló el primer secreto; es, a saber, que ningún hombre se hace rico con el trabajo de sus propias manos. Esto lo sabía muy bien, por haber sido trabajador durante muchos años. No tardó en descubrir un segundo secreto tan importante como el primero; esto es, que los hombres se hacen ricos con el trabajo de manos ajenas. El más opulento de los hombres es el que consigue tener mayor número de semejantes suyos trabajando para su particular provecho.

Así, pues, no es de extrañar que, terminado el plazo de la contrata, Ah Chun invirtiera sus ahorros en un pequeño negocio de importación que montó

en compañía de su paisano y socio Ah Yung. La naciente sociedad se convirtió al poco tiempo en la importante casa Ah Chun, Ah Yung y Compañía, donde se suministraban mil diferentes y heterogéneos productos, desde las sedas y ginseng de la India, hasta guanos y bergantines para el transporte de braceros negros. Mientras tanto, Ah Chun, que no perdía el tiempo en fruslerías, se colocó de cocinero en las horas que le dejaban libre los cuidados de su negocio, y, como excelente guisandero, antes de tres años era el mejor retribuido de cuantos existían en Honolulu. Su porvenir estaba asegurado, y fue un tonto de capirote al abandonar su profesión; así, por lo menos, se lo confesó su camarada y director Dantin. Pero Ah Chun se conocía mejor que nadie, y por conocerse tan bien, recibió de su principal, con el calificativo de tres veces tonto, un regalo de cincuenta dólares, más el importe de los salarios que se le debían.

Continuaba prosperando la casa Ah Chun, Ah. Yung y Compañía. Ah Chun no necesitaba ya trabajar de cocinero. Eran aquéllos tiempos prósperos y felices para Hawai. Comenzaban a emprenderse vastas plantaciones de caña, y como consecuencia se requería gran número de trabajadores. Ah Chun, con su perspicacia habitual, se apercibió de la oportunidad que la suerte le deparaba, y se dedicó al negocio de importar mano de obra. Trajo a millares los labriegos amarillos de Cantón y así comenzaron a multiplicarse sus riquezas. Luego impuso su dinero en diversas empresas. Los ojitos penetrantes, como dos abalorios negros y menuditos, descubrían negocio seguro donde los demás solamente veían desastres y bancarrotas. Compró por cuatro cuartos un criadero de pescado, que, a no mucho tardar, le rendía el quinientos por ciento de su valor, sirviéndole además como punto de apoyo para monopolizar el mercado piscatorio de Honolulu. No se metió en asuntos periodísticos, ni en los enredos de la política, ni en los de revoluciones; pero veía venir los acontecimientos con más claridad y desde más lejos que los propios mangoneadores de ellos. Con los ojos de la imaginación vio el moderno Honolulu convertido en un foco de luces eléctricas, cuando todavía era un pueblucho miserable, destartado y angosto enhestado sobre las estériles rocas de coral de un ríscoso acantilado. Y Ah Chun compró tierra. Compró tierra a los mercaderes que se veían apremiados por urgentes vencimientos, a los indígenas misérrimos, a los hijos juerguistas y gastadores de comerciantes enriquecidos, a las viudas y huérfanos y a los leprosos deportados a Molokai. Y no se sabe cómo, quiso la suerte que las tierras adquiridas por Ah Chun estuvieran enclavadas precisamente donde era necesario edificar almacenes, hoteles, viviendas y cafés. Y el chinito bonachón las alquilaba y cedía, y las compraba otra vez para venderlas nuevamente.

Pero aún hay más cosas buenas que contar. Osó depositar su confianza y prestar su dinero al renegado capitán Parkinson, en quien nadie tenía ni pizca de fe. Y Parkinson se hizo a la vela, emprendiendo misteriosos viajes con la

goleta Vega. Parkinson vivió muy bien cuidado y atendido hasta el día de su muerte. Algunos años después, Honolulu supo con gran asombro que las islas de guano de Drake y Acorn habían sido vendidas al Trust Británico de Fosfatos por setecientos cincuenta mil dólares. Y luego vinieron los ubérrimos y copiosos días del rey Kalakaua, cuando Ah Chun pagó trescientos mil dólares a cambio de la licencia del opio. Pero si bueno fue el precio del monopolio, mejores fueron los resultados, porque sus crecidos dividendos se convirtieron en las plantaciones de Kalalau, las cuales, después de rentar el treinta por ciento durante diez y siete años, fueron vendidas por la no despreciable suma de un millón y medio de dólares.

Durante la dinastía de los Kamehameha, muchos años atrás, había servido a su patria desempeñando generosamente el cargo de cónsul de la China, si bien es cierto que el empleo le resultó bastante lucrativo; y luego, reinando Kamehameha IV, cambió de nacionalidad, convirtiéndose en súbdito de Hawaii, a fin de casarse con Stella Allendale, súbdita, a su vez, del rey indígena, aún cuando corriera por sus venas más sangre anglosajona que polinesia. En efecto, tan atenuada estaba su «indignidad», que apenas si podía valorarse en el veinticuatro por ciento, esto es, un ocho y un diez y seis que le venían por diferentes líneas de su ascendencia. El ocho procedía de su bisabuela la princesa Paahao, de sangre real. Fue su bisabuelo el capitán Blunt, aventurero inglés admitido al servicio del rey Kamehameha I y que llegó a convertirse en jefe tabú. Su abuelo había sido un capitán ballenero de Nueva Bedford, y su padre, en fin, introdujo en las venas de Stella Allendale una mezcla de sangre italiana y portuguesa, injertada al viejo tronco inglés. Así es que la esposa de Ah Chun, aunque legalmente hawaiana, pertenecía más bien, por su ralea, a tres distintas nacionalidades.

Y en este mejunje de razas introdujo Ah Chun la mezcla mongólica, de manera que los hijos de tal matrimonio heredaron de su madre un veinticuatro por ciento de sangre polinesia, un diez y seis de italiana, otro diez y seis de portuguesa, más un treinta y dos de americana y otro tanto de inglesa, que unido al cincuenta por ciento de sangre china, formaban un potingue de todos los diablos. Acaso Ah Chun se hubiera guardado del matrimonio, de no haber previsto la maravillosa prole que había de brotar de semejante enlace. Maravillosa resultó, en verdad, por muchos y distintos conceptos, no siendo el menos importante de todos su crecido número; porque Ah Chun tuvo quince hijos, mujeres en su mayoría. Comenzaron por el sexo feo, apareciendo primeramente tres niños, y después, con regularidad y exactitud cronométricas, fueron llegando las muchachas, una tras otra, hasta completar una docena justa y cabal. La mezcla de razas resultó no solamente fecunda y productiva, sino también excelente y vigorosa, puesto que la prolífica descendencia gozaba de envidiable salud y perfección. Pero el mayor encanto de la familia era la hermosura y lozanía que por todas partes rebosaba. Las

niñas eran delicadas, sutiles, etéreamente bellas. Parecía como si las esféricas líneas de mamá Ah Chun hubieran modificado las angulosas facciones del papá chino, de manera que las niñas eran mimbrenas y flexibles, sin incurrir en la escualidez y llenas y contorneadas sin degenerar en la obesidad. Por todas las facciones de aquellos lindos rostros asomaban reminiscencias de rasgos asiáticos, pero tan bien disfrazados y encubiertos por las influencias inglesas, americanas y latinas, que de no ser previamente informado, apenas si observador alguno podría imaginar el cincuenta por ciento de sangre china que corría por las venas de tan numerosa progenie, ni tampoco observador alguno, una vez informado, dejaría de advertir inmediatamente los rasgos chinos.

Las niñas de Ah Chun eran bellas, pero con una belleza nueva y nunca vista. No se parecían a nada de lo conocido, y a pesar de la extraña semejanza que entre todas existía, cada cual tenía algo exclusiva y marcadamente suyo y personal. No había posibilidad de confundir a unas con otras, y sin embargo, Maud, por ejemplo, rubia, de azules ojos y dorados cabellos, recordaba inmediatamente a Enriqueta, morena trigueña, de negros ojos rasgados, lánguida mirada y azulada cabellera. Y el oculto parecido de todas ellas, aquel parecido que armonizaba todas las diferencias personales, era debido sin duda al tanto por ciento de sangre china. Ah Chun había suministrado el suelo donde colocar las variadas piezas del mosaico que la mezcolanza de tan diversas razas formaba, el esqueleto, el armazón sobre el cual se moldearon las delicadezas y sutilidades de la carne sajona, latina y polinesia.

La señora Ah Chun tenía ciertas ideas propias, dignas de todo crédito para su buen esposo, que la permitía expresarlas libremente, siempre y cuando no chocaran contra su filosófica serenidad. Ella estaba acostumbrada a vivir a la manera de Europa. Muy bien; Ah Chun la proporcionó una mansión europea. Luego, cuando los hijos fueron haciéndose mayores, se permitieron pedirle un bungalow, que Ah Chun mandó construir con tanta magnificencia como sencillez. Posteriormente y andando el tiempo, edificó una casa alpina en Tantalus, donde la familia pudiera refugiarse cuando soplara el aire nocivo del Sur. Levantó en Waikiki y a orillas del mar una residencia veraniega, sobre playa tan extensa y bien situada que cuando el gobierno de los Estados Unidos la requiriera con propósitos de fortificación hubieron de pagarla a peso de oro. Tenía en todas las viviendas billares, saloncitos de fumar y habitaciones a granel para los numerosos huéspedes que la maravillosa familia de Ah Chun solía invitar pródigamente a sus fiestas y reuniones. Allí se gastaban sin ton ni son sumas que valdrían el rescate de una infanta... gracias al gusto educado y europeo de la progenie.

Ah Chun había sido muy liberal en lo que a la educación de sus hijos se refiere. «No importan los gastos —había dicho en remotos tiempos al capitán Parkinson—. Usted echa la goleta Vega al mar y yo me encargo de lo demás».

Y lo mismo hizo con la educación de sus hijos. No perdonó gasto alguno. Haroldo, el mayorazgo de la casa, estudió en Harvard y Oxford; Alberto y Carlos asistieron a la Universidad de Yale, y las hijas, desde la primera hasta la última, se prepararon en el Seminario de Mills, en California, para completar su educación en Vassar, Wellesley o Bryn Mawr. Algunas, a petición propia, recibieron los últimos toques en Europa. Y luego, todos los hijos de Ah Chun vinieron un día desde los diversos rincones del mundo. El viejo tenía aún amuebladas sus residencias con extravagante sencillez; pero los hijos comenzaron a pedir, aconsejar y entrometerse en el adorno y aderezo de la casa. Ah Chun prefería el voluptuoso esplendor del fausto oriental; pero como filósofo que era, no dejaba de comprender que los gustos de sus hijos se avenían mejor con las normas occidentales.

No es necesario decir que nadie los conocía por hijos de Ah Chun, apellido plebeyo y poco distinguido; lo mismo que su poseedor, evolucionó el apellido, que comenzando por pertenecer al siervo chino, hubo de adaptarse a la elevada posición del multimillonario. Mamá Ah Chun había adoptado el A'Chun, mucho más noble y distinguido, y los vástagos completaron la obra suprimiendo el apóstrofo y añadiendo un de como una casa, que les convirtiera por arte de magia en la familia De Achun. Y como el bueno de Ah Chun no se preocupaba por letra de más o de menos, accedió gustoso a la metamorfosis de su apellido, puesto que en nada comprometía ni alteraba su bienestar ni su calma de filósofo. Pero los vástagos fueron acercándose a la edad en que las camisas planchadas, los cuellos almidonados y los trajes de levita adquieren gran importancia, y entonces sí que comenzaron a comprometer su bienestar y calma de filósofo. Ah Chun no quiso pasar por ésas. Prefería sus desahogadas y anchas ropas de China y se negó, terne que terne, a realizar la transformación que sus hijos deseaban. Inútilmente intentaron éstos salirse con la suya, por las buenas o por las malas. Sobre todo «las malas» les llevaron al más espantoso de los fracasos. No en balde habían vivido en América. Allí aprendieron sin duda las virtudes mágicas que el boicot tenía en manos del socialismo organizado, y en mal hora se les ocurrió boicotear al padre en su propia casa, alentados por mamá Achun, que no podía soportar la ranciedad de su marido. Pero Ah Chun, aunque poco versado en la cultura occidental, estaba al cabo de la calle en cuanto concierne a las condiciones del socialismo. Propietario de extensas empresas y acostumbrado a manejar miles de hombres, sabía muy bien el procedimiento para coparlos por medio de la táctica oportuna. Así es que, ni corto ni perezoso, declaró el lock-out a su rebelde progenie y descarriada esposa; puso en la calle a la numerosa servidumbre, echó el cerrojo a las cuadras y establos, cerró las casas y se fue a vivir tranquilamente al Hotel Real de Hawai, con la seguridad de ser el último en rendirse. La familia se alborotó desafortadamente, puso el grito en el cielo y se desahogó con las amistades, poniendo al descastado padre y esposo como

chupa de dómine; mientras tanto, Ah Chun continuaba tranquilamente el manejo de sus múltiples asuntos, fumaba sin descanso en su larga pipa de plata y ponderaba, sin perder el equilibrio, el difícil problema de su maravillosa progenie.

Aquel problema no turbó en lo más mínimo la calma de su espíritu. Sabía, con su alma vidente de filósofo, que el problema se resolvería por sí mismo en cuanto la hora de la madurez hubiese llegado. Tan sólo quería demostrar que, complaciente y todo, era, no obstante, el único y absoluto dictador sobre los destinos de los Achun. La familia sostuvo la huelga durante una semana, al cabo de la cual volvieron todos a ocupar el magnífico bungalow, en compañía del padre y de la numerosa servidumbre. Pero en lo sucesivo no volvió a suscitarse cuestión alguna cuando Ah Chun se presentaba en el hogar con su desahogado vestido de seda azul, sus enguatadas chinelas y negro casquete sedero con botoncito colorado, ni cuando mezclaba el humo de su larga pipa de plata con el de los cigarrillos de oficiales y paisanos, en el fumadero y amplias terrazas de su residencia.

Ah Chun ocupaba una posición privilegiada en Honolulu. Aunque rara vez se presentase en sociedad, era muy deseado y bien recibido en todas partes. Únicamente solía visitar a los comerciantes chinos de la ciudad, pero sentaba a la mesa y abría las puertas de su casa a cuantos necesitaran de su trato. Sentado a la cabecera de la mesa, el campesino de Cantón presidía sobre el más culto y refinado ambiente que pudiera encontrarse en las islas, y no había personaje alguno, por elevado y orgulloso que fuera, que no se honrara con cruzar el umbral de su puerta y gozar de su hospitalidad generosa. En primer lugar, el bungalow de Achun era de gusto irreprochable; en segundo lugar, Ah Chun era una potencia, y en tercero y último, tenía fama, de ser modelo de honradez como hombre de negocios. Preciso es confesar que la moralidad mercantil de las islas excedía en muchos codos a la que en el continente se acostumbra; pero Ah Chun asombraba a los negociantes de Honolulu por su rigidez y honrada escrupulosidad. Se decía que su palabra valía tanto como su firma. Ni era preciso recurrir a ésta para obligarle, ni jamás fue infiel a sus promesas verbales. Sirva para muestra un botón: habían pasado unos veinte años desde el fallecimiento de Hotchkiss, mejor dicho, de la casa Hotchkiss, Morterson y Compañía, cuando cierto día, entre algunos papeles extraviados se encontró el memorándum de un préstamo de veinte mil dólares entregados al señor Ah Chun. Debió de realizarse en los tiempos en que Ah Chun era consejero privado del rey Kamehameha II, y, con el barullo y confusión de aquellos esplendorosos días de abundancia y prodigalidad, el asunto se habría deslizado fácilmente de la memoria de nuestro hombre. No había dato alguno ni compromiso legal que le obligara; pero Ah Chun liquidó con los herederos de Hotchkiss, pagando voluntaria y liberalmente el importe de la deuda, con los intereses compuestos y acumulados, que importaban una suma superior al

capital. De igual manera y con idéntica fidelidad, cuando garantizó con su palabra el desastroso proyecto del Salto de Kakiku, en una época en que nadie se fiaba ni aún de su propia sombra, «Ah Chun firmó su cheque de doscientos mil dólares, sin que le temblara el pulso, señores, sin que le temblara el pulso», según exclamaba el secretario de la fracasada empresa. El pobre señor, a quien se había confiado la difícil labor de explorar el ánimo de Ah Chun, apenas podía esperar que éste aceptara los resultados de un compromiso a que sólo su palabra le obligaba. Y además de otras muchas acciones semejantes, altos testimonios de su lealtad, apenas si había personaje de reputación en las islas que no hubiese recibido en alguna ocasión la ayuda financiera del generoso Ah Chun.

Así es que Honolulu contemplaba el desarrollo de la maravillosa familia como quien admira un complicado enigma imposible de resolver. Todos simpatizaban secretamente con el chino, pero nadie imaginaba la solución que pensaba dar al problema familiar. Ah Chun sí que lo veía todo con mirada clara y penetrante. Nadie como él comprendía cuán ajeno y lejano era para los suyos, y ni aún los suyos mismos lo sospechaban. Jamás habría lugar para él entre la maravillosa simiente de su sangre, y cuando sus ojos miraban a los venideros años de la vejez, comprendía que cada vez habría de sentirse más alejado, ajeno y solitario en su propia casa. Los hijos y él nunca se comprendían; hasta los motivos de sus conversaciones le eran ignorados, oscuros y faltos de interés. La cultura occidental había resbalado junto a Ah Chun, sin dejar huella en su alma. Era asiático, asiático hasta la última fibra de su ser, lo cual quiere decir que pertenecía al rebaño de los gentiles. El cristianismo de sus hijos le parecía una monserga sin sentido. Pero Ah Chua lo hubiera soportado todo en silencio, si hubiese podido comprender a sus propios hijos. Cuando Maud, por ejemplo, le aseguraba que los gastos mensuales de la casa ascendían a treinta mil dólares, sí que la comprendía; cuando Alberto le demandaba cinco mil dólares para comprarse el yate Muriél e ingresar en el Club Náutico Hawaiano, también le comprendía; pero aquellos otros deseos remotos y complicados, aquellos laberínticos procesos mentales, le ofuscaban y entristecían. No tardó en convencerse de que el alma de cada hijo era un secreto laberinto cuyo umbral le estaría perpetua y desesperadamente cerrado. Se erguía ante ellos la vieja muralla que separa Oriente de Occidente. Sus almas eran inaccesibles para él, y andando el tiempo llegó al convencimiento de que también la suya sería siempre inaccesible para sus hijos.

Además, según los años se iban deshojando por la senda de la vida, aumentaba en su espíritu la añoranza de su propia raza. El vaho de los callejones chinos le parecía ámbar desleído y ambrosía sobrenatural y las olfacciones le llenaban el pecho de satisfacción, como si evocaran el recuerdo de las estrechas y tortuosas callejas de Cantón, bulliciosas con el enjambre de

la vida y del movimiento. Se arrepentía con toda su alma de haberse cortado la coleta por acceder a los deseos de Stella Allendale en los días que precedieron a sus nupcias, y más de una vez le asaltaban ansias secretas de afeitarse la coronilla, para renacer otra vez, nuevo y purificado, a la vida de su verdadera patria. No gustaba su paladar de aquellos guisos complicados con que el costoso cocinero le obsequiaba; en cambio, le producían exquisito deleite los fantásticos potajes que en el asfixiante comedor del barrio chino le servían. Le complacía infinitamente más media hora de conversación, sazonada con el humo de las pipas largas, en compañía de tres o cuatro camaradas chinos, que presidir las copiosas y elegantes cenas de su bungalow, donde se reunía la flor y nata del mundo europeo y americano; ellas ataviadas con ricas joyas que resplandecían sobre las gargantas y desnudos brazos, ellos con sus trajes de etiqueta y almidonados puños, y todos entregados a risas y charlas sobre tópicos y agudezas que, si no eran griego para Ah Chun, por lo menos nada le interesaban ni divertían.

Pero no constituían solamente su problema la soledad y aislamiento en que vivía ni los deseos vehementes de volver a sus potajes chinos. El enorme estorbo de sus riquezas acababa de complicar el enigma. Anhelaba vivir una vejez plácida y serena. Bastante había trabajado ya y bien merecido tenía un poco de paz y reposo. Pero Ah Chun no ignoraba que ni reposo ni paz serían posibles mientras hubiera de soportar la carga de su fortuna inmensa. Además, no olvidaba ciertos presagios y ejemplos dolorosos que la vida le revelara. Traía de vez en cuando a la memoria el recuerdo de su antiguo camarada Dantin, a quien sus propios hijos arrebataron legalmente la administración de sus asuntos por sentencia de incapacidad dictada por los tribunales de justicia. Ah Chun sabía al dedillo que si Dantin no hubiese tenido donde caerse muerto, todos hubieran considerado justo y racional que manejase sus asuntos como Dios le diera a entender. Y el anciano Dantin no tenía más que tres hijos y medio millón de dólares, mientras que él, Ah Chun, tenía quince, y sólo Dios y él sabían cuántos millones.

—Nuestras hijas son hermosas —dijo una tarde a su esposa—. En Honolulu hay abundancia de mozos casaderos. Nuestra casa rebosa siempre de juventud. Todos los meses se me van muchos dólares en humo de cigarros con que se les obsequia. Ahora quiero saber una cosa: ¿cómo es que nadie habla de casarse?

Mamá Achun se encogió de hombros y esperó.

—Yo sé lo que son hombres y mujeres, y la verdad, me extraña que aún no haya habido ningún casamiento. Tal vez a los jóvenes no les agraden nuestras hijas.

—Les gustan a rabiarse —interrumpió apresuradamente mamá Achun—,

pero no pueden olvidar que tú eres el padre de tus hijas, y tu raza...

—Sin embargo, tú te olvidaste de quién era mi padre —repuso Ah Chun gravemente—. Únicamente exigiste que me cortara la coleta.

—Acaso los jóvenes sean más exigentes que yo —contestó la señora, y ambos guardaron silencio.

De pronto Ah Chun preguntó, como si no viniera a cuento:

—¿Cuál es la cosa más grande del mundo?

Mamá Achun, después de meditar unos instantes, repuso:

—Dios.

Él sacudió negativamente la cabeza, y dijo:

—Hay dioses y dioses: unos de papel, otros de madera, otros de bronce. Yo tengo en mi despacho un dios pequeñito que empleo de pisapapeles. En el Museo Episcopal hay muchos dioses de coral y de lava...

—Pero no hay más que un solo Dios —replicó decididamente mamá Achun poniéndose rígida y cuellierguida, como si quisiera dar a la argumentación todo el peso de su enorme humanidad.

Ah Chun se hizo el desentendido, y añadió, irónico y socarrón:

—¿No conoces nada más grande que Dios? Yo te lo diré, pues, hija mía. A mis años he tratado con judíos y cristianos, musulmanes y budistas; con hombres civilizados y con negritos de las Salomón y Nueva Guinea, que llevan sus dioses consigo, envueltos en pedazos de papel grasiento. Y he visto que todos ellos tenían sus dioses, más o menos parecidos; pero todos adoraban al dinero. Ahí tienes la cosa más grande del mundo. Bueno, el capitán Higginson parece enamorado de Enriqueta...

—Nunca se casará con ella —objetó mamá Achun—. Quiere ser almirante, y...

—¿Conque almirante? —interrumpió Ah Chun—. Ya comprendo. Es un argumento como otro cualquiera para salirse por la tangente.

—Pertenece a una familia muy noble y distinguida de los Estados Unidos, y ninguno de sus parientes vería con buenos ojos el casamiento... mejor dicho, siempre y cuando no lo fuese con alguna señorita americana.

Ah Chun volvió su pipa boca abajo, golpeóla sobre el cenicero, atascó el hornillo con un puñado de tabaco nuevo, y encendiéndolo tranquilamente se entretuvo en echar algunas bocanadas de humo antes de proseguir la charla que con su esposa sostenía.

—Enriqueta es la mayor de nuestras hijas. El día en que se case prometo dotarla con trescientos mil dólares contantes y sonantes. Haced correr la noticia; esto lo dejo a vuestro cargo, y veréis qué pronto se ablanda el capitán Higginson, con toda su noble y distinguida familia de los Estados Unidos.

Y Ah Chun siguió dando chupadas a su pipa, envolviéndose en nubes de humo. Y entre las blancas espiralillas que se enroscaban como culebras vaporosas le pareció percibir la imagen de Toy Shuey, aquella criada que servía para todos los menesteres en casa de su tío, allá en el villorrio cantones. Toy Shuey, siempre ocupada y afanosa, sin poder terminar jamás con sus múltiples obligaciones, recibía un dólar pelado por los quehaceres y trajines de un año entero. Y entre las culebrillas de humo vio deslizarse el recuerdo de su propia juventud, sus diez y ocho años de trabajo agotador en la hacienda de su buen tío por un salario no mucho más crecido. Y ahora, él, Ah Chun, el campesino de Cantón, señalaba para su hija un dote que valía por trescientos mil años de semejante trabajo. Y era solamente la primera de la respetable docena de sus hijas. Pero Ah Chun era demasiado filósofa para que tales pensamientos le ensoberbecieran. Pensó, eso sí, que este mundo es algo divertido, grotesco y caprichoso, y soltando una sonora carcajada sobresaltó a mamá Achun, que, sumergida en profundo ensimismamiento, buceaba en las cavernas ocultas de su ser, donde hasta entonces nunca había penetrado.

Pero las palabras de Ah Chuu fueron propagándose como susurro misterioso de oído en oído, y el capitán Higginson se olvidó de su almirantazgo, de los Estados Unidos y de su noble y distinguida familia, para contraer matrimonio con trescientos mil dólares, más una jovencita refinada e instruida por cuyas venas corría un treinta y dos por ciento de sangre polinesia, un diez y seis de italiana, otro diez y seis de portuguesa, treinta y dos respectivamente de inglesa y yanqui, y una mitad de china de la más pura cepa.

Y la longanimidad de Ah Chun no tardó en producir sus efectos. De repente todas sus hijas se vieron requeridas y codiciables. Clara fue la primera en encontrar un buen partido; pero cuando el secretario del territorio pidió formalmente su mano hubo de ser informado por Ah Chun de que Maud era mayor y había de casarse primero. Oportuna y sagaz medida del astuto padre. Puesta en movimiento la familia, o interesados todos en el casamiento de Maud, tres meses más tarde, como no podía por menos de suceder, contraía matrimonio con Ned Humphreys, comisario de emigración de los Estados Unidos. Ambas, Clara y Maud, se lamentaron de que sus dotes respectivas bajaran a doscientos mil dólares; pero Ah Chun se justificó diciendo que su generosidad inicial había tenido que romper el hielo, y que, una vez roto, sus hijas habían de conformarse con un precio más barato.

Por espacio de dos años hubo en el bungalow una serie continua de bodas.

Ah Chun no estaba, mientras tanto, con las manos cruzadas. Uno tras otro fue liquidando todos sus negocios; vendió las acciones que en numerosas empresas poseía, y paso a paso, a fin de no producir ninguna conmoción en el mercado, realizó en dinero contante y sonante todas sus vastas riquezas. Verdad es que, como hasta el fin nadie es dichoso, hubo de apresurarse a última hora, deshaciéndose de cualquier manera de los bienes que le quedaban. Porque Ah Chun veía que algunos nubarrones negros se cernían sobre el horizonte de su vida. Al celebrarse la boda de Lucille, llegaron a sus oídos algunos ecos y rumores de envidias, celos y altercados. El aire se iba cargando con la niebla densa de conjuraciones y contraconjuraciones para ganar su favor o malquerencia con respecto a unos u otros de sus hijos, nueras y yernos. Todo lo cual no era el camino que pudiera conducirle a la paz y reposo de sus últimos días.

Apresuróse a desenredar la madeja de sus negocios. Hacía largo tiempo que sostenía correspondencia con los principales Bancos de Shanghai y Macao. No había correo que, desde algunos años atrás, no llevase algunos cheques extendidos a favor de un tal Chun Ah Chun, para que fueran depositados en los Bancos del lejano Oriente. Ahora aumentaron por momentos la frecuencia e importe de los cheques. Aún quedaban dos hijas por casar. Ah Chun no quiso esperar más tiempo. Dotó a cada una con cien mil dólares, que impuso en el Banco de Hawai, acumulando intereses hasta el día de la boda. Encargó a su hijo Alberto la dirección de Ah Chun, Ah Yung y Compañía, porque el mayorazgo Haroldo habría preferido irse a vivir a Inglaterra en compañía de un cuarto de millón. Al menor, Carlos, le dejó sus cien mil dólares, un tutor legal y la carrera pagada en el Instituto Keeley. Mamá Achun recibió el bungalow, la casa de la montaña de Tantalus y una residencia de playa que su esposo había mandado edificar en sustitución de la comprada por el gobierno. Además, mamá Achun recibió medio millón de dólares colocados a muy buen interés.

Ahora podía desenredar el nudo de su problema. Una buena mañana, cuando la familia entera se reunía para tomar el desayuno, porque había tenido especial cuidado en que todos los yernos estuvieran presentes con sus respectivas esposas, Ah Chun anunció solemnemente su regreso a la tierra madre del Oriente lejano. Explicó en una homilía paternal tan breve como sustanciosa las previsiones que había adoptado en beneficio de todos, y ensartó después una serie de máximas que, según él, les capacitarían seguramente para vivir juntos, en paz y buena armonía. Dio también algunos consejos a sus yernos para orientarles en sus negocios, predicó las excelencias de la virtud, encomió las ventajas de la vida sobria y morigerada, hizo generosa donación de sus enciclopédicos conocimientos respecto a las condiciones industriales y mercantiles de Hawai. Y luego, llamando a su carruaje y en compañía de mamá Achun, lacrimosa y gemebunda, se hizo

conducir al correo del Pacífico, dejando tras de sí el mayor pánico y consternación. El capitán Higginson puso el grito en el cielo, proclamando desafortunadamente la oportunidad de un requerimiento judicial; vertieron las hijas abundantes lágrimas y afligiéronse sus dignísimos esposos. Uno de ellos, que había sido juez federal, dudando del sano juicio de Ah Chun, se apresuró a requerirle ante la autoridad competente, donde le informaron que Ah Chun había comparecido el día anterior ante la comisión de Sanidad, obteniendo el examen y certificado de estar en el pleno uso de sus facultades mentales. No quedaba otro remedio que someterse a la realidad. Así lo comprendieron todos. Unos momentos después iban a despedir al anciano menudito y bonachón, que, agitando las manos, enviaba el último adiós a su maravillosa familia desde el paseo de cubierta, mientras que el enorme trasatlántico lanzaba su quilla mar adentro serpeando entre los arrecifes de coral.

Pero el anciano pequeñito no quiso dirigirse a Cantón. Conocía demasiado bien a su propio país, para exponerse con la aureola de opulencia que le rodeaba a las maneras de los ambiciosos mandarines. Desembarcó, pues, en Macao. Ahora bien; Ah Chun se había hecho tanto a su regia vida, que no podía por menos de ser tan imperioso y exigente como un rey de cuerpo entero. Ya en Macao, se dirige al mejor hotel europeo de la ciudad, pero el escribiente se niega rotundamente a registrar su nombre en el libro de viajeros. Acude al gerente del establecimiento y es vil y afrentosamente recibido. Allí no se admiten chinos. Ah Chun no se inmuta por asuntos de tan poca monta. Sale del hotel silenciosa y humildemente. Dos horas más tarde, regresa; llama al escribiente y director, les entrega el sueldo de un mes, y les pone de patitas en la calle. Acababa de convertirse en propietario del hotel. Allí permaneció, tratándose a cuerpo de rey, mientras edificaba un palacio suntuoso en los alrededores de la capital. Y al mismo tiempo, con aquella inevitable habilidad que le caracterizaba, hacía subir del tres al treinta por ciento los beneficios del establecimiento.

No tardaron en salir a la superficie los disgustos de que Ah Chun se había libertado. Algunos de sus yernos se metieron en malos negocios, otros comenzaron a derrochar sin ton ni son las magníficas dotes de Ah Chun. Y como éste respiraba ya los aires de la libertad, se volvían los ojos de todos a mamá Achun y a su medio millón de dólares, cuya contemplación engendraba entre unos y otros sentimientos poco deseables. Andaban revueltos los abogados con aventuras, pleitos, contrapleitos y recursos. Y no pararon las cosas ahí. Hubo altercados y trifulcas domésticas, con palabras duras y bofetadas más duras todavía. Se hablaba de floreros y de otros objetos semejantes que habían salido por el aire en apoyo de las palabras ligeras. Y hubo juicios de injurias y de ofensas verbales, que traían revuelto y asombrado al pacífico pueblo de Honolulu, ante las sorprendentes revelaciones de los testigos.

Y allá en el suntuoso palacio de Macao, rodeado de todas las delicias y voluptuosidades de Oriente, Ah Chun fumaba plácidamente en su larga pipa de plata y escuchaba como quien oye llover las tormentas de allende los mares. Todos los correos de Macao a Honolulu llevaban su correspondiente carta, redactada en inglés chapucero, con máquina de escribir americana, en donde entre admirables y sentenciosos textos, predicaba Ah Chun a su maravillosa familia las ventajas de vivir en perfecta unidad y fraternal armonía. Por su parte, él se encuentra muy a su solaz, lejos de todo bullicio, y vive contento, gozando de la paz y reposo merecidos. A veces se frota satisfecho las manos, guiña con picardía los oblicuos ojillos negros y prorrumpe en una carcajada de alegría: está pensando en lo gracioso y divertido que es el mundo. Porque, después de muchos años de vivir y filosofar, le queda todavía la convicción de que este mundo es una cosa muy graciosa y divertida.

Freeditorial 